This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

SAL 7146.7.105

HARVARD COLLEGE
LIBRARY

From the Bequest of
MARY P. C. NASH
IN MEMORY OF HER HUSBAND
BENNETT HUBBARD NASH
Instructor and Professor of Italian and Spanish
1866–1894

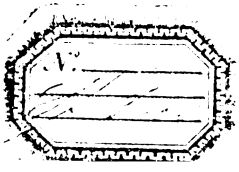
MERCEDES CABELLO DE CARBONERA

BLANCA SOL

(NOVELA SOCIAL)

SEGUNDA EDICIÓN

LIMA
CARLOS PRINCE, IMPRESOR Y LIBRERO-EDITOR
CALLE DE LA VERACRUZ NÚM. 71
1889



MERCEDES CABELLO DE CARBONERA

BLANCA SOL

(NOVELA SOCIAL)

SEGUNDA EDICIÓN

LIMA
IMPRENTA Y LIBRERIA DEL UNIVERSO
DE CARLOS PRINCE
CALLE DE LA VERACRUZ NÚM. 71

1889

UN PRÓLOGO

QUE SE HA HECHO NECESARIO

Siempre he creído que la novela social es de tanta ó mayor importancia que la novela pasional.

Estudiar y manifestar las imperfecciones, los defectos y vicios que en sociedad son admitidos, sancionados, y con frecuencia objeto de admiración y de estima, será sin duda mucho más benéfico que estudiar las pasiones y sus consecuencias.

En el curso de ciertas pasiones, hay algo tan fatal, tan inconsciente é irresponsable, como en el curso de una enfermedad, en la cual, conocimientos y experiencias no son parte á salvar al que, más que dueño de sus impresiones, es casi siempre, víctima de ellas. No sucede así en el desarrollo de ciertos vicios sociales, como el lujo, la adulación, la vanidad, que

son susceptibles de refrenarse, de moralizarse, y quizá también de extirparse, y á este fin dirije sus esfuerzos la novela social.

Y la corrección será tanto más fácil, cuanto que estos defectos no están inveterados en nuestras costumbres, ni inoculados en la trasmisión hereditaria.

Pasaron ya los tiempos en que los cuentos inverosímiles y las fantasmagorías quiméricas, servían de embeleso á las imaginaciones de los que buscaban en la novela lo extraordinario y fantástico como deliciosa golosina,

Hoy se le pide al novelista cuadros vivos y naturales, y el arte de novelar, ha venido á ser como la ciencia del anatómico: el novelista estudia el espíritu del hombre y el espíritu de las sociedades, el uno puesto al frente del otro, con la misma exactitud que el médico, el cuerpo tendido en el anfiteatro. Y tan vivientes y humanas han resultado las creaciones de la fantasía, que mas de una vez Zola y Daudet en Francia, Camilo Lemoinnier en Bélgica y Cambaceres en la Argentina, hanse visto acusados, de haber trazado retratos cuyo parecido, el mundo entero reconocía, en tanto que ellos no hicieron más que crear un tipo en el que imprimieron aquellos vicios ó defectos que se proponían manifestar.

Por más que la novela sea hoy obra de observa-

ción y de análisis, siempre le estará vedado al novelista descorrer el velo de la vida particular, para exponer á las miradas del mundo, los pliegues mas ocultos de la conciencia de un individuo. Si la novela estuviera condenada á copiar fielmente un modelo, sería necesario proscribirla como arma personal y odiosa.

No es culpa del novelista, como no lo es del pintor, si después de haber creado un tipo, tomando diversamente, ora sea lo más bello, ora lo más censurable que á su vista se presenta, el público inclinado siempre á buscar semejanzas, las encuentra, quizá sin razón alguna, con determinadas personalidades.

Los que buscan símiles como único objetivo del intencionado estudio sociológico del escritor, tuercen malamente los altísimos fines que la novela se propone en estas nuestras modernas sociedades.

Ocultar lo imajinario bajo las apariencias de la vida real, es lo que constituye todo el arte de la novela moderna.

Y puesto se trata de un trabajo meditado y no de un cuento inventado, precisa tambien estudiar el determinismo hereditario, arraigado y agrandado con la educación y el mal ejemplo; precisa estudiar el medio ambiente en que viven y se desarrollan aquellos vicios que debemos poner en relieve, con hechos basados en la observación y la experiencia. Y si es cierto, que este estudio y esta experiencia no pode-

mos practicarlos sino en la sociedad en que vivimos y para la que escribimos, también es cierto, que el novelista no ha menester copiar personajes determinados para que sus creaciones, si han sido el resultado de la experiencia y la observación, sean todo un proceso levantado, en el que el público debe ser juez de las faltas que á su vista se le manifiestan.

Los novelistas dice un gran crítico frances, ocupan en este momento el primer puesto en la literatura moderna. Y esta preeminencia se les ha acordado, sin duda, por ser ellos el lazo de unión entre la literatura y la nueva ciencia experimental; ellos son los llamados á presentar lo que pueda llamarse el proceso humano, foleado y revisado, para que juzgue y pronuncie sentencia el hombre científico.

Ellos pueden servir á todas las ciencias que van á la investigación del ser moral, puesto que á más de estudiar sobre el cuerpo vivo el caprichoso curso de los sentimientos, pueden también crear situaciones que respondan á todos los movimientos del ánimo.

Hoy que luminosa y científicamente se trata de definir la posibilidad de la irresponsabilidad individual en ciertas situaciones de la vida, la novela está llamada á colaborar en la solución de los grandes problemas que la ciencia le presenta. Quizá si ella llegará á deslindar lo que aun permanece indeciso y

oscuro en ese lejano horizonte en el que un día se resolverán cuestiones de higiéne moral.

Y así mientras el lejislador se preocupa más de la corrección que jamás llega á impedir el mal, el novelista se ocupará en manifestar, que solo la educación y el medio ambiente en que vive y se desarrolla el ser moral, deciden de la mentalidad que forma el fondo de todas las acciones humanas.

El novelador puede presentarnos el mal, con todas sus consecuencias y peligros y llegar á probarnos, que si la virtud es útil y necesaria, no es solo por ser un bien, ni porque un día dará resultados finales que se traducirán en premios y castigos allá en la vida de ultratumba, sino más bien, porque la moral social está basada en lo verdadero, lo bueno y lo bello, y que el hombre como parte integrante de la Humanidad, debe vivir para el altísimo fin de ser el colaborador que colectivamente contribuya al perfeccionamiento de ella.

Y el novelista no solo estudia al hombre tal cual es: hace más, nos lo presenta tal cual debe ser. Por eso, como dice un gran pensador americano: «El arte vá mas allá de la ciencia. Esta ve las cosas tales cuales son, el arte las ve ademas como deben ser. La ciencia se dirije particularmente al espíritu; el arte sobre todo al corazón.

Y puesto que de los afectos más que de las ideas proviene en el fondo la conducta humana, resulta que la finalidad del arte es superior á la de la ciencia.

Con tan bella definicion, vémos manifiestamente que la novela no solo debe limitarse á la cópia de la vida sino además á la idealización del bien.

Y aquí llega la tan debatida cuestión del naturalismo, y la acusación dirijida á esta escuela de llegar á la nota pornográfica, con lo cual dicen parece no haberse propuesto sino la descripción, y tambien muchas veces, el embellecimiento del mal.

No es pues esa tendencia la que debe dominar á los novelistas sud-americanos, tanto mas alejados de ella cuanto que, si aquí en estas jovenes sociedades, fueramos á escribir una novela completamente al estilo zólaniano, lejos de escribir una obra calcada sobre la naturaleza, nos veriamos precisados á forjar una concepción imajinaria sin aplicación práctica en nuestras costumbres. Si para dar provechosas enseñanzas la novela ha de ser cópia de la vida, no haríamos más que tornarnos en malos imitadores, copiando lo que en países extraños al nuestro puede que sea de alguna utilidad, quedando aqui en esta joven sociedad, completamente inútil, esto cuando no fuera profundamente perjudicial.

Cumple es cierto al escritor, en obras de mera recreación literaria, consultar el gusto de la inmensa mayoría de los lectores, marcadamente pronunciado á favor de ciertas lecturas un tanto picantes y aparentemente lijeras, lo cual se manifiesta en el desprecio ó la indiferiencia con que reciben las obras sérias y profundamente moralizadoras.

Hoy se exije que la moral sea alegre, festiva sin consentirle el inspirarnos ideas tristes, ni mucho menos llevarnos á la meditación y á la reflexión.

Es así como la novela moderna con su argumento sencillo y sin enredo alguno, con sus cuadros siempre naturales, tocando muchas veces hasta la trivialidad; pero que tienen por mira si no moralizar, cuando menos manifestar el mal, ha llegado á ser como esas medicinas que las aceptamos tan solo por tener la apariencia del manjar de nuestro gusto.

Será necesario pues en adelante dividir á los novelistas en dos categorías, colocando á un lado á los que, como decía Cervantes, escriben papeles para entretener doncellas, y á los que pueden hacer de la novela un medio de investigación y de estudio, en que el arte preste su poderoso concurso á las ciencias que miran al hombre, desligándolo de añejas tradiciones y absurdas preocupaciones.

El Arte se ha ennoblecido, su misión no es ya can-

tar la grandiosidad de las catedrales góticas ni llorar sobre la fé perdida, hoy tal vez para siempre; y en vez de describirnos los horrores de aquel Infierno imaginario, describiranos el verdadero Infierno, que está en el desordenado curso de las pasiones. Nuevos ideales se le presentan á su vista; él puede ser colaborador de la Ciencia en la sublime misión de procurarle al hombre la Redención que lo libre de la ignorancia, y el Paraíso que será la posesión de la Verdad científica.

Mercedes Cabello de Carbonera.

BLANCA SOL

I

La educaron como en Lima educan á la mayor parte de las niñas: mimada, voluntariosa, indolente, sin conocer más autoridad que la suya, ni más límite á sus antojos, que su caprichoso querer.

Cuando apenas su razón principió á discernir, el amor propio y la vanidad estimuladas de continuo, fueron los móviles de todas sus acciones, y desde las acostumbradas é inocentes palabras con que es de uso acallar el llanto de los niños y refrenar sus infantiles desmanes, todo contribuyó á dar vuelo á su vanidad, formándole pueril el carácter y antojadiza la voluntad. Y hasta aquellos consejos que una madre debe dar, el dia que por primera vez va su hija á entrar en la vida mundanal, fueron para ella otros tantos móviles que encaminaron por torcida senda sus naturales inclinaciones. Procura — habíale dicho la madre á la hija, cuando confeccionaba el tocado del primer baile al que iba asistir vestida de *señorita*—procura que nadie te iguale ni menos te sobrepase en elegancia y belleza, para que los hombres te admiren y las mujeres te envidien, éste es el secreto de mi elevada posición social.

Su enseñanza en el colegio, al decir de sus profesoras fué sumamente aventajada, y la madre abobada con los adelantos de la hija, recogía premios y guardaba medallitas, sin observar que la sabiduría alcanzada era menor que las distinciones concedidas.

Todas las niñas la mimaron y la adularon, disputándo-

se su compañía como un beneficio; porque, al decir de sus amigas, Blanca era picante, graciosa y muy alegre.

Además de lo que la enseñaron sus profesoras, ella aprendió, prácticamente muchas otras cosas, que en su alma quedaron hondamente grabadas; aprendió, por ejemplo, á estimar el dinero sobre todos los bienes de la vida: «*hasta vale más que las virtudes y la buena conducta,*» decía ella, en sus horas de charla y comentarios con sus amigas. Y á arraigar esta estimación, contribuyó grandemente el haber observado que las Madres (olvidé decir que era un colegio de monjas) trataban con marcada consideración á las niñas ricas, y con menosprecio y hasta con acritud á las pobres.—Y estas pagan con mucha puntualidad sus mesadas—observaba Blanca. De donde dedujo, que el dinero no sólo servía para satisfacer las deudas de la casa, sino además para comprar voluntades y simpatías en el colegio.

Ella entre las educandas y profesoras, disfrutó de la envidiable fama, de hija de padres acaudalados, sin más fundamento, que presentarse su madre los Domingos, *los dias de salón*, lujosamente ataviada, llevando vestidos y sombreros estrenados y riquísimos, los que ella sabía que donde hizo su madre no había podido pagar, por falta de dinero; de esta otra deducción: que la riqueza aparente valía tanto como la verdadera.

Despues *del salón*, sus amigas, comentaban con entusiasmo el buen gusto y las ricas telas que usaba su madre, y las niñas pobres, mirábanla con ojos envidiosos: las ricas *como ella*, formaban corro, y disputábanse ansiosas su amistad.

Un día una de las niñas, la más humillada por la pobreza con que ella y su madre vestían, la dijo:—Oye Blanca: mamá me ha dicho que la tuya se pone tanto lujo, por que el señor M. la regala vestidos.—Calla candida—observó otra—si es que la mamá de Blanca no paga á los comerciantes y vive haciendo *roña*, eso lo dicen todos.

Blanca tornóse encendida como la grana, y con la vehemencia propia de su carácter, saltó al cuello de una de las niñas, (de la que dijo que su madre les hacia *roña* á los comerciantes,) y despues de darle de cachetes y arrancarle los cabellos, escupióle en el rostro diciéndole:—¡To-

mal pobretona, sucia, si vuelves á repetir eso, te he de matar.

Sus amigas la separarón á viva fuerza, y desde ese día fué enemiga acérrima de aquella niña. En cuanto á la que dijo ser el señor M. el que la regalaba los vestidos á su madre, ella no lo encontró tan grave como lo de la *roña*. Y luego, ¿qué había de malo en que el señor M. que era tan amigo de mamá, le regalara los vestidos? cuando ella fuera *grande* tambien había de buscar amigos que la obsequiaran del mismo modo.

En las horas de recreo, y en las muchas robadas á las de estudio, sus amigas referíanle cosas sumamente interesantes. La una decíale, que una hermana suya había roto con su novio por asuntos de familia, y su hermana *depique* se íba á casar con un viejo muy rico, que le procuraría mucho lujo, y la llevaría al teatro, á los paseos y había de darle tambien coche propio. ¿Qué importa que sea viejo? Mamá ha dicho que lo principal es el dote, y asi cuando el viejo muera se casará con un joven á gusto de ella.

Blanca saboreaba con ansia estos relatos: imaginábase estar ella en lugar de la joven, que había de tener coche propio, y llegar á lucir ricos vestidos en teatros, bailes y fiestas, y ella como la joven en cuestión, decidíase por el viejo con dinero, mejor que por el novio *pobre*.

Algunas veces estas historietas, venían seguidas de acaloradas discusiones. Muchas niñas opinaban que el joven (*con tal que fuera buen mozo*) era preferible con su pobreza, al rico, si había de ser viejo. Blanca fué siempre de la opinión contraria. Y á favor de la riqueza del futuro marido, ella argumentaba manifestando todo el caudal de experiencia adquirida en esa vida ficticia, impuesta por las necesidades en completo desequilibrio con las limitadas rentas de la familia: necesidades que para los suyos fueron eterna causa de sinsabores y contrariedades.

Cuando su madre llegaba á conocer algunos de estos precoces juicios de su hija, reía á mandibulas batientes, y exclamaba:—Sí esta muchacha sabe mucho.

Y no se diga que la madre de Blanca fuera, alguna tonta ó mentecata, de las que las niñas del colegio clasificaban en el número de las que le *deben al santo*; no, era una señora muy sensata; pero que por desgracia, estaba empapada en ciertas ideas, que la llevaban á pensar como su hija.

Blanca hacía desternillar de risa á sus amigas, cuando subida sobre una silla, remedaba al señor N. el predicador del colegio, que con su acento francés, más que francés *patoi*, les decía: *Es necesario hijitás miás vivír en el santu timur de Dios. porque en el mundo tinemos dimuñios por adentro y dimuñios por afuera.* Y luego como el señor N. ella les explicaba á las niñas, que los demonios de adentro eran nuestras malas pasiones y los demonios de afuera, eran las tentaciones del mundo. Jamás Blanca paró mientes en estas tentaciones, y si retuvo las palabras en la memoria, era solo para *costearles* la risa á sus compañeras, que no se cansaban de repetir:—No hay quien tenga la gracia de Blanca.

Ella vivía muy contenta en el colegio, sólo si se fastidiaba por las *horas tan largas de capilla*, á las que también al fin, concluyó por acostumbrarse, y ya ni el cansancio del arrodillamiento, ni la fatiga de espíritu, que antes sintiera, presentáronsele después; pero ¡cosa más rara! acontecíale ahora en la capilla, que la imaginación traviesa y juvenil; emprendía su vuelo, y con abiertas alas, iba á perderse en un mundo de ensueños, de amores, de esperanzas, de todo, menos de cosas que con sus rezos ó con la religión se relacionaran. ¿Sería ella víctima de alguno de los *dimuñios* de que hablaba el Señor N?

¡Vaya! Si parecía en realidad tentación del enemigo: á tal punto, que el monótono murmullo formado por madres y educandas, cuando rezaban como es de uso á media voz, los rosarios y demás oraciones; parecía contribuir á dar mayor impulso á su imaginación, sin que por esto dejara ella de rezar en alta voz. Así adquirió la costumbre de la oración automática, sin el más pequeño vestigio de unción, sin imajinarse jamás, que las oraciones tuvieran otro fin, que llenar el templo de ruidos, como podía haberse llenado de otra cosa cualquiera.

La madre de Blanca se asombraba de que su hija, encerrada en el colegio, estuviera tan ilustrada en asuntos que no debiera conocer y diera cuenta de la crónica escandalosa de los salones mejor que ella, que como decían las niñas, *vivía en el mundo.* Pero aquello no dejaba de tener su fácil explicación. Cada niña relataba de su parte lo que había oído en su casa, y así formaban todas ellas la historia completa de los escándalos sociales.

Eso sí, era un contento ver como al fin de año, salía del colegio cargada de premios y distinciones, que regocijaban á la amorosa madre, imaginándose ver á su hija portento de sabiduría, y modelo de buenas costumbres.

Diez años estuvo Blanca en el Colegio. Cuando salió corría el año de 1860, lo que prueba que no fué educada en el nuevo colegio de San Pedro, en el cual, reciben hoy las niñas, educación verdaderamente religiosa, moral y muy cumplida.

Su madre no hallándose satisfecha con lo aprendido en el colegio, acudió á un profesor de piano, para que perfeccionara á su hija en el difícil arte de Mozart y Gothchalk, pero bien pronto las invitaciones, las recepciones, las fiestas, las modas, absorvieron todo su tiempo, y se entregó por completo á este género de vida.

Los enamorados de sus lindos ojos, más que los pretendientes de su blanca mano, sucedíanse con gran asombro de las mamás con hijas feas de *problemático* dote, que decían indignadas: — Pero que le encuentran á Blanca Sol? quitándole la lisura y el disfuerzo, no queda nada: si parece educada entre las *cocottas* francesas.

Exageraciones y hablillas de mamás envidiosas, y por cierto las únicas envidias y las únicas maledicencias excusables: ellas son hijas del santo amor maternal, que como todos los amores verdaderos, es ciego y apasionado.

Porque, si bien es cierto que Blanca jóven vivaracha, picarezca en sus dichos, y aguda en sus ocurrencias, tenía toda la desenvoltura de una gran coqueta; distaba mucho entonces de ser el tipo de la *cocotte* francesa.

La censura se cebaba no sólo en su conducta, sino también hasta en su vestido. Verdad es que ella gustaba mucho llevar trajes de colores fuertes, raros, de formas caprichosas y muchas veces extravagantes; pero siempre se distinguía por el sello de elegancia y buen gusto que imprimía á todas sus galas.

Una cinta, una flor, un tul prendido al pecho, sabía ella darles el *chic* inimitable de su artístico gusto.

Blanca decía «*que se privaba de risa*» cuando alguna de sus amigas le imitaba sus modas, «*sin agregar nada de su propio cacumen*» Y las que eran *cursis* ¿cuánta risa no daban á ella? Y estas risas muchas veces fueron impru-

dentes y estrepitosas, en presencia de la mamá ó del hermano de la burlada.

Las ofendidas, que al fin fueron muchas, diéronle el dictado de *malcriada* y *criticona*; pero ella despreciaba á las «cándidas» y se alzaba de hombros, con burlona sonrisa. Este modo de ser, le trajo el odio de algunas y la censura de todas.

Decían que Blanca al bajar del coche ó al subir el peldaño de una escalera se levantaba con garbo y lisura el vestido para lucir el diminuto pié, y más aun la torneada pantorrilla. ¡Mentira! Blanca se levantaba el vestido para lucir las ricas botas de cabritilla, que por aquella época costaban muy caro, y sólo las usaban las jóvenes á la moda de la más refinada elegancia. Gustaba más exitar la envidia de las mujeres con sus botas de *abrocadores con calados*, traídas directamente de París, que atraer las miradas de los hombres con sus enanos piés y robustas pantorrillas.

Decían que Blanca, con su descocada coquetería, había de descender, apesar de su alta alcurnia, hasta las últimas esferas sociales.

Señalaban á un gran señor, dueño de pingüe fortuna, como el favorecido por las caricias de la jóven, las cuales, diz que el pagaba con generosas dádivas que llenaban las fastuosas exigencias de la jóven y su familia.

A no haber poseído esa fuerza poderosa que da la hermosura, el donaire y la inteligencia, fuerzas suficientes para luchar con la saña envidiosa y la maledicencia cobarde, que de continuo la herian; Blanca hubiera caído desquiciada como una estátua para pasar oscurecida y triste al número de las que, con mano severa, la sociedad aleja de su seno.

II

No obstante ser esa mujer educada más para la sociedad que para sí misma, no por eso dejó de sentir las atracciones de la naturaleza.

La edad, el instinto y tal vez otras causas desconocidas, fueron levantando lentamente la temperatura ordinaria de su sangre, y las ansiedades de su corazón, y al fin tuvo su preferido y su novio.

Fué este un gallardo joven que brillaba en los salones por su clara inteligencia y su expansivo carácter, por la esbeltez de su cuerpo y la belleza de su fisonomía, por la delicadeza de sus maneras y la elegancia de sus trajes. En su trato con la joven, mostrábale profundo cariño y estremada delicadeza. Como se decía que prosperaba extraordinariamente en sus negocios, Blanca juzgó que era el hombre predestinado para procurarla cuanto ambicionaba y le amó con la decisión y la vehemencia propias de su carácter.

La madre de Blanca demostrábale con frecuencia que una fortuna por formar no vale lo que una fortuna ya formada y trataba de alejarla de sus simpáticos sentimientos, y con gran contentamiento de la madre, la hija fué de esta misma opinión.

Contribuyó no poco en estas positivistas reflexiones de Blanca, el haber visto que la suerte principiaba á serle adversa á su novio; varios de sus negocios que él con mejores esperanzas emprendiera no llegaron á feliz término. En poco tiempo se vió adeudado y enredado en desgraciadas empresas y Blanca informada por él mismo de las dificultades y las luchas que sostenía, en vez de consolarlo y alentarlo, se dió á considerar que si su novio la ofrecía mucho amor, en cambio la ofrecía pocas esperanzas de fortuna.

Estas crueles reflexiones tradujéronse luego en alejamiento y frialdad de parte de ella, y, contribuyeron á perturbar más y más al desgraciado amante que al fin desatendió sus negocios y sufrió considerables pérdidas. Y Blanca que presenciaba las angustias financieras de su familia, llegó á esta fria observación:—El amor puede ser cosa muy sabrosa cuando llega acompañado de lucientes soles de oro; pero amor á secas, sábeme á pan duro con agua tibia. Yo necesito, pues, novio con dinero, y en último caso, tomaré dinero con novio: de otra suerte, con toda mi belleza y mis gracias, iré á desempeñar el papel de oscura ama de llaves.

. sin más vacilaciones, ni cavilosidades, ella, con la pasibilidad de un Vocal de la Corte Suprema; desahu- á su amoroso y antiguo novio, diciéndole que esta su olución sería inapelable. Tanto más inapelable debía cuanto que, acababa de presentarse un nuevo preten-

diente, que lucia un par de millones de soles, heredados que, á los ojos de la hermosa Blanca, brillaron con resplandores de seductora felicidad. Este era don Serafin Rubio.

Con tan cruel desengaño, el antiguo y apasionado novio de la jóven, se dió á la pena, y en el colmo de su desesperación, fulminó su cólera contra Blanca, con los más hirientes denuestos, y acerbos improperios, llamándola pérfida, traidora, infame, desleal; pero ella, que al tomar esa su firme resolución, había previsto la tempestad; rió desdeñosamente diciendo:—Después de los rayos y los truenos sale el *sol color de oro*.

Para consolar á su desventurado novio, y quizá también para consolarse á sí misma, un día, golpeándole con gracia y lisura el hombro díjole:— Calla cándido cuando yo sea la esposa de Rubio, podré darte toda la felicidad que hoy ambicionas.

A lo que él, indignado y furioso, habíale contestado:— ¡Infame! si yo no hubiera sido caballero, serías hoy mi querida. ¿Recuerdas aquella noche que tú, acompañada de una criada, fuiste loca de amor á buscarme á mis habitaciones? ¿Recuerdas que temiendo que alguien te hubiera visto y mancillara tu honra, no consentí que dieras un paso adelante de la puerta de entrada? ¡Ay! y es así como pagas mi amor, mis sacrificios y toda suerte de consideraciones y respectos ...?

Blanca alzóse de hombros é hizo—¡Pihst! y acompañando esta especie de silbo con una mueca llena de gracia y coquetería agregó:—Eres un hombre intratable, me pareces un chiquillo de cuatro años. Oye, escúchame: el amor debe acomodarse á las circunstancias, y no tener exigencias feroces, inconsideradas, que concluirán por matar nuestra felicidad.

—¡Ah!—dijo él—yo sólo aspiro sólo anhelo que cumplas tus compromisos y seas mi esposa.

— Ven, hablemos razonablemente, supongamos que yo cumpliera mi compromiso y fuera tu esposa; crees que pudieras ser feliz, si al día siguiente te vinieran los acreedores, el uno con las cuentas de la modista por dos mil soles, otro con las del florista por quinientos soles, las de Delpí y Lacroix, por mas de tres mil soles, las del pulpero de la esquina por quinientos soles, las del.....

—¡Calla! calla, tienes una aritmética aterradora—contestó desesperado el novio de Blanca.

Déjame concluir, aun me falta lo principal. Figúrate que al día siguiente, pueden venir á arrojarnos de la casa en que vivimos, que la hemos hipotecado en treinta mil soles, y la sentencia del juez, de remate de la finca, está ya ejecutoriada, y si no se ha cumplido, es porque con los empeños de mamá y los mios, hemos alcanzado por las influencias del señor....

—Está bién no quiero saber más; me basta con lo que me dices—¡Adios!

—Espera; á tí también te debemos....

—A mi sólo me debes la felicidad que un día me prometiste.

—Sí, te debemos los diez mil soles que....

—Has destrozado mi alma; ¡Ah! infame....!

—Tu deuda será la primera que yo haga pagar por Rubio.

—Nada me debes. Adiós para siempre.

Y el romántico novio de Blanca, salió de la casa resuelto á no volver jamás.

Ella mirándolo con indefinible expresión de amorosa pena y gozosa esperanza, repitió entre recitando y cantando esta linda cuartetilla:

Que las bellas ¡Vive Dios
Por cada cual que las deje
Deben sin que las aqueje
En su lugar poner dos.

III.

Toda esta descarnada relación de las deudas de la casa; era expresión fiel de la verdad. La madre de Blanca y dos tías solteronas con más campanillas que una procesión de pueblo; vivían en fastuoso lujo ,sin contar con otra renta, que el producto de un pequeño fundo rústico, administrado por un hermano natural de la señora, que muy prudentemente decía, que el tal fundo no le daba á su ...josa hermana ni para los alfileres. Y esta renta que no

alcanzaba, según el decir de su administrador, ni para alfileres, debía llenar las exigencias de cuatro mujeres, que no juzgaban factible suprimir uno solo de sus gastos, cual si á mengua tuvieran ajustar su rumboso lujo á sus exigüas entradas, y los préstamos á interés crecido se sucedían uno tras otro, sin llegar jamás á cancelar sus deudas, que de más en más iban creciendo.

Blanca era de las cuatro la más derrochadora y exigente.

Cuando algun acreedor cansado de esperas y evasivas, llamaba á la madre, ante los Tribunales de Justicia; los empeños é influencias de sus amigos, cansaban al reclamante, que al fin érale forzoso conformarse con ofertas, las que Blanca apoyaba diciendo para sí:—Ya me casaré con algún hombre rico, que pague todas nuestras deudas.

Paseos, saraos, banquetes, visitas, todo ese movimiento que forma la atmósfera en que viven y se agitan las personas de cierta posesión social, sucedíanse en casa de Blanca; sin que ninguna de las cuatro mujeres que componían la familia, tuviera en cuenta, que para sostener esta falsa situación necesitaban dinero, mucho dinero. Pero ¡qué hacer! No era posible renunciar á esa vida, que no sólo cuadraba á sus gustos é inclinaciones, si que tambien contribuía á realzar el lustre de su elevada posición social.

Al fin llegó el novio con dinero, ó como Blanca decía, el dinero con novio.

D. Serafin Rubio, que acababa de heredar de su avaro padre un par de millones de soles, adquiridos á fuerza de trabajo y economía; fué la víctima elegida para pagar las deudas de Blanca Sol.

No obstante, fuerza es que paladinamente digamos, que ni sus ambiciosas aspiraciones ni el positivismo de su calculadora inteligencia, fueron parte á acallar las fantasías femeniles de su alma de veinte años.

Empapada en las aristocráticas tradiciones de su orgullosa familia, se daba á pensar y consideraba con profundo disgusto la oscura procedencia de la fortuna de su novio y la no ménos oscura procedencia de su nacimiento.

El padre de D. Serafin fué un soldado colombiano del ejército libertador, traído al Perú por el gran Bolívar, en su campaña contra la dominación española. Casado en Lima con una mujer del pueblo, llegó á adquirir inmensa

fortuna, debida á sus hábitos de economía, llevados hasta la avaricia

Como las alimañas, los avaros tienen pocos hijos: asi, el señor Rubio padre, como buen avaro, por no dar mucho, no dió vida á más de un hijo.

Este fué D. Serafin.

Este nombre algo raro, le vino de amorosa exclamación de su madre, un día que le vió dormido.

—¡Ah! que lindo es; si parece un serafin,—había dicho la madre.

—Pues se llamará Serafin, contestó el padre.

—Y será un serafin rubio—observó la madre.

He aquí como, un hombre feo de cara, rechoncho de cuerpo, y con màs condiciones para llamarse Picio, vino por casual combinación, á llamarse, Serafin Rubio.

Entre las encopetadas abuelas de las amigas de Blanca, no faltaban alguna de esas que son como el archivo de un escribano, donde puede irse con avisores ojos á registrar la ilegitimidad de ciertas aristocracias limeñas; y entre estas, decíase que el señor Rubio padre, había allegado su inmensa fortuna, principiando por vender cintas y barajitas en una tendezuela de la calle de Judíos, en la cual él desempeñaba el triple papel de patrón, dependiente y criado.

Este pasado, si bien podía enorgullecer á un hombre sensato, que viera en él, el trabajo honrado y la austera economía, que nuestras instituciones republicanas enaltecen: no halagaba la vanidad de Blanca, que sólo alcanzaba á encontrarle sabor plebeyo, muy distante de la rancia aristocracia de su elevado linaje.

Pero ¡qué hacer! decía Blanca, no es posible conciliarlo todo, y se daba á pensar que, dinero y aristocracia eran difíciles de hermanar, en los difíciles tiempos que á la sazón corrían.

Para colmo de infortunios, D. Serafin, era de poca simpática figura.

Rechoncho de cuerpo, de hombros encaramados, como quisieran sublevarse de verse condenados á llevar una cabeza, que si bien era grande en tamaño, era muy pequeña en su contenido.

Ojos de color indefinible, lo que daba lugar á que Blanca pensara, que si los ojos son espejos del alma, la de D.

Serafin debía ser alma incomprensible. Afirmábase más en esta persuación, al notar en él ciertas anomalías de carácter, que para ella, de poco observadora inteligencia, no pasaron, empero, desapercibidas y estas genialidades, ella se contentó con llamarlas «rarezas de D. Serafin» Y sondeando las profundidades del espíritu de su novio, decía como dice el marino después de haber sondeado el Océano:—¡No hay cuidado! puedo aventurarme sin temor.

D. Serafin tenía las vehemencias tímidas, si así puede decirse, del que con la conciencia de su escasa valía, quiere en desagravio, ejercer su derecho de maldecir de los que, con su ineludible superioridad, humillaban, su pobre personalidad.

Y para no dejar incompleto el retrato físico del novio de Blanca, diré que su pelo también como sus ojos de color indefinible, ni negro ni castaño, enderezábase con indómita dureza, dejando descubierta la estrecha frente y el achatado cráneo, signos frenológicos de escaso meollo. Las patillas espesas, duras y ásperas, por haberlas sometido prematuramente á la navaja; cuando el temió ser como su padre, barbi-lampiño; formaban un marco al rededor de los carrillos, los que, un si es no es mofletudo, se ostentanban rozagantes con su color ligeramente encendido, lo que, sin disputa, denotaba la buena salud y el temperamento sanguineo de D. Serafin.

La nariz ni grande ni pequeña, eso sí un tantico carnosa y colorada, diríase por lo poco artístico de sus líneas, colocada allí tan sólo para desempeñar el sentido del olfato.

Su voz tenía modulaciones atipladas, y algunas veces fuera de la gamma de toda entonación natural: esto sólo cuando la cólera ú otra pasión violenta le acometía con inusitado ímpetu.

Sus manos, aunque siempre mal cuidadas, eran finas, denotando, que si su sangre no era azul, su educación había corregido los defectos de su nacimiento.

Pero de todas estas incorrecciones, ninguna disgustaba tanto á Blanca, como la pequeña estatura de D. Serafin. Ella era de la misma opinión de Arsene Houssaye, que dice, que al apoyarse una mujer en su amante debe poder él besarla en la frente, pero ¡oh desgracia! D. Serafin al

lado de Blanca, apenas si alcanzaba á besarla en la punta de la nariz.

En sus horas de dulce fantasear, cuando dejaba correr su imaginación por los dorados horizontes de lo porvenir; Blanca miraba con cierta amargura esos defectos, que por desgracia, no alcanzaban á desaparecer, ni en los momentos en que ella se sentía más deslumbradora por los resplandores del oro.

Cuando hablaba de esto, ocultaba su disgusto, diciendo con chispeante gracia, que su novio era una letra de cambio mal escrita; pero con buena firma.

Blanca apesar de sus muchos defectos, sabía conquistarse simpatias por su caracter de ordinario alegre, muchas veces dulce compasivo; tambien era decidora, locuaz, expansiva, llena de chispa, por más que no siempre fuera la chispa del ingenio que alumbra sin quemar y corrige sin herir. Sus amigos, aun aquellos que eran blanco de sus sátiras, perdonàbanle esa flagelación de sus palabras y conceptos, en gracia de su donairosa chispa y gracejo en el decir.

Cuando sus cálculos, ni lo apremiante de sus deudas aun no la habian llevado hasta la temeraria resolución de hacer del misero D. Serafin, el objetivo de sus ambiciones de mujer á la moda; fué él la víctima hácia donde ella dirijió sus más hirientes y amargas sátiras.

Decia que D. Serafin, era como los camarones: feo, chiquito, colorado, pero *rico*.

No sabremos decir, si por haber oído ó por haber leído la "Fisiología del matrimonio" de Balzac, decia que D. Serafin pertenecería algún dia, al número de los *predestinados*, que como los santos pintados, merecía llevar una aureola, la cual sin duda se la imaginaba que debia ser de algo tan feo, que no se atrevía á mencionar. Decía que los méritos de D. Serafin, debian valorizarse con relacion á sus escudos y no á su persona.

Más de una vez estas sátiras, llegaron á oidos de su rendido y amoroso pretendiente; sin que él se atreviera á darles otra contestación, que la socarrona sonrisa del que dice:—Necesito soportarlo todo.

Es que D. Serafin, si bien era lerdo de inteligencia y obtuso de ingenio; tenía en cambio la lengua ligera, aguda, hiriente, como la de las víboras, y hubiera podido

devolver estas sátiras, sino con la misma agudeza y gracejo, con mucha mayor cantidad de ponzoña.

Pero él jamás se dió por aludido y soportó los dardos de las sátiras de Blanca, esperando herirla, á su vez, con los dardos de Cupido.

D. Serafin poseia ese cálculo frío, esa mirada certera, y esa inexplicable sensatez del hombre de escasa imaginación y tranquilas pasiones, que casi siempre acierta, con mejor tino, que el hombre de verdadero talento.

Y discurriendo cuerdamente pensó, que Cupido podía herir mejor con pesadas flechas de oro, que con las flexibles y agudas flechas, que de antiguo ha usado.

Despues de tan sólido raciocinio, abrió sus arcas, y principió por pagar todas las deudas contraídas por Blanca por su madre y las dos tías.

Decían las malas lenguas que también habia pagado los diez mil soles que Blanca, fué en deber á su novio, pero los que conocían el caracter caballeroso del joven, dudaban de que él aceptara la devolución de dineros, que jamás ningún hombre delicado puede aceptar.

Cuando llegaba el cumple-años de la madre, ó de alguna de las solteronas tías de Blanca. D. Serafin se portaba á lo príncipe; y los ricos pendientes y los magníficos anillos de brillantes, ocultos en gigantezcos ramos de flores, eran los presentes con que él daba testimonio de su buena amistad.

Las encopetadas solteronas, que se daban humos de ser delicadas como la sensativa y puras como azucenas, no dejaban de hacer sus melindres y andarse en repulgos para recibir tan valiosos regalos; pero parece que consultaron el asunto como *caso de conciencia*, con persona de respeto y autoridad. Y este sabio concejero díjoles que, puesto que las pretenciones del señor Rubio eran honradas y se encaminaban al santo matrimonio, sus regalos no podían empañar la excelsa y mirífica personalidad, de tan encumbradas señoras; que por ende, debian titularse ya tías del joven pretendiente. No obstante de que este razonamiento llevaba trazas de ser un sofisma; las pudibundas tías de Blanca, aceptáronlo y tranquilizada su conciencia, no tuvieron ya reparos en recibir los valiosos obsequios de D. Serafin.

De esta suerte, la especulación llevada hasta el más innoble tráfico, fué puesta en juego por la madre, las tías, y más aún, por la misma Blanca.

Sin embargo, como el amor es ciego, D. Serafin, quedó encantado del desprendimiento y la generosidad de la hermosa Blanca. el dia que tuvo con ella el diálogo siguiente:

—Yo—decía ella—ambiciono encontrar por esposo un hombre que me ame apasionadamente, y que sea esclavo de mi voluntad.

—Nada más desea U?— preguntó D. Serafin, trémulo de emoción y de esperanza.

—Y que más se puede desear? El dinero es metal vil, que brilla mucho en la calle; pero que en la casa oscurece el verdadero brillo del amor.

D. Serafin, arrojó un suspiro más largo que el resuello de una ballena, diciéndose á si mismo:—¡cuánto me había equivocado respecto á la nobleza del alma de esta mujer!

—Y si hallara U. un hombre que la amara apasionadamente, y fuera esclavo de su voluntad y á más pusiera á sus pies dos millones de soles?

—¡Oh yo no me casaría jamás con él.

—No se casaría U. con él—repitió D, Serafin tornándose mortalmente pálido.

—No, porque el mundo entero y él mismo, creerian que me habia casado por interés, por amor al dinero y no al novio.

—¡Quién puede creer eso conociendo su alma noble y generosa!—exclamó D. Serafin en el tono más sincero que le fué dado emplear.

—¡Ah! el mundo es tan ruin y las mujeres somos siempre víctimas de sus juicios!—dijo Blanca con tristeza y fingiendo enternecerse hasta el llanto.

Y esta tristeza y este enternecimiento, fueron suficientes para que D. Serafin, pusiera mayor empeño en concerla de que ella estaba equivocada en sus juicios y ujerados temores, y esta vez D. Serafin estuvo elocuen- elocuentísimo, tanto que él quedó satisfecho de ha- salvado las justas resistencias del noble carácter de orgullosa joven, convenciéndola que, caso que ella se ra con un hombre que poseyera dos millones, nadie

en el mundo, y él menos que otro alguno, podría suponer que el vil interés manchara el corazon de tan hermosa mujer.

Quince días después Blanca, prometía su linda mano á su apasionado pretendiente, que, ébrio, loco de amor, jurábale, que sería toda la vida su más sumiso y amante esposo.

IV.

Aunque Blanca Sol, muy formalmente prometiera su mano á D. Serafin Rubio, éste no estaba del todo tranquilo: conocía el caracter voluble, caprichoso, y excéntrico de su futura esposa, y cada dia temblaba, temiendo que ese fuera el que había de traerle inesperado cambio.

Largas horas se daba á pensar, cómo era que Blanca, mujer caprichosa fantástica, engreída con su belleza, y orgullosa con su elevada alcurnia, podia aceptarlo á él por esposo: á él, que aunque tambièn blasonaba de su noble prosapia. (muchos como D. Serafin blasonan de lo mismo,) no dejaba de comprender, que estaba muy lejos de ser el tipo que la ambiciosa joven podía aceptar, dada la disparidad de gustos, de educacion, de aspiraciones que entre ambos notaba él.

¿Será sólo por mi dinero:—se preguntaba á sí mismo? Y en este momento su frente se oscurecia y su fisonomia tomaba angustiosa expresión.

Otra reflexión acudía á su mente, y esta era, quizá, la mas cruel.

El primer amor de Blanca; un compromiso de más de cinco años: un novio con todas las condiciones del cumplido caballero, todo había sido sacrificado en aras de.. Aqui el pensamiento de D. Serafin, se detenia, sin atreverse á decidir si era en aras del amor, ó del dinero.

Y luego reflexionaba que cuando una mujer dá la preferencia á un hombre rico á quien no ama, dejando el amor del amante pobre, es porque piensan realizar alguna combinacion financiera-amorosa, con la cual, ganará el dinero del rico, sin perder el amor del pobre, y D. Serafin, que ni un pelo tenia de tonto, valorizaba con asombrosa exactitud su dificil y peligrosa situación.

Y si bien estaba abobado de amor, ni un momento perdió su buen criterio, y más de una vez, exhalando profundísimo suspiro, solía decir:—Si yo pudiera alejar para siempre á ese hombre....

Y ese hombre ¿quién era? Nada menos que un apuesto caballero, de cuyas relaciones de parentezco, se enorgullecía la madre, y no sólo la madre, sino tambien las linajudas tías de Blanca.

Para colmo de angustias, llegó un día en que su mala estrella, llevolo á presenciar escenas de un realismo aterrador.

Una noche, por ejemplo, mientras él filosóficamente disertaba sobre temas de alta conveniencia social, en compañía de la madre y las tías de Blanca; oyó un ruido suave, apenas perceptible, que no por eso dejó de producirle, el mismísimo efecto que descarga de poderosa pila eléctrica.

¿Qué ruido era aquel, que tan inesperada conmoción producía, en los poco excitable nervios de la sanguinea naturaleza de D. Serafin? Diríase ruido de besos y murmullo de diálogo amoroso.

D. Serafin no pudiendo dominarse, salió á la puerta del salón, que comunicaba con el patio exterior, de donde parecía venir aquel alarmante murmullo.

¡Qué horror!.... ¿Es posible que tales cosas se vean en la vida....?

Si él hubiese sido hombre menos *prudente*, aquella noche la señorita Blanca, hubiese presenciado un lance, un desafio.... quizá si un asesinato.

¿Qué había visto D. Serafin?

Vió á Blanca, reclinada amorosamente en el hombro de su novio, asida por este, en estrecho abrazo y mirando poéticamente la luna.

A pesar de que el cuadro, era bellísimo y poético. D. Serafin lo encontró atroz, detestable, tanto, que salió desesperado de la casa, y resuelto á no volver jamás.

Pero ¿cuál es el hombre que, cuando el termómetro del amor marca cien grados sobre cero, cumple su propósito de no ver más á su amada?

En honor de la verdad, diremos, que D. Serafin, sólo volvió á la casa, llamado, atraido y casi rogado por la madre de Blanca, y muy decidido á no presenciar por se-

gunda vez el espantoso cuadro que su amada, al lado de su antiguo novio, formaba.

Y como resultado de esta su firme resolución, un amigo de la casa, dirigióse á donde el joven y á nombre del señor Rubio, propúsole que fijara precio á su desistimiento á la mano de la señorita Blanca Sol, con tal que el primer vapor que zarpara del Callao, le llevara muy lejos de Lima.

El desgraciado joven, en el colmo de la indignación dijo: que no podía dar otra contestación que pedirle sus padrinos para arreglar un duelo á muerte.

Ya hemos visto de que manera tan elocuente y sencilla, convenció Blanca á su novio, demostrándole, que no le quedaba otro recurso, que renunciar á su compromiso, ofreciéndole ella, en cambio, futura y regalada felicidad.

Blanca le juró á D. Serafin por un puñado de cruces que aquella noche que él la vió abrazada amorosamente por su novio; había sido violentamente cojida y estrechada muy á pesar suyo, viéndose obligada á callar y no dar voces, por temor al escándalo. D. Serafin si no creyó, finjió aceptar estas disculpas, y pagó con creces esta generosa conducta de Blanca Sol.

Una de sus mejores casas heredadas de su padre, fué en pocos días convertida en espléndido palacio.

Veinte tapiceros, otros tantos grabadores, empapeladores, pintores, todo un ejército de obreros y artistas, encargáronse de decorar la casa con lujo extraordinario.

Y este lujo que todos llamaban extraordinario, él lo conceptuó deficiente, como manifestación de su amor á esta belleza, que había descendido hasta él.

Toda la historia de Francia, en sus épocas de mayor esplendor, se encontraba allí representada. Había salón á lo Luis XIV, saloncito á lo Luis XVI, bouduoir á la Pompadour, comedor del tiempo del Renacimiento.

Los espejos de Venecia, los mosaicos venidos del mismo Paris; los cuadros originales de pintores célebres; el cristal de Bohemia; toda una contribución en fin, recogida del mundo artístico y del mundo industrial, llegó á embellecer la que debía ser morada de la orgullosa Blanca Sol.

Lo que sobre todo maravilló á la familia y á las amigas, fué el lujosísimo canastillo de novia, que D. Serafin, contra la costumbre establecida, quiso regalar á Blanca, y

digo contra la costumbre, por ser bien sabido, que de antiguo está establecido en Lima, que los padres de la novia la obsequien el ajuar.

Todo lo que el arte manufacturero ha producido de más delicado, de más perfecto, de más artístico; todo se encontraba en el ajuar de la novia.

Encajes de Inglaterra, de Chantilly, de Alençon, de Malinas, de Venecia; paños de León, telas italianas, chinas, y de todas partes del mundo; aquello fué una especie de Exposición, en pequeño, que maravilló á la familia y á las amigas de Blanca.

Ella estaba ebria de placer y de contento.

Lucir, deslumbrar, ostentar, era la sola aspiración de su alma.

Ya no vería más, la cara engestada, la expresión insultante, y el aire altanero del acreedór, que por la centésima vez llegaba, á recibir siempre una excusa, un efugio, ó á conceder un nuevo plazo, que era nueva humillación, cruel sarcasmo, lanzado á su vida fastuosa y derrochadora.

Los amigos de D. Serafin, quedaron asombrados, al verlo derramar el dinero, con largueza tal, que dejaría atrás al más despilfarrado calavera. Hasta entonces estaban ellos persuadidos, que, si D. Serafin había heredado á su padre la fortuna, había también heredado sus hábitos de economía llevados hasta la avaricia.

Pero esos amigos no pensaron, sin duda, que de todas las pasiones, el amor es la que mayores y más radicales cambios opera en el espíritu humano.

Pocos días antes del matrimonio, la casa que debían ocupar los novios, convirtióse en romería, de los que ansiaban admirar las maravillas encerradas allí, por la mano de un futuro marido.

Sus amigos, aquellos que con más envidia que afecto, miraban esa prodigalidad de riquezas, no le escasearon al novio las sátiras, y los burlescos equívocos.

No faltó quién, con tono de profunda amargura, dijera: Ah si el señor Rubio resucitara, volvería á caerse muerto! Y para extremar la vida sujeta á toda suerte de privaciones, del señor Rubio, padre, cada cual refería un episodio ó un suceso referente á este punto.

Y el lujo presente, y la economía pasada, y el amor del novio, y la incierta fidelidad de la novia; fueron el blanco,

donde todos creyeron que debían asestar sus sangrientos dardos, y malévolos comentarios.

Si los que de esta suerte censuraban ensañándose contra las prodigalidades de D. Serafin, hubieran podido presenciar y valorizar la suprema dicha de su alma, la primera noche de sus bodas; cuando él después de haber paseado á Blanca por todos los lujosos salones de la casa, llevola á la alcoba nupcial, donde ella de una sola mirada abarcó y midió todo el lujo y esplendidez, con que estaba decorada y volviéndose á él, lánzose á su cuello ebria de alegría exclamando:—¡Oh que feliz soy!—si ellos hubiesen presenciado esta escena; lejos de censurarlo, hubieran dicho, como en ese momento dijo él:—El único dinero bien gastado es el que nos acerca á los brazos de la mujer amada.

Los primeros días de su matrimonio, no cesaba de reflexionar como era posible que existieran hombres tan estúpidos, que llamaran á este mundo valle de lágrimas ¡Infelices! Bien se conocía que no habían hallado una mujer que embelleciera su vida, una mujer como Blanca. No, la vida es eden delicioso, puesto que la posesión del ser amado, llegaba á ser hermosa realidad.

Pero ¿era en verdad una realidad? ¿No estaría él soñando? Ser el esposo, el dueño, el amado de ella, de la altiva y orgullosa Blanca Sol.... ¡Oh! ninguna dicha igualaba, ni encontraba siquiera comparable á esta.

Y D. Serafin con íntima y deleitosa satisfacción se detenía á considerar que, cuando él hablara de ella, podía decirle familiarmente *esta;* es decir, esta mitad de mi sér, mitad de mi cuerpo, del cuerpo de él, del mísero, que había vivido en la casta abstineucia á que lo obligara la exígua propina que su padre le daba, no siquiera para cigarros, sino para dulces, como á un chiquillo de diez años, obligándole así al retraimiento de los amigos y de los placeres. Y su naturaleza robusta y sanguínea, habíase doblegado á duras penas ante tan cruel necesidad.

Pero ¡ah! llegaba, al fin, el día de satisfacer todas sus ansias juveniles, todas sus necesidades de hombre.

Allí, al alcance de su mano, estaría siempre ella, hermosa, seductora, complaciente, con sus ojos de garza y sus labios atrevidamente voluptuosos.

Sí, ya él podía llamarla *suya, su mujer*, y al pronunciar

estas palabras, su alma, bañábase en infinito deleite, y su sangre se encendía en inextinguible voluptuosidad.

Qué lejos estaba él de pensar, que á las mujeres, aún aquellas que se casan por pagar deudas y comprar vestidos, les horroriza el matrimonio, cuya síntesis, es, un cuerpo entregado á la saciedad de un apetito.

Qué lejos estaba él de imaginarse, que Blanca, aunque mujer calculadora, vana y ambiciosa, era como las demás mujeres, esencialmente sentimental y un tanto romántica, y había de sentir, como consecuencia, repugnancia, asco, para este marido que no le ofrecía sino los vulgares trasportes del amor sensual.

¿Pero qué sabía él de estas cosas? Si alguien le hubiera ido á perturbar en medio de sus alegrías y embriagueces, para poner ante sus ojos la realidad de su situación, le hubiera tomado por un loco ó por un impertinente.

Qué sabía él, si las mujeres aman con el corazón y los hombres con los sentidos; si el amor del alma es para ellas cuestión de naturaleza y el amor del cuerpo es para ellos cuestión de salud; y esta antitésis es abismo donde se hunde la felicidad del matrimonio, el cual sólo el amor abnegado de la mujer puede salvar.

Don Serafin era de esos hombres de quienes se ha dicho que el matrimonio los engorda.

Y sin metáfora, ocho días después, sentía que comía con mayor apetito, dormía con mejor sueño, reía con hilaridad interminable, y por consecuencia, su cuerpo adquirió en tejido grasoso, todo lo que perdió en agilidad y elegancia.

V.

Blanca Sol, llegó á ser lo que en Lima se llama una gran señora, por más que la gente murmuradora dijera que sólo había grandeza de sus defectos y quizá también en sus vicios.

A pesar de su matrimonio sus amigos continuaron llamándola Blanca Sol, sin jamás acordarse que era señora Rubio.

Esta particularidad de conservar la mujer casada su nombre y apellido, peculiar sólo de nuestras costumbres, merece explicación.

Hay mujeres, que al otro día de su matrimonio, pierden su apellido y pasan á ser la señora de D. Fulano, como si su pequeña personalidad desapareciera ante la de su esposo. Otras hay, que conservan toda la vida su apellido, sucediendo muchas veces, que el marido llega á no ser más, que la adición de su mujer.

Así sucedió con Blanca. Ella no pasó á ser la señora de Rubio; pero sí ocurrió, que al millonario D. Serafin, lo designaran con frecuencia, llamándole *el marido de Blanca Sol.*

Esta manera de ser de la mujer casada, que entre nosotros se establece con inexplicable expontaneidad, sin que en el público nadie dé la señal, ni se encuentre regla fija que seguir; parece no depender, sino de la individualidad, más ó ménos acentuada de ambos esposos.

Antes de su matrimonio D. Serafin, no fué más que *un partido* codiciable por su dinero entre las niñas casaderas: cuando perdió esta cualidad, forzoso era concederle la única que le quedaba: ser esposo de Blanca Sol.

Ella, por su parte, continuó su vida de soltera, repartiendo su tiempo entre las fiestas los saraos y las tertulias íntimas, ya fuesen dadas en su casa, ó en la de alguna amiga suya,

Si alguna innovación quiso introducir en sus costumbres, fué sólo la de ser lujosamente devota: con la devoción de la mujer del *gran mundo,* como ella decía:

Vivía persuadida de que la "gente de tono" debe proteger la religión, y era muy dada á las prácticas religiosas del culto externo, con sus ruidosas manifestaciones de aparatoso efecto. Creía que una señora como ella, desempeña desairado papel en sociedad, si no es directora de asociaciones de las que se llaman de caridad, ó promotora de grandes fiestas de las que se llaman religiosas.

Ser virtuosa á la manera de la madre de familia, que vive en medio de los dones de la fortuna, rodeada de privaciones y zozobras, cuidando de la educación de sus hijos, y velando por la felicidad de su esposo, sin más fiesta religiosa, que la plegaria elevada á Dios sobre la frente de su hijo dormido; sin más pompa, que el óbolo depositado en silencio, en la mano del desgraciado, ni más templos, que la alcoba, jamás profanada ni aún con el pensamiento de la esposa fiel y la madre amorosa; ser de esta

suerte virtuosa, hubiera sido para Blanca, algo que ella hubiese encontrado muy *fuera de tono* y de todo en todo impropio á la mujer del *gran mundo*.

En las primeras épocas de su matrimonio, D. Serafin, sufrió cruelísimos celos y desconfianzas horribles; pero así que vió á su esposa entregada á sus místicas devociones y ruidosas fiestas mundanales, sus celos se calmaron y disipáronse sus angustias.

En la época que la presentamos nuevamente, cinco hijos habidos en diez años, vinieron á aumentar las felicidades de D. Serafin, que era tan tierno papá como afectuoso marido.

Blanca, quejábase amargamente de esta fecundidad, que engrosaba su talle, é imperfeccionaba su cuerpo, impidiéndola ser como esas mujeres estériles, que dan todo su tiempo à la moda, y conservan la independencia y libertad de la joven soltera.

La moda era diosa tiránica á la cual ella sacrificábale salud, afectos, y todo lo más caro de la vida.

Para formarnos idea de esta su pasión, asistamos á una escena de Blanca con su modista.

Las doce del día daban en un rico reloj de sobremesa, cuando entró muy de prisa Faustina, la criada de preferencia, para saber si la señora podía recibir á su modista, que acababa de llegar, y venía á probarle un vestido.

—Dile que pase adelante.

—Mi querida madama Cherí—dijo Blanca extendiendo la mano que la modista se apresuró á estrechar cariñosamente.

—Vengo á medirle el vestido de baile.

Blanca se puso de pié, y quitándose su rica bata de cachemir bordada, dejó descubiertos sus torneados y blanquísimos hombros.

La modista presentóle un corpiño de razo color pálido, que se preparaba á medirla.

—Aguarde U., es necesario que me ajuste algo más el corsé.

A una señal de Blanca, acercóse Faustina, y con admirable destresa, logró que los extremos del corsé, quedan unidos, dejando el flexible talle, delgado y esbelto como el de una sílfide.

Blanca, miróse al espejo y sonrió con satisfacción, sin tar que mortal palidez acababa de cubrir sus mejillas.

La modista principió su tarea de prender alfileres, para entallar y ajustar al cuerpo el corpiño, cuando con gran asombro, vió, que la señora Rubio, después de dar dos pasos adelante cayó sin sentido.

—¡Dios mio! La señora se ha puesto mala, llame U. al señor Rubio—dijo dirigiéndose à Faustina.

—No puedo llamarlo: la señorita me ha prohibido dé aviso al señor cuando ella tenga uno de estos desmayos.

—Y qué haremos?—preguntó angustiada madama Cherí.

—No es de cuidado—observó Faustina—como la señorita está de cinco meses de embarazo, el corsé ajustado le produce estos desmayos: ya yo estoy acostumbrada á ellos.

—¡Oh qué horrible! exclamó asombrada la modista.

Como si ya fuera bien conocidó el remedio, Faustina se acercó y cortó los abrochadores del corsé.

Después de propinarle algunos remedios y darle á oler algunas sales, Blanca abrió los ojos y miró en torno.

—¿Qué sucede? ¡Dios mío!—y aún desfallecida reclinó la hermosa cabeza en el hombro de madama Cherí.

Pero cual si al volver á la razón, hubiese pensado que no debía dar importancia á este pasajero accidente con el que ya estaba ella familiarizada; sacudió la cabeza, pasó repetidas veces la mano por la frente y sonriendo con gracia, dijo:

—Déme U. la mano para levantarme, no es nada, pasa luego.

Restablecida del todo de su corto síncope, insistió con la modista para que le midiera nuevamente el corpiño.

—Necesito—decia—ver el escote. U. madama me cubre el pecho con más empeño que si fuera U. un marido celoso.

—Ha visto U. el último figurín?

—Si, y veo que el escote se lleva abierto hasta cerca del talle.

Después de haber dado algunos recortes madama Cherí preguntó:

—Está bien así?

—Oh! mucho más: ahora se usa llevar la espalda toda descubierta.

—¿Así?—preguntó madama Cherí, dando con mano atrevida un tijeretazo que dejó descubiertas las mórbidas espalda de Blanca.

—Eso es—y mirándose al espejo, agregó:

—En la mujer casada es feísimo, ese escote subido que apenas es soportable en una chicuela de quince años.

—Ya sabrá U. que los vestidos de baile se llevan sin mangas—dijo madama Cherí.

—Sí, y esta moda me viene á mí muy bien—y Blanca miróse el brazo que en ese momento llevaba desnudo.

—Sin duda, lucirá U. los brazos más lindos y mejor torneados que hay en Lima.

Blanca guardó silencio y sonrió con satisfacción: madama Cherí continuó diciendo:

—Esta moda de los corpiños sin mangas, ha dado ocasión á grandes disgustos en muchos matrimonios: ya se vé pocos son los maridos que puedan mirar con paciencia que su esposa vaya luciendo lo que ellos creen debe ocultarse.

—¡Bah!—exclamó Blanca, con desdeñoso tono,—qué sería de la moda si las mujeres fuéramos á sujetarnos á las exigencias de los maridos; todas anduviéramos vestidas de cartujas ocultándonos hasta los ojos.

Blanca y la modista rieron alegremente.

—Felizmente mi buen marido conoce demasiado mi carácter y sabe, que el día que me prohibiera lucir el pecho y los brazos, sería capaz de lucir .... Blanca se detuvo, sin atreverse á terminar la frase. Luego agregó:

—No sé lo que iba á decir; pero sería muy capaz de cometer una estupenda locura.

Largamente hablaron ambas sobre arreglo y combinaciones de vestidos.

Blanca pidió á su modista seis vestidos serios; pero muy elegantes y lujosos. Esto era lo menos que creía necesitar para la asistencia á algunas fiestas religiosas de hermandades de las que era ella presidenta.

VI.

Sobre elegante mesa de rica madera tallada, que formajuego con el resto del mueblaje del dormitorio de Blan, escribía un joven, y luego se ocupaba en ordenar alnas esquelas, colocándolas bajo la cubierta con nome y dirección.

A corta distancia y sobre lujoso diván veíanse esparcidos diversos objetos á primera vista de indefinible clasificación.

Blanca revisaba complacida, esta, al parecer aglomeración de fruslerías, dejando alguna vez escapar monosílabos y palabras como si dialogara consigo misma:—Todo está muy bien—decía—hasta hoy nadie ha hecho tanto; este año quedarán confundidas esas mezquinas presidentas; ya verán....

En este momento llegó Faustina y con acento de grande regocijo anunció.

—El señor Venturoso acaba de venir y quiere hablar con la señorita.

—¡Oh! que felicidad, dile que pase al momento—y Blanca alborozada y risueña dirigióse á la puerta á recibirlo.

—Mi querido padre—dijo, estrechando con jubilo la mano de un sacerdote.

—Buenos dias hija mía—contestó él, y se dirigió á una silla que ella se apresuró á acercarle con gran solicitud.

—Aquí me tiene U., mi padre, ocupadísima en los arreglos para las distribuciones y la fiesta del *Mes de María.*

—Me complace verte entregada á ocupaciones que te enaltecerán á los ojos de la Virgen.

—Gracias, mi padre. Me propongo con gran entusiasmo este año que soy presidenta de la hermandad, darle á nuestras distribuciones, la pompa y el esplendor, dignos de la asociación que presido.

—Me parece muy bien—dijo complacido el señor Venturoso.

—Mire U. mi padre—y Blanca tomando algunos de los objetos allí esparcidos mostrábalos diciendo:—estas son las medallas que repartiré el último día de la fiesta.

—¡Oh! este es un lujo estupendo!—exclamó el señor Venturoso mirando algunas medallas adornadas con cintas y briscados en forma de flores.

—De este modo—continuó diciendo—daremos á nuestra hermandad gran realce, y aumentará el número de las Hijas de María.

—En estos dias, dijo Blanca, deben llegarme de Paris, mil quinientas estampas de la Virgen, que se repartirán en la puerta, á los que nos den limosnas. También he mandado hacer un número crecidísimo de escapularios y

pastillas que repartiremos con profusión á todos los asistentes. Lo que es la música no dejará nada que desear: he contratado á las mejores artistas, sin reparar en condiciones ni precios. En cuanto á los demás gastos ya sabe U. que siempre me he portado á la altura de mi posición. Todo esto sirve de gran aliciente para atraer la concurrencia y dar mayor lucimiento á la fiesta.

El señor Venturoso guardó silencio contentándose con sonreír bondadosamente.

Blanca continuó diciendo:

—Supongo que ya estará U. preparando esos espléndidos sermones, que el año pasado le han valido la reputación del primer predicador de la ciudad más religiosa de América.

—Algo se hace—contestó con modestia el señor Venturoso.

—Y qué le parecen estas esquelas que pienso pasar á todos mis amigos?—Y cogiendo una de las esquelas presentóla mirando con interés el semblante del señor Venturoso.

Este se colocó los anteojos y leyó la esquela cuyo objeto era invitar á sus amigos para que asistieran á las distribuciones, y á la fiesta del mes de María.

La esquela traía una notita que decía: «La presidenta, señora Blanca Sol de Rubio, recibirá en la puerta las limosnas que sus amigos quieran darle.

Esta nota, era una de las extravagancias de Blanca.

El señor Venturoso devolvió la esquela diciendo:

—No me parece mal. Ya sabes que todo lo que contribuya á dar mayor realce al culto de María, alcanza siempre mi aprobación.

—Yo espero que con estas esquelas, obtendremos la concurrencia de todo lo más selecto de la sociedad masculina; porque es preciso que sepa U. que he determinado, que al que no concurra al Mes de María á darnos una limosna, no lo invitaré jamás á mis tertulias semanales, que como U. sabe, gozan de gran prestigio entre la juentud distinguida.

—¡Oh! esta es una medida atrevida—dijo sonriendo con ulzura el señor Venturoso.

—Es que las señoras necesitamos de todos estos artifi-ios para atraer á los hombres al culto.

—Es verdad. ¿Qué sería de nuestras ceremonias religiosas, sin las mujeres?—exclamó con amargura el señor Venturoso.

—Si, mi padre. Y este año espero que no se quejará U. de nosotras.

—No, hija mía, nunca me he quejado de la religiosidad de la mujer limeña.

—¡Oh! es increíble el tiempo que nos quitan todos estos preparativos. Yo hace más de cinco días que no recibo visitas, ni veo á mis hijos, ni atiendo á mi casa, ocupada solo en lo que es preciso hacer para celebrar el Mes de María.

—Te perdono lo de no recibir visitas, en cuanto á desatender á tus hijos, y tus deberes de madre de familia, te lo repruebo enérgicamente.

—¡Qué quiere U. mi padre! En Lima no hay de quien valerse, y si personalmente no hacemos estas cosas, nos exponemos á quedar desairadamente. Pastillas, escapularios, medallitas, nada he economizado; además el dia de la fiesta habrá también muchas flores que caerán de la cúpula del templo en el momento de alzar. Mesquindades! yo no las puedo sufrir. A propósito ha visto U. el manto que le he regalado á la Virgen? Quinientos soles me ha costado! yo pensaba ponérselo desde el primer dia; pero me aconsejan que lo guarde, para el dia de la fiesta, y le viene muy bien á la Virgen, estrenar manto nuevo ese dia. Me dicen que U. lo ha aplaudido mucho, de lo que estoy muy satisfecha.

El señor Venturoso no parecía muy complacido con la vanidosa charla de la señora Rubio, y guardaba silencio. Ella continuó:—Y tengo esperanzas de hace muchas otras cosas más: ya verá U. Todos mis amigos me conocen que soy muy devota de la Virgen y me han ofrecido ir todas las noches que *yo me siente á la mesa*, y segura estoy que hasta libras esterlinas veremos lucir en el azafate. Qué vergüenza debe ser lo que le pasó á la señora Margarita L.... ¿no le parece señor Venturoso?

—¿Qué cosa? No se á que aludes.

—¡Cómo! ¿no se acuerda U.? que el año pasado la primera noche que ella pidió en la mesa no recogió sino dos soles y siete centavos. ¡Ese si que debe ser chasco pesado! Desde entonces hemos tomado la medida de compro-

meter á nuestros amigos la noche que nos toca pedir: así que, la que más amigos generosos cuenta, es la que sale más lucida en su limosna.

—¡Triste situación á la que hemos llegado!— exclamó con amargura el señor Venturoso.

—Cierto, muy triste. Los hombres no creen ya en nada, y cuando en los círculos de confianza se habla de religión, hacen chacota y befa de todo.

—Desgraciados! ¡No quieren tener ningun freno á sus pasiones!

—La noche pasada me hicieron renegar á mí hasta que los hice callar á todos, enojándome muy seriamente.

—No consientas jamás discusiones religiosas en tus salones, no olvides este consejo mio.

—¿Yó? ¡Vaya! U. no me conoce mi padre, por poco el bastón de Rubio, le fué á uno de ellos por la cabeza: con que había de sufrir yo heregías! No se dirá jamás que en la casa de la señsra de Rubio se habló mal de los sacerdotes ni de los templos.

—Dios te conserve en su santa gracia.

—Gracias mi padre— contestó ella con aire distraido y nada contrito.

Se cambió de conversación: se habló de lo poco concurridas que son en verano las fiestas de las Iglesias.

Ahora tomarán su fisonomía de Invierno: la emigración de la aristocracia convierte en el Verano los templos en aglomeraciones de *chusma*, que despiden olor nauseabundo; por esta razón la señora de Rubio no iba en Verano sino á misa.

El señor Venturoso era lo que llamamos un buén sacerdote: moral, ilustrado, cumplidor de su deber, y auuque tal vez en el curso de esta historia no volveremos á encontrarlo; preciso es que conste, que si transigía bondadosamente con las vanidosas prácticas de la religiosidad de la señora de Rubio; era porqne comprendía que para corregirla había llegado él demasiado tarde. Largo tiempo ¡ el confesor do Blanca; hasta que ella le dejó por «ser nasiado severo, y à más el confesor no debe ser amigo e la casa» Blanca buscó un confesor elegante, joven, que mprendiera que una mujer de su clase no puede dejar asistir escotada á un baile de etiqueta ni dejar de ir al atro á oir «La Mascotta» y «Bocaccio»

VII.

—Yo soy una inquilina de la casa de.....así decía llorando en presencia de Blanca una infeliz mujer, de enfermizo y demarcado aspecto.

—¡Ah! sí, y hace tres meses que no me paga U.

—Me han arrojado de la casa y han puesto candado á mis habitaciones....

—¿Y qué quiere U. que haga?

—Estoy enferma. Todos los dias arrojo sangre por la boca. Tengo tres hijos, soy viuda....

—Es muy triste la situación de U. pero....

—Señora tenga U. compasión de mí!— exclamó la mujer con desesperación.

Blanca estaba verdaderamente enternecida, y endulzando el acento de su voz, dijole.

No se aflija U. yo procuraré conseguirle un cuarto en un hospicio de pobres.

—¡Ah! señora Dios la bendecirá! ¿Y qué es necesario hacer para merecer ese beneficio?

—Lo primero que necesita U. hacer, es pedirle á su confesor un comprobante con el cual pueda U. acreditar que frecuenta sacramentos y vive bajo la dirección de un padre de espíritu.

La mejer palideció visiblemente.

—¿Es esto indispensable?—preguntó angustiada.

—Si U. no se confiesa ni comulga todos los meses no espere U. de mí protección ninguna.

—¡Ah señora! El confesar y comulgar es un lujo que no podemos darnos los pobres!—exclamó la infeliz con profunda amargura.

—Y qué piensa U? Una mujer que no es virtuosa no merece nuestro interes — dijo la señora Rubio con aspereza.

—Yo bien quisiera, señora, confesar y comulgar como lo hacen los ricos y la gente desocupada; pero ¡Dios mío! tengo tres hijos, el menor tiene solo dos años, mi hija mayor, que es linda, tiene perseguidores que atisban mis salidas, para dirigirle seductoras palabras. ¿Quién cuidará de ellos mientras voy yo á la Iglesia?

—¡Oh! entonces renuncie U. á vivir en ningun Hospicio de pobras.

Después de este diálogo, Blanca despidió á la desgraciada mujer, y mirando al reloj levantóse presipitadamente diciendo:

—¡Las dos de la tarde! Y la novena de Nuestra Señora de las Lágrimas habrá ya principiado en San Pedro!....

Mientras se vestía aprosuradamente hablaba consigo misma:

—Esta gente cree que los ricos tenemos obligación de darles todo. Qué sería de nosotros si á los gastos indispensables, agregáramos el *déficit* de lo que los pobres no pueden pagarnos. ¡Lucidos quedaríamos! Y yo que en los preparativos para las distribuciones y la gran fiesta del Mes de María, llevo gastados cerca de tres mil soles .... ¡Bah! no quiero pensar en esto!....

Y dirigiéndose á Faustina la dijo:

—Apresúrate á vestirme quiero salir á las dos en punto.

—¿Va la sañorita á San Pedro?

—Sí, pero antes iré donde madama Cherí.

—¿Qué vestido quiere U. ponerse?

—Sácame el más oscuro de todos el.....¡ah! Olvidaba que antes debo rezar el rosario que el señor me dió en penitencia; pero....puedo ir rezando y vistiéndome. *Reza, Gloria al padre, gloria al Hijo, gloria* .....Dime; descosiste los encajes de Chanbtilly de mi vestido color perla?

—Si señorita aquí están.

—*Padre nuestro que estás en los cielos, santificado* ..... Quién creeria que en todo Lima no haya encajes más ricos que esos..... *Venga á nos tu reino* ... .. *hágase tu voluntad,* Y tendré que llevar encanjes que ya me han visto.....*asi en la tierra como en el cielo*.....Mucho me temo que madama Cheri se guarde parte del encaje..... Si tal cosa hiciera la estrangularia buena estoy yo para robos! *Y perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos.* Sácome la mantilla dr encajes: Quizá veré á Alci-
s!....*y no nos dejes caeer en la tentación más líbranos de*
....¡Vaya! estoy tan procupada que no puedo rezar mi
sario. Lo rezaré en San Pedro.

Al tenor de este rosario eran las devociones de la señode Rubio.

illa, tan inteligente, tan viva, tan aguda en los salones

en materia religiosa cumplía sus prácticas con deplorable ignorancia y risible lijereza.

Verdad es, que importábale muy poco el fondo moral ó los elevados principios que pudiera encontrar en su religión; ella se decía devota, por vanidad, por lujo, porque de esta suerte encontraba ocasiones de lucir, de ir, de venir, de disipar el hastío que embargaría su espíritu en las horas que no eran de visitas ni de recepciones.

Y luego, había tantas hermandades de las que ella tenía á honra ser la presidenta, y también era protectora de algunos conventos, donde las buenas monjitas, hablaban de la virtud y la religiosidad de la señora de Rubio, con el mismo entusiasmo con que en el Club de la Unión, comentaban los jovenes elegantes, las coqueterías y los escándalos de Blanca Sol.

También por inspiraciones de su esposa, D. Serafin, llegó á ser muy dado á las prácticas religiosas, del culto, externo; y para complacerla, presentábase en las procesiones de Santa Rosa y en las de Corpus, muy peripuesto y currutaco, llevando el *Gion* ó algún estandarte de cofradía.

Los jovenes que se precian de liberales, le miraban con desprecio, endilgándole algunas sátiras burlescas, con las que herían, no las creencias religiosas de D. Serafin; pero si algo más delicado y también más sagrado: su honor y el de su esposa.

Y aunque muy poco se cuidaba ella de la opinión pública, estaba bien lejos de imaginarse, que sus alardes y ostentaciones religiosas, eran nada más que oportunidades para que la maledicencia la hiriera.

Y por lo mismo que esta devoción casi inconsciente y poco moralizadora, influye débilmente en el corazón de la mujer; no nos ocuparemos de ella sino accidentalmente, cómo cosa superficial y sin importancia alguna en la vida de la señora de Rubio.

Asistir á un baile con el mismo entusiasmo que á una fiesta religiosa; institnirse presidenta y colectora de una obra de caridad, ú organizadora de un baile de fantasía; eran todas cosas que ella miraba por una sola faz, ésta era la de la vanidad.

Dejáremos, pues, á Blanca dada al misticismo vanidoso, de la mujer mundana, con el mismo fervor que á los devaneos de sus locas coqueterías.

VIII.

Un día ocurrióle á Blanca meditar sobre que D. Serafin desempeñaba papel demasiado insignificante y azás oscuro, al lado de los altos personajes y eminentes magistrados con quienes diariamente rolaba, sintiendo reflejarse en ella, la pequeñez de su esposo.

—Y ¿por qué mi marido no ha de ser como cualquiera de ellos?—se dijo á sí misma, con esa su antojadiza voluntad, que ella acostumbraba imponer no sólo á las personas, sino tambien á los acontecimientos.

Estaba cansada de oir llamarle *señor Rubio*, limpio y pelado, ni más ni menos que el primer quidam que se presentara, en tanto que á su lado se pavoneaban Ministros, Vocales, Generales.... ¡Vaya! Qué desgracia vivir en República, que de otra suerte ella había de ser Condesa, Duquesa, ó algo mejor.' Ser la esposa de D. Serafin, de un *don nadie*, que en sociedad valía tanto como el primero que llegaba á su casa!.... ¿Qué importaban sus propios méritos y valimientos, si llegada cierta situación, era fuerza cederle el puesto de preferencia á la esposa del Ministro, del Presidente, ó á otra que ocupara rango más elevado en sociedad.

Su orgullo, su vanidad de reina de los salones, sentíanse lastimados y ese día ella resolvió con enérgica resolución, que D. Serafin sería Ministro de.... Aquí llegó el punto dificil de resolver, atendidas las aptitudes de su esposo.

A pesar de sus extravagancias, sus fantasías y caprichos; Blanca poseía el criterio necesario para valorizar los méritos y cualidades de su amoroso esposo, y si como tal, le reconocía altas cualidades, no se le ocultaba que éstas eran nulas, ocupando la curul ministerial.

Pero ¿sería acaso D. Serafin el primer Ministro que brillara por ausencia intelectual y carencia de aptitudes pocas? ¡Bah! él sería Ministro y ya vería como se las ha-de componer.

Una hora después Blanca, decíale al pacífico D. Serafin, en tono cariñoso muy pocas veces usado:

—Mira Rubio, tengo un gran proyecto.

—Cuál—preguntó él, algo alarmado, comprendiendo

que los grandes proyectos de su esposa, iban siempre dirigidos contra sus caudales.

—Quiero que tu seas Ministro.

—¿Ministro yo?—observó él asombrado y casi espantado por tal ocurrencia.

—Sí, tú, ¿y por qué nó? Vales tú acaso menos que otros muchos que lo han sido?

—Déjate de proyectos disparatados—dijo él desechando la idea de su esposa.

—Pues te aseguro que no desistiré de mi proyecto y que tú serás Ministro muy pronto.

—¿Te imaginas, acaso, poder mandar hacer Ministros con la misma facilidad con que mandas hacer vestidos donde tu modista? dijo D. Serafin riendo.

—Y que dirás cuando seas Ministro por mi voluntad y mis influencias?

—Cuentas tal vez con influencias para mí desconocidas? —preguntó él sin poder ocultar sus celosos temores.

—¡Bah! ¿Cuándo hé querido yo algo y no lo he conseguido?

—Desiste de tus descabellados proyectos, ellos no harían más que perjudicarme si se realizaran.

—No comprendo.... observó Blanca.

—Si, indudablemente, un Ministerio me absorvería tiempo y atenciones necesarias á mis intereses los que, día á día van menoscabándose con espantosa rapidez.

—Déjate de cálculos mezquinos: un Ministerio puede enriquecerte como á muchos otros.

Y Blanca sin desistir un momento de su idea, prometióse á sí misma, que su esposo sería Ministro, ó cosa semejante con, ó sin su gusto.

Pensando y meditando concluyó por dilucidar cuál Ministerio cuadraba mejor con las aptitudes y disposiciones de D. Serafin: Blanca no trepidó en decidirse por el de Justicia. Pero aquí se presentó otra dificultad casi insalvable. Para que D. Serafin llegara á este puesto designado por ella; era necesario que cayera el actual Ministro, y no podía caer estando en buen predicamento con el Jefe del Estado, sino por un cambio total de todo el Ministerio, quizá un conflicto entre los Ministros y las Cámaras que á la sazón funcionaban. Era preciso conmover las cumbres del poder y dar lugar á que surgieran dificultades,

cuyo resultado fuera la renuncia de todo el Ministerio.... Un trastorno, un conflicto en la alta política...

Pues todo esto sucedió, sin más causa sin más motor, que la voluntad y el querer de Blanca Sol.

Un mes solamente hacía, desde el día que Blanca se propuso realizar el raro capricho de ser esposa de Ministro, cuando un día D. Serafin, muy lejos de esperar tal sorpresa, encontróse sin más ni más con su nombramiento entre las manos.

¿Cómo realizó su atrevido y valiente proyecto?

Bien quisiera entrar en detalles, no fuera más que para poner en relieve, mejor que en otra ocasión, el carácter de la señora de Rubio; pero con gran pena desisto de este intento, en el temor de extraviarme en el intrincado dédalo de la política, de la que con cuidado y estudiosamente debo huir.

Que la belleza, el amor, la amistad, desempeñaron su cometido, en esa danza macabra de las influencias políticas, lo comprenderán mejor que otros, los lectores peruanos. Como en la lejión de adoradores y esperanzados, que rodeaban á la señora de Rubio, habían diputados, senadores, ministros, jueces, periodistas, y todos estos poderosos fueron otros tantos elementos que ella muy astutamente puso en juego para conseguir que á D. Serafin lo consideraran, insinuándolo como ministro posible primero, como ministro probable en seguida, y como ministro verdadero al fin, el juego de influencias y empeños fué maestramente desempeñado.

En puridad de verdad, diré que el señor Rubio desempeñó el Ministerio, con plausible honradez, con juicio recto y hasta con innovaciones provechosas en el ramo de su gobierno, captándose la admiración, no sólo de sus amigos, sino aún, de los que, en el primer momento, miraron su nombramiento con indignación y desprecio, considerándole *hechura de faldas*, según el decir de las lenguaraces.

D. Serafin, preciso es que conste, era todo un caballero, limpio de manchas y muy delicado en su proceder.

En esta circunstancia, como en otras muchas de su vida, sus honradas intenciones, suplieron la escasez de su inteligencia.

Desgraciadamente, las ambiciones de Blanca no se detuvieron aquí, y cuando vió que D. Serafin desempeñó el Ministerio cón el aplanso general de sus amigos, y hasta mereciende que algunos periódicos le endilgaran calificativos tan honrosos como el de *estadista*, hombre público y demás palabritas de cajón, con las que suelen adular los periódicos gobiernistas á sns cofrades, cuando vió todo esto, aspiró á algo más, y meditó en que D. Serafin bien podría llegar á ocupar puesto más alto. Vocal de la Córte Snprema ó Presidente de la República.

--Y ¿por qué no?—se decía á si misma—Si tantos otros tan ineptos como mi marido y además pícaros, han llegado hasta la silla presidencial por qné él que es un caballero y muy *honrado*, (y esta palabra la acentuaba como si esa fuera entre nosotros cualidad extraordinaría) no ha de llegar allá?

Luego pensó que en el Perú, todas las anomalías son, en el terreno de la política, hechos ordinarios.

Hasta es posible—decia—que aquí se le dé la Presidencia de la República, en tiempo de guerra á un seminarista fanático y en tiempo de paz á un soldado valiente, (Cualquiera diría que desde aquella época la señora de Rubio adivinaba lo que había de acontecernos.)

Pues si todas las anomalías han de realizarse en el Perú, ella pondría en práctica una que no sería de las mayores, y esta no sería otra, que ver á D. Serafin llevando la banda presidencial de la República. Y sus vanidosas ambiciones sentíanse hondamente halagadas con tan bella ilusión, y ya imaginábase verse entrando triunfalmente al vestuto palacio de Gobierno en compañía de D. Serafin, (al pensar en esta compañía, hacía ella un mohín de disgusto.)

Por aquella época no muy lejana á la nuestra, era más díficil que hoy, llegar al alto puesto que Blanca le designaba á su esposo.

Para desempeñar la Vocalía de la Suprema, Blanca tenia en cuenta que su esposo era doctor en Leyes. El padre de D. Serafin obligólo á estudiar los códigos, asegurándole que allí se conocen los subterfugios y las tretas de que se valen los pícaros y trampistas.

Y mientras ella acariciaba locamente estos proyectos,

la envidia de las mujeres, y la maledicencia de los hombres, formando á su alrededor como un círculo de hierro, iban estrechándola más y más.

Anécdotas y chascarrillos sin fin, amenizaban las desocupadas horas de los que llegaron á conocer sus pretensiones de llevar á su esposo á la Presidencia de la República.

D. Serafin el intachable Ministro, el cumplido caballero era el blanco de las sátiras de los maldicientes y desocupados.

No salía mejor librado el honor de la señora de Rubio, en esta cruzada contra sus ambiciosas pretensiones. Los unos dabánle por amantes altos personajes de la escala política de aquella época, con cuyo apoyo contaba para realizar sus descabellados planes: otros decían que Alcides Lescanti, un joven á la moda, conocido por ser del número de sus adoradores, era el dueño de tan codiciado tesoro.

Asi, pues, la maledicencia que se ensañaba contra la reputación de la señora de Rubio, era el resultado fatal é inexplicable, no de sus verdaderas faltas é infidelidades, sino más bien, de su despreocupación, y atrevida desenvoltura, para cuidarse del *qué dirán*: esa mano invisible de la opinión pública, que tantas veces hiere, ciega y estúpidamente.

No faltaba quien buscara y hallara, saltantes y semejanzas entre sus hijos y sus supuestos amantes. Y por entonces ella tenía ya seis hijos! Uno por barba—decían—¡Méntira! Los hijos de Blanca, por desgracia de ellos, eran extraordinariamente parecidos á D. Serafin, es decír, eran feos, trigueños y regordetes.

¿Sería esta la causa por qué, Blanca, era madre tan poco cariñosa para ellos?

IX.

Alcides Lescanti, como su apellido lo demuestra, lleva en sus venas sangre italiana, sin dejar por esto de ser po esencialmente americano.

El padre de Alcides, fué uno de los muchos italianos, e han arribado á nuestras playas, sin más elementos de

fortuna, que sus hábitos de trabajo, su excesiva frugalidad, y su extraordinaria economía.

Sus primeros trabajos, los hizo en uno de los asientos mineros del Cerro de Pasco. Allí contrajo matrimonio con una de esas jóvenes, que si confiesan llevar sangre indígena, es por que pueden probar, que fué la mismísima que circuló por las venas del gran Huaina-Capac.

Cansado de la vida de peón minero, que le cupo llevar en el Cerro de Pasco, dirigióse á Lima, para explotar la más rica mina, que por antitésis han hallado en el Perú, los hijos de la artística Italia: las pulperías.

La Nación modelo, la maestra inimitable de las bellas artes, donde los pintores, los músicos, los escultores, son hoy todavia, como en la antigua Grecia, los modelos perfectos del arte; esta no sabemos por qué, representada en el Perú por la inmensa mayoría de italianos pulperos, que viven entre la manteca, el petroleo y otros mal-olientes objetos, que forman el conjunto de su comercio.

En honor de la verdad y de nuestras liberales constumbres, diremos, que, apesar de este pasado azás, prosáico, todos damos buena acogida á los que, debido á su honradez y su constancia en el trabajo, hánse levantado desde la condición de míseros pulperos, ó buhoneros, hasta la de grandes señores, no solamente de nuestra elegante sociedad, sino también de la aristocrática sociedad de su patria, donde han necesitado un título comprado, para tener derecho de rolar con las clases nobles: derecho que nosotros les concedemos, sin más título que su honradez y su fortuna.

Cuando Alcides vino del Cerro de Pasco á Lima, en compañía de su padre, contaba ya doce años; de aquí pasó á estudiar á un colegio de Paris, donde como la mayor parte de los jóvenes, enviados á Europa, estudió poco y mal.

A la muerte del padre de familia, Alcides como hijo primogénito, se vió en la dura necesidad de suspender sus estudios, para venir á manejar la inmensa fortuna del *Signore* Lescanti. Aquí obtó por seguir la carrera de abogado, que le facilitaría el manejo de los complicados negocios en que giraba la casa de Lescanti y C.ª

Este nacimiento y esta educación dierón al joven Alcides, el sello que solo poseen esas organisciones vigoro-

sas, que han debido la vida en medio de una naturaleza pródiga de todos los elementos que la fortifican y vigorizan.

Su color moreno, parecía teñido con los abrasadores rayos del sol americano, y sus ojos de un negro profundo; diríase que retrataban las abruetas montañas que cobijaror su cuna.

Su carácter bien acentuado, manifestaba la mezcla felicísima del italiano con el americano del Sur.

La pasión arrebatada del romano y el sentimentalismo idealista del hombre nacido en estos templados clímas, disputabánse en dulce consorcio, el dominio de su alma.

Era franco, expansivo, afectuoso, pero llegada la ocasión, sabía también ser astuto, mañoso, llevando la sutileza de sus ardides, hasta un extremo que no era dable suponer.

En el momento que lo presentamos, frisaba gallardamente en sus treinta y cinco años, y ya algunas hebras de plata, brillaban sobre su frente,

De apuesta figura, y disponiendo de inmensa fortuna; fácil es comprender, que Alcides bebiera á grandes tragos, en la copa que Venus brinda á los favorecidos de la fortuna.

No obstante, había llegado á sus treinta y cinco años, con el corazón lleno de bríos y el alma llena de ilusiones.

Es que, en su papel de cazador de alto rango, jamás descendió á las esferas sociales en las que el hombre se pierde entre zarzales, y se unde en los pantanos, dejando allí, las más bellas ilusiones de su alma, los más nobles sentimientos de su corazón, y toda la fuerza viril de su cuerpo.

A los treinta años, Alcides Lescanti se había batido con dos maridos celosos—por celos injustos—decía él riendo, aludiendo sin duda á que, de los dos amantes, él era el que menos había amado; pero si un hombre tiene derecho á matar al que le roba el amor de su esposa, esos aridos debieron matar al joven Lescanti.

A los treinta años, habia desdeñado á dos niñas hermosas, la primera por encontrarla demasiado vulgar, demasiado prosáica, é incapáz de levantarse á las elevadas regiones donde él comprendía que debían vivir los enamo-

rados; á la segunda, porque sabía hablarle muy bien de finanzas y muy mal de ilusiones.

Algunas veses riendo, solía decir, que en los jardines sociales, él solo cazaba aves canoras de lindo plumaje, sin descender jamás, donde sólo descienden cazadores de baja ralea, en pos de animales inmundos, que se alimentan de las putrefacciones sociales.

Alcides era, lo que podríamos llamar un epicureo perfeccionado, con todos los refinamientos y exigencias del epicureo, unidas al más elevado sentimentalismo.

Un goloso del amor, que quería alimentarse con manjares escogidos.

De todos los discípulos de Epicuro, esta secta es la más peligrosa para los maridos.

Con el triple atractivo de su hermosa figura, su gran fortuna y su bello carácter; había sido por largo tiempo el *León* de la mejor sociedad limeña.

Sin embargo, de poco tiempo á esa parte, sin que nadie pudiera explicarse la causa, veíasele, retirarse aislándose cada día más, como si alguna profunda pena, le trajera contrariado y abatido.

Una sola casa, frecuentó desde entonces con asiduo empeño: esta era la de Blanca.

Sus amigos creyendo columbrar los primeros síntomas de una gran pasión, que veían crecer con alarmantes proporciones; mucho más alarmantes, para los que conocian el corazón de la señora Rubio, poco sensible al amor, y siempre inclinada á la mas irritante volubilidad; sus amigos, aconsejábanle que huyera prudentemente, de esta, que ellos temían pudiera convertirse en inmensa pasión, y á la que él no queria dar más importancia, que uno de los muchos amoríos que amenizaban su vida.

Algunas veces solia decirles:

— No os alarmeis, amigos mios, estoy acostumbrado á domar muchos caballos bravos y muchas mujeres coquetas.

Entre las bellas cualidades que adornaban al joven Lescanti, y que todos, amigos y enemigos le reconocían, siendo estas sin duda las que le daban faz simpática á los ojos del sexo débil, mencionaremos su patriotismo y su valor. Y estas cualidades que tanto apasionan á las mujeres, eran en él como la aureola de su personalidad, por otros títulos ya muy estimables.

Alcides, habia desempeñado altos y honrosos puestos, como la Alcaldía de la Municipalidad de Lima, y la dirección de la Sociedad de Beneficencia, alcanzando siempreel aplauso de propios y extraños, por su honrado comportamiento.

Apoyado en tan meritorios antecedentes, él acariciaba secretamente, la halagadora esperanza de subir muy alto, el día que lanzara su candidatura en la arena política para conquistar el primer puesto en la magistratura del Estado.

Estas pretensiones adivinadas, y para todos mal encubiertas le trajeron la sensura, y más de una vez, el odio de sus émulos y enemigos.

Alcides dejaba correr su rumbo á los acontecimientos, juzgando con atinado juicio, que aun no era llegada la época de emprender luchas y sostener batallas, en el terreno demasiado candente de la política activa

Mientras llegaba ese día, demasiado lejano, para sus ambiciones, se daba en cuerpo y alma á la vida galante y de sociedad; quizá tambien pensando, que en el Perú los hombres que se conquistan las simpatías y el amor de las mujeres, son los que más probabilidades cuentan de subir muy alto.

Esta manera de ser de Alcides, era causa de que su natural inteligencia, fuese juzgada por extremada torpeza y su versación eu sociedad, no alcanzara á ocultar su carencia de ilustración. De aquí, la sensura apasionada que lo desposeía hasta de sus propios y altísimos méritos.

Respecto á los demás pormenores de la vida de nuestro héroe; diremos, que su fortuna administrada con discreción y talento, había crecido inmensamente, duplicándose la herencia recibida de su padre.

Entre las acciones generosas de Alcides, una le caracteriza poniendo en relieve el lado noble de su alma.

Muerto su padre, un hijo natural, quedó privado de su herencia por falta de requisitos lagales. Alcides prohijó á su hermano, y le reconoció la parte de herencia que la ley le acordaba.

Estas cualidades de Alcides, contribuyeron, sin duda, a que todos en la sociedad que él frecuentaba, olvidan su pasado, y nadie recordara jamás al peón minero que su metamórfosis de gran comerciante, después de pasar por el transitorio estado de mísero pulpero; había

fundado una familia á cuya cabeza se hallaba Alcides, el patriota abnegado y ciudadano honrano, á quien estimaban tanto sus amigos, lo adulaban los periódicos, lo mimaban las mujeres, y perseguíanlo las mamás con hijas casaderas.

Alcides contaba muchos amigos: entre estos uno manifestaba grande empeño en llegar á ser amigo preferido de Alcides Lescanti: este era Luciano R. á quien daremos á conocer, no tanto por el importante papel que desempeña, cuanto por ser un tipo social digno de conocerse, y además era amigo de Blanca.

X.

Las recepciones de Blanca Sol! Los salones aristocráticos de la mujer de moda! El palenque del lujo de la elegancia, donde se realizaban las justas de la belleza y de las gracias, que acreditaban el buen nonbre de sus convidados..... ¿Quién no desearía, quién no ambicionaría como grande honor, como singular distinción, ser del número de los elejidos, de los favorecidos con sus invitaciones y su amistad?.....

Decían que Blanca gustaba reunir en sus salones á las jóvenes bonitas y á las señoras hermosas, y que manifestaba disgusto, cuando se veía obligada á invitar á *alguna fea.*

Una mujer fea le producía á ella el mismo efecto que una obra de arte imperfectamente trabajada.

Y luego las feas no tienen *piquines* y la señora de la casa se ve obligada á cuidar de que *las hagan bailar.* Encontraba altamente ofensivo á la dignidad de su sexo, el verse obligada á dirigirse donde un caballero, para con toda la gracia y desenfado que ella usaba, decirle:—Saque Ud. á bailar á Fulanita, que hace tres bailes que me la han dejado, y *está comiendo un pavo horrible.* Y para *desempavarla*, el caballero en cuestión, hacía bailar á la aludida. Por evitarse estos desagradables compromisos, invitaba mayor número de caballeros que de señoras.

Jamás ella conoció esas rivalidades mezquinas de mujeres vulgares, que han menester rodearse de lo *pequeño y lo feo* para erguirse ellas mejor. No necesitaba de este astuto recurso, en su conducta había siempre cierta nobleza y gallardía, jamás desmentidas.

Ella en medio de las beldades que llenaban sus lujosos salones, se destacaba como destacaría el Sol en un cielo poblado de estrellas.

Blanca era alta de esa estatura que diz que hacía distinguir á Diana entre otras ninfas. La morbidez de sus carnes, había llegado solo al punto en que se redondean los contornos y se suavizan las líneas; muy distante de la excesiva gordura, que en estos climas meridionales suele ser el escollo de la esbeltez y la elegancia, de las señoras casadas.

Sus rubios cabellos, y sus negras cejas, formaban el más seductor contraste, que el tipo de la mujer americana puede presentar. No era el rubio desteñido de la raza sajona, sino más bien, el rubio ambarino, que revela el cruzamiento de dos razas de tipo perfecto.

Su cútiz moreno, y lijeramente sonrosado, tenia la delicadez aterciopelada de la mujer de complexión sana, que posee la belleza que le dan los glóbulos rojos henchidos de hierro, que circulan por sus venas.

La nariz delgada y algo levantada, y la boca de labios muy finos, eran indicio de su energía de carácter.

Esta particularidad del cabello rubio y la cútis trigueña, dábale sello de originalidad, aun entre las mujeres limeñas, donde con más frecuencia se ve este raro contraste. De ordinario su graciosa boca de correctas líneas, estaba por sardónica sonrisa entreabierta, cual si pretendiera lucir blanquísimos y agudos dientes, que parecían manifestar, que al salir de las palabras de su boca, tanto podían herír como halagar.

Para un fisonomista, Blanca hubiera pasado por la mujer esencialmente voluptuosa.

En su mirada incisiva, penetrante, llena de relámpagos y en su manera de gesticular siempre vehemente y apasionada, creeríase encontrar el tipo de la gran *cocotte* parisiense, más bien que el tipo de la gran señora limeña.

Sus modales, aunque no eran delicados, tampoco podían llamarse groseros, ni menos vulgares. En toda su manera de ser, se traducía ese *que se me dá á mí* de la mujer, que en sociedad es engreída y adulada.

La concurrencia que asistía á las tertulias de la señora Rubio, sino lo más linajudo de la aristocracia, era lo más encumbrado de la sociedad limeña.

Ministros extranjeros y Ministros de Estado, la aristocracia del dinero y la aristocracia del *éxito*, *oportunistas* sociales: mujeres á la moda, más ó menos separadas de sus maridos: jóvenes solteras de las que esperan asegurar *bailando* el porvenir: tales eran los concurrentes á estas recepciones semanales.

Cuando el baile era de gran fuste. Blanca invitaba á los cronistas de los periódicos, y ellos cumpliendo su cometido, no dejaban sin mencionar ni el vestido que llevaba Faustina, la doncella de la casa.

—Qué sería de nuestros salones si no hubieran escritores y periódicos: los ricos deben tener el talento de saber lucir su riqueza, y los pobres el de saberla describir, solía decir ella, mirando desdeñosamente á algunos de esos emisarios de su fama.

En esta ocasión, aunque sin grandes invitaciones, la afluencia de concurrentes, daba aspecto de gran baile, á esta recepción semanal.

Aquella noche, Blanca vestía sencillamente. Cuando la señora de la casa—decía ella—se presenta luciendo el más rico vestido; manifiesta ser una *cursi*, que aprovecha las ocasiones poco frecuentes para esa clase de gentes de lucir joyas y vestidos. Y luego, «como en su casa había competencias y emulaciones, entre las señoras, justo era quitar todo estimulo.

A las once dió principio el baile. Esta es la hora en que los hombres se agrupan para hablar de política, las mamás para hablar de las cualidades revelantes de sus hijas y las niñas que no bailan, para disertar sobre modas y vestidos.

Al decir de los amigos de la casa allí, estaba reunido la *crema de la crema* limeña. No debiera ser muy exacta esta afirmación, cuando al pasar la señora N. por delante de uno de los grupos de jóvenes que charlaban, reían y más que todo *cortaban*, uno de ellos dijo:

—Hé aquí una mujer que no debería estar en nuestra sociedad.

—Calle U. si es la esposa del Señor.....

—Lo sé, un hombre que no tiene más méritos que sus respetables ochenta años.

—Y de ella que dice U?

—Que es una Madaglena con todas las culpas de esta;

pero sin haber llegado al periodo del arrepentimiento.

—Se ha fijado U. en los brillantes que lleva.

—Si veo que brillan más que sus ojos, lo que prueba que los brillantes son de primera agua y los ojos de cuarenta y cinco años.

—Por lo que infiero, U. en caso de poder elejir entre robarle los ojos ó los brillantes elejiría... ....

—Los brillantes sin trepidar.

Pocos días más tarde, este diálogo le fué referido á Blanca, por los amigos, agregando, que un jóven que felizmente no era limeño, habia manifestado con su conducta el mismo gusto que ellos, pudiendo robarle á la señora N. los ojos junto con el corazón, había preferido robarle los brillantes

Blanca rió con su alegre y satírica risa y luego dijo:

—La señora N. es una Mesalina vestida de gran señora, ya verán ustedes como el día menos pensado la echó de mi casa á sombrillazos.

Sus amigos rieron y festejaron la broma, sin que á ninguno le quedara duda, de que Blanca cumpliría su palabra de echar de su casa á la señora N. á sombrillazos.

Generalmente censuraba á la señora Rubio de ser atrevidamente libre en sus acciones, y temerariamente franca en sus palabras; pero si bien es cierto, que estos defectos causaban estupendos daños á sus amigos, no siempre la injusticia ni la malevocencia eran móviles de sus acciones.

Echar á la señora N. de la casa; por supuesto si era mujer cínica y al concepto de sus amigos indigna de rolar con la gente de la buena sociedad. La señora N. tenia además pasiones groseras y apetitos desenfrenados, que le producían antipatías invencibles, y Blanca que se entusiasmaba con lo bueno como los niños con los juguetes, sin darse más cuenta, que lo bueno le gustaba más que lo malo, sentía repugnancia por la señora N. por la Mesalina á la cual se aprestaba á arrojar de sus salones .o á sombrillazos, como muy graciossmente decía, cuanmenos á abanicazos, como ella era muy capáz de ejearlo.

l grupo de jóvenes continuó comentando y critido, como suele suceder en los salones, donde más de

una vez, la maledicencia se cierne sobre las cabezas de los que alegremente se entregan á sus espanciones.

—Silencio! allí viene la señora H..... siempre hermosa y lujosísima!

—¡Calle! yó conozco ese vestido ¡hombre! si es el que yó compré de donde R. y se lo regalé á.....

—Tu adorada Dulcínea, la conozco.

—Si, á quien yó pago con vestidos todo lo que ella me dá en amor.

—Quizá te equivocas hijo no seas tan lijero, hay tantos vestidos semejantes, que bien puede suceder que este fuera igual al que tú compraste para M.

—Es que hay una coindidencia. Mientras estábamos hoy juntos, sorprendí esta esquelita que dice así:

"Esta noche debo asistir á la tertulia de Blanca Sol, y como allá, todas van lujosísimas y además hay tanta competencia para llevar vestido extrenado; te suplico me prestes tu vestido, el que te regaló H. y que me dijiste que no te lo pondrías por temor de que tu marido sospechara algo de su procedencia. Dispensa hijita la franqueza, qué si el vestido se mancha yo te lo pagaré."

El jóven despues de guardar la esquela que acababa de leer agregó:

Así es el lujo de algunas señoras, que llevan vestidos como éste, que cuesta doscientos soles, cuando la renta del marido no es sino de ochenta soles mensuales.

—Y digame U.—dijo uno—si esa señora hubiera venido pobremente vestida, con su traje de percal, que es lo que buenamente podría llevar; cree U. que todos esos que en este momento le doblan la espina dorsal, más que á sus méritos personales, á su elegante *toilette* cree U. se acercarían siquiera donde ella?

—¡Phist! eso es cierto; pero.....

—Amigo mio: nosotros rendimos homenaje más que á las virtudes, al lujo de las mujeres, y luego queremos que no sacrifiquen la virtud para alcanzar el lujo.

—Vaya, que razona U. como todo un moralista.

—Le diré más: hace pocos días que la señora O. que como U. sabe es esposa de un agente en el Callao, y en cuyo escritorio podría poner un rótulo que con toda propiedad dijera: *Agencia de Contrabandos* me decia:—Ustedes nos estiman por los trapos más que por los méritos:

hasta en la calle el saludo que nos dirijen está en relación con nuestro vestido: cariñoso, entusiasta, si el vestido es rico y el sombrero flamante; frío y casi obligado si vamos con nuestra *manta* sencilla y nuestro vestido negro, y ¿quieren ustedes que las mujeres no exijamos á nuestros maridos dinero en lugar de honradez....?

—He aquí un tema que se prestaría para escribir un libro entero de moral social.

—¡Cuidado! allí viene Blanca Sol.

—Y ¿qué me dice U. de esta belleza soberana?

—Digo que el día ménos pensado, vamos á ver á un alcornoque *Rubio* llevando la banda presidencial del Perú.

—Calle, *no moje* hombre!

—Acuerdese U. de lo que yo le digo.

—Piensa U. acaso que los peruanos estamos condenados como los hijos de la maldita Babilonia á llorar eternamente nuestra desgracia.

—A llorarla cada día mayor.

—Pero amigo mío ¿qué datos tiene U. para creer en tales despropósitos?.....

—¡Pues qué! no sabe U. que Blanca Sol es..... Y acercándose al oído de su interlocutor, dijo algunas palabras que los demás no alcanzaron á oír.

En este punto se interrumpió la charla murmuradora de este grupo. Acababan de llegar otros altos personajes á los que fué necesario cederles el asiento.

Entre los concurrentes al baile, habían muchos de esos jovencitos que en los salones desempeñan el papel de enamorados perpetuos, y creen que en calidad de tales, deben rendir su corazón á los piés de las mujeres como Blanca.

Cuántos de esos son como ciertos fanáticos: se arrodillan á los piés de un santo, sin esperanza de alcanzar el milagro.

Desde que Blanca conquistó el codiciado puesto de mujer á la moda, diríase que sus atractivos se habían aumentado, su inteligencia había crecido, llegando el prestigio de su nombre á tal y tanta altura, que ninguna otra hubiérase atrevido á disputarle la preeminencia.

Casi todos los concurrentes á sus tertulias eran pues, poco ó mucho, algo enamorados de ella; pero como esos espadachines que manejan diestramente las armas, Blan-

ca se batía con todos, sin que ninguno pudiera decirle la palabra convencional *touché* con que se designa al vencido.

Cuando la lucha tomaba el ardor de la pasión, ó el tono sentimental del amor; se batía defendiéndose, hasta que acudía á lo que, en ella, era supremo recurso: la risa y el sarcasmo; esos dos congeladores del amor, que cuando no lo hielan, paralizan por el momento su ardor.

En medio de esta atmósfera cálida y saturada de perfumes, y si es posible la metáfora, dirémos también de pasiones; allí Blanca respiraba á pleno pulmón, y parecía vivír en el elemento que necesitaba su alma.

Alcides Lescanti uno de los más sériamente enamorados de Blanca, y por consiguiente el más cruelmente herido con sus coqueterías; después de algunas estocadas dadas en falso habíale dicho.

—Blanca, para las mujeres como U. debería la sociedad levantar un presidio, en que se les condenara á cadena perpetua, ó lo que para ellas sería lo mismo, á amor perpetuo.

—¡Amor perpetuo!—repitió ella—he aquí una palabra que yo sólo comprendería en galeras.

Y Blanca díjole á Alcides, que si al amor lo pintaban niño y con alas, era por ser esencialmente voluble y lijero, estando siempre dispuesto á cambiar y á huír.

En vano quiso Alcides dirigirle apasionada declaración, la cual, como de buen abogado, hubierala principiado *en toda forma de ley*, concluyendo con *por ser de justicia*.....

Blanca era para él, algo como una golondrina, que cuando creía tenerla mejor asida, escapábasele de las manos, dejándole siempre la esperanza de cojerla de nuevo.

Y mientras ella *jugaba al amor*, D. Serafin jugaba á las cartas, aunque siempre disgustado, y horriblemente contrariado, pensando que su esposa estaría bailando y coqueteando con sus numerosos adoradores.

¡Ah! cuánto daría él por saborear tranquilamente la vida íntima del padre de familia, rodeado tan sólo de sus hijos y de su esposa.

¡Sus hijos! Algunas veces en medio del regocijo general de una fiesta, sentía que le daban ganas de llorar; se acordaba de *ellos* entregados á manos mercenarias que nunca pueden reemplazar los cuidados de la madre.

Pero ¡qué hacer! La sociedad tiene exigencias ineludi-

bles, y él que había tenido la dicha de ser el esposo de una mujer de tan alta posición social, se veía condenado á sufrir resignadamente este eterno martirio de ver que antes que esposa ó madre, Blanca debía ser *gran señora.*

De estas sus crueles angustias desahogábase sólo con la madre de Blanca, con su suegra, la que siempre fué para él la más cariñosa mamá; pero lejos de hallar consuelo, ó esperanza de mejoría, la aristocrática señora, hundía en el corazón del amoroso esposo más profundamente el dardo que lo hería.

¡Pues qué! cómo era posible que Blanca fuera madre de sus hijos? Las personas de su elevada posición social, se deben á la sociedad ántes que á la familia; ella tambien en su matrimonio había sufrido grandes pesares, no tanto por los vicios de su esposo, cuanto por sostener su rango en sociedad.

Y luego pasaba á referirle cómo había perdido varios hijos, no por otra causa, que por verse obligada á dejarlos muchas veces enfermos, entregados al cuidado de las criadas, la peor ralea que hay en el mundo.

¡Oh! las qersonas de nuestra *condición* somos víctimas de nuestros deberes sociales!—esclamaba muy amargamente la orgullosa madre de Blanca.

D. Serafin suspiraba con honda tristeza, sin resignarse jamás con los poco razonables argumentos de su aristocrática suegra.

XI.

Si el gran D'Orbgny, hubiera conocido á ciertos jovencitos de la sociedad limeña, su grande obra sobre las razas de la América meridional, no sólo se hubiera consagrado al estudio del hombre oriundos de América, sinó también á la decadencia de la raza blanca del Perú, en la qué, el raquitismo del cuerpo, va produciendo mayor raquitismo del espíritu. Empero hoy son ya pocos estos casos, y ya se piensa en que es posible correjír esta imperfección, resultado de incompleta y viciosa educación.

¡Ah! si las mujeres comprendieran cuánto influye la madre en la constitución física y moral del hombre; ellas solas podrían cambiar la faz de las naciones!

Luciano R. era uno de esos jovenes: su cuerpo endeble,

su afeminada expresión, y su acicalado vestido, aveníanse á maravilla con el amaneramiento de sus modales y lo estudiado de su lenguaje. Usaba corbatas de formas extravagantes y colores abigarrados, los que no se iban en zaga con los de chalecos y pantalones.

Deprimir á los hombres y adular á las mujeres, era uno de los mas grandes recursos que ponía él muy sabiamente en juego para ocultar la deficiencia de sus propios méritos. Comprendía que la escasez de su inteligencia lo condenaba á triste figura entre los hombres, y esperaba erguirse mejor, entre el vulgo de las mujeres.

Donde quiera que se rendía culto á la vanidad, al dinero, y á todo lo que en sociedad, sin méritos reales, brilla con el fulgor que le prestan los que componen *el público;* ese público veleidoso, ligero que se apasiona de lo supérfluo, como es la moda, de lo fascinador como es el brillo de los salones; allí estaba él, como el favorito, no de los hombres de talento, ni de las mujeres de mérito, sinó de toda esa multitud que forma número en sociedad.

Blanca trataba á Luciano con esa familiaridad con que las mujeres de gran tacto social tratan á los que, demasiados pequeños para llamarlos amigos ó enemigos los colocan en el número de los *indiferentes.* Luciano par Blanca no era más que un indiferente.

No obstante en el público decíase, que en el banquete de las concesiones, la señora del Ministro, había servido profusamente á sus adoradores y amantes, y entre estos estaba Luciano. Y en prueba de esta aserción, citábase ciertas concesiones alcanzadas en negociados en los que él aparecía de *testa.*

De esta suerte la voz pública repitiendo una impostura, concluyó por hacer ascender á Luciano de adorador á verdadero amante de la señora Rubio.

Ella mirába con desprecio á Luciano, al que solo aceptaba en su casa como un porta-noticias, que necesitaba para amenizar su vida; él, por su parte, contribuía á confirmar esas calumnias, y con toda la ruindad de sus intenciones, llevaba su perfidia hasta decir que Blanca, le recibía en traje de mañana y en su dormitorio.

Era asiduo y constante parroquiano de todos los establecimientos públicos, frecuentados por la juventud elegante y alegre, donde, con daño de la salud y mengua de

la buena digestión, se venden con nombres de aperitivos, brebajes, que no abren el apetito, y si enferman el estómago, y á más, van generalizando el horrible vicio de la embriaguez y por ende enfermedades que la medicina conoce con el nombre de *alcoholismo*.

En el *cachito*, Luciano había monopolizado los *ases* del dado, con los que alcanzaba beber doble y gastar sencillo.

No se diga por esto, que Luciano era dado á la adoración del dios Baco; esto lo despretigiaría ante la buena sociedad á la cual pertenecia.

Luciano era, pues, hombre á la moda.

Cuáles eran sus méritos? Hay hombres que en sociedad suben muy alto como la raposa de la fábula, á *fuerza de arrastrarse*.

Bailes, conciertos, banquetes, reuniones íntimas, todo un diluvio de invitaciones, llegaban á su morada, y hubo vez, que como los cirujanos dentistas, necesitó apuntar en su cartera, los días y las noches que ya contaba comprometidas.

Luciano pertenecía á una de esas familias, que sin bienes de fortuna, aspiran á ocupar alto puesto en sociedad, y á esta aspiración sacrifican, no solo las comodidades de la vida íntima, sino también, los sagrados deberes de la educación de los hijos.

Aquí en Lima, donde hasta los artesanos aspiran que sus hijos sean doctores, ya sea en jurisprudencia ó en medicina, los padres de Luciano, se conformaron con enseñarle á maltratar un poco el francés y un poco más á su propio idioma.

Pero ¿qué importa los títulos de sabiduría, cuando se posee el don de saber vivir en sociedad?.....

Luciano conocía el arte de la adulación, llevado al último grado de perfección. Sabía saludar bajando el sombrero más ó menos, no según él grado de amistad que lo unía á una señora, sino según eran pingües los caudales de la saludada.

Sabía al dedillo la cantidad á que ascendía la fortuna de todas las niñas casaderas de Lima. Y cuando algún amigo suyo, estremaba la riqueza de la señorita Tal, él con tono despreciativo decía:

—Quia! si no tiene más que la hacienda de .....y esa es puro monte.

Conocía con pelos y señales, la genealogía de las más encopetadas señoras de Lima. De la una decía que su madre había vivido en alegre tiendecita, en la que, al decir de las gentes, vendía cigarrillos; pero que en realidad vendía algo mejor, que le dejaba, sin gastar la mercadería, inmensas utilidades. Y á este tenor eran los apuntes genealógicos, dados por Luciano, de la mayor parte de las que lo invitaban y lo honraban con su amistad.

En presencia de esas mismas señoras, él sabía decir cosas muy graves, sin que se le pudiera llamar maldiciente.

En los grandes bailes y recepciones públicas, era sin disputa uno de los elegidos para las comisiones de recepción: estas comisiones las desempeñaba él con delicadeza y distinción.

Acontecíale con frecuencia, el verse mortificado, al darle el brazo á alguna señora de alta estatura, que presentando el término de comparación resultaba él demasiado pequeño, casi ridículo. Pero él soportaba estas mortificaciones, hallándose bien compensado, siempre que, á pesar de su pequeña estatura, ocupara el punto más visible de la reunión.

Su conversación al decir de sus amigas, era amena y entretenida. Nadie como él sabía y refería cosas tan interesantes, como por ejemplo, que los brillantes de la señora R. no eran comprados de la joyería sino de relance, y por consiguiente, había pagado sólo la cuarta parte de su precio. Que los de la señora M. eran regalados. ¿De dónde tendría ella para comprar esos brillantes? Conocía la procedencia de los ricos encajes de la señora H. ¡Bah! si los compró de una artista que en sus apuros de viaje, se desprendió á vil precio de sus encajes.

Ah! que de cosas interesantes sabía Luciano. Y en la política?..... Y en las finanzas.....

Qué falta podía hacerle la instrucción. ¿Para qué la necesitaba? Las niñas decía él, se quedarían dormidas, si yo fuese á hablarles *de cosas pesadas*. Y estas cosas pesadas, según el entender de Luciano, abarcaban todo lo que no fuera la chismografía de los salones.

Con los amigos hablaba de mujeres, de música, de toros, de caballos, y más que de todo esto, hablaba él de política, que la política es entre nosotros, el gran recurso de los

ignorantes, de los ociosos y de los que no saben de qué hablar.

Todos decían, y el mundo entero repetía, que Luciano era rico: pero nadie conocía ni sus propiedades ni sus rent s. A pesar de esto ¿quién puso en tela de juicio los caudales de Luciano?

Como hombre á la moda, él era codiciado por los papás con hijas cosaderas y viudas jóvenes, que deseaban sacrificarle á Cupido su, para ellas, querida libertad.

Luciano se dejaba mimar, y cumplía con suma galantería su cometido de adorador perpétuo del sexo llamado bello.

Desde muy temprano llegó á descubrir, que este papel de enamorado podría traerle grandes ventajas y especuló á maravilla, su condición de soltero y de *partido codiciable.*

Cuando él necesitaba un empeño, [y es necesario no olvidar, que si el diccionrrio dá á esta palabra un significado natural y lógico, entre nosotros es algo más; es la gran palanca, de poder incalculable con que se remueve todo el mundo social) cuando él necesitaba un *empeño* para uno de los Ministros de Estado, ó para algún otro personaje influyente de la sociedad; hacía esta sencilla pregunta. ¿Tiene hijas casaderas?

—¡Si¡ pues el campo es mio.

Y Luciano, desde este día, se declaraba pretendiente de la hija del Ministro, ó de otro á quien necesitara.

No importaba que la niña, con la altivez y el buen tino de la mujer limeña, despreciara á Luciano: el papá que veía en él, un *partido codiciable*, lo agasajaba, y desde ese día le tomaba bajo su protección.

Con esta práctica de pretendiente de unas y enamorado de otras, había él conseguido puestos honoríficos y destinos codiciables.

Pero, que mucho que las papas lo protegieran y las mamás los mimaran, si hasta las Corporaciones literarias más respetables que honran á nuestro país, como era el Club Literario de Lima, le nombró socio, con gran asombro del mismo Luciano, que vino un día á caer en la cuenta, que él escribía *hombre* sin *h* y ojos con *h*?.....

Pero ¡qué hacer! Luciano era hombre á la moda, y hasta las corporaciones más sabias, suelen dejarse arrastrar por la irresistible corriente de la moda.

Otra recomendación, contaba Luciano; y esta era de gran valia para las niñas juiciosas, y las mamás timoratas; oía misa los domingos y días feriados, y en la iglesia sabía golpearse el pecho y doblar la espina dorsal con tanta ó mayor gracia que en los salones. Es verdad que los templos, eran campos de batalla, donde él esgrimía sus armas de enamorado y adorador del sexo femenino.

—¿En qué iglesia oye Ud. misa los domingos? era la pregunta infalibie que él dirigía á una joven cuando quería declarársele su rendido adorador.

Y las misas, y las novenas, eran otros tantos medios de que él se valía para llevar á cabo sus amorosas conquistas.

Eso si, tratándose de principios, él no cedía el puesto de liberal del mejor cuño, que entre nosotros se precian de liberales hasta los sacristanes de las Iglesias.

A la sazón Luciano se había declarado furiosamente enamorado de la señora Rubio.

Llevaba entre manos *un asuntito* en el que debía entender el Ministro de Justicia y Obras Públicas, y aunque en este asuntito como ya se dijo, él no era más que *testa* esperaba ganar, debido á sus influencias, algunos realejos.

Sabía que el verdadero Ministro no era el caballeroso D. Serafin, sino su esposa, Blanca Sol, y juzgó que con su papel de enamorado *oficioso y noticioso*, conseguiría de la señora del Ministro, lo que indudablemente no hubiera alcanzado de don Serafin, el austero cumplidor de su deber.

Blanca se servía de Luciano, como se sirven los Gobiernos, de esa ralea vil que desempeña el oficio de policía secreta.

Luciano era para ella, como un agente de la policía chismográfica-amorosa.

¿Cuántas ventajas esperaba él cosechar en este su interesante y honorífico *rol*?

¿Quién podía asegurarle si andando los tiempos, no sería él, el verdadero amante de la altiva Blanca Sol?

¿Qué más podía ambicionar Luciano? ¿No era acaso el joven mimado de los salones de Lima?

Si una señora quería mudar el mueblaje de su casa, Luciano era llamado á dar su parecer sobre el color, y su aprobación sobre la forma de los muebles.

Se trataba de un ministerio que caía y otro que se levantaba (esto sucede entre nosotros cada quincena) Luciano sabía, por qué caían los antiguos ministros y daba su fallo sobre los nuevos. Esto de dar su fallo el primer pelafustan que se presenta; ya sabemos que no es de novedad, aquí entre nosotros, donde hasta el cocinero y la fregona, censuran los actos del Gobierno, y condenan magistralmente al Ministro de Hacienda.

Cuando una de las amigas de Luciano, daba un baile, él era el que tomaba los apuntes para los cronistas de los periódicos, él sabía conocer y distinguia perfectamente *el surah* del damasée, el gró del paño de Lión, y en conocimiento de encajes y brillantes, era más ducho que un mercader de estos artículos.

Los periodistas que, tratándose de descripciones de bailes, manifiestan entusiasmo tal, que más no sería, si se discutiera la preponderancia política y militar del Perú en América; apoderabánse de esos datos y para corresponderle tan señalado servicio, agregaban:—«Entre las personas notables que asistieron á tan suntuoso baile, vimos al señor Luciano R., que nombrado en la comisión de recepción atendía galantemente á sus amigas.».

Y Luciano quedaba persuadido que él pertenecía al número de los *notables*. Y ¿cuánto más no lo sería, si él se hubiera consagrado al foro, á la diplomacia, ó á otra carrera en que luciera sus dotes intelectuales?.....

Cuando la polémicas de los diarios se enardecían y amenazaban un conflicto, como mas de una vez ha sucedido, tratándose de saber si el vestido de la señora Tal fué color *patito* ó color *pavo real;* entónces, Luciano era el llamado á zanjar la cuestión y su autorizada palabra resolvía el *problema*, serenaba los ánimos, y restablecía la armonía, próxima á romperse entre los escritores, que no llegaban á entenderse sobre tan delicado asunto.

No hay duda; donde quiera que el periodismo rinde homenaje al dinero, los necios son autoridades.

XII.

Una noche que Alcides en compañia de sus más íntimos amigos cenaba alegremente en uno de los hoteles de

Lima, uno de los jóvenes púsose de pié y tomando la sentésima copa de las ya apuradas, levantola en alto, diciendo: —Brindo por Blanca Sol la única mujer que ha encadenado el corazón de Alcides Lescanti.

Alcides palideció y con voz un tanto alterada, dijo:— Jamás, una coqueta que ha convertido su corazón en moneda feble, para repartirla á sus adoradores, será la mujer que encadene mi corozón.

Esta contestación fué para sus amigos no negativa, sino confesión de lo que por su corazón pasaba.

Cuando un hombre se indigna con la coquetería de alguna mujer, es por ser él una de sus víctimas.

Sus amigos comprendieron cuán verdadero es este principio, rieron de la indignación de Alcides, la que no alcanzaba á disipar esta, para ellos íntima convicción: que él estaba locamente enamorado de Blanca.

Cada cual decía un chiste, ó una sátira adecuada á esa situación:—Paréceme mentira que estuvieras enamorado al extremo de enfurecerte contra las coqueterias de Blanca, observa uno.

Otro, al parecer un literato, decía:—Toda la dificultad en conquistar el corazón de una coqueta, está, como en las novelas de complicado argumento, en escribir la segunda parte. En el corazón de las coquetas muchas llegan á escribir sólo la primera parte, por eso nunca alcanzan el desenlace.

Lescanti estaba pálido y profundamente contrariado, parecía que furiosa tempestad se desencadenaba en su alma.

El champaña, habíase libado hasta el pnnto en que se arrebatan las pasiones y se cometen los más grandes desvíos.

Uno de los presentes, aludiendo á las picantes palabras del que había hablado como literato, dijo:—Que dices de esto Alcides; parece que tú no llegarás á escribir la segunda parte en tus amores con Blanca.

—Qué ha de escribirla--observó otro—si Blanca Sol se ríe de Alcides como se ha reído de todos nosotros.

Alcides dió un golpe con el puño en la mesa, y con tono resuelto y casi furioso dijo:

—Juro á fé de Alcides Lescanti que antes de un mes seré dueño de Blanca Sol

—Bravísimo!—Exclamaron entusiasmados todos sus amigos.

—Si tal alcanzas, te regalo mi yegua Mascotta que ganó en las últimas carreras.

—Y yo, te regalo mi colección de *huacos* que tú tanto codicias.

—Y yo—dijo un tercero—te doy un almuerzo en los jardines de la Exposición, y te corono de mirto y de laurel, como á los antiguos vencedores.

Todos hicieron apuestas interesantes y valiosas más ó menos como las anteriores, dándole á las palabras de Alcides, el carácter de un reto importante.

Alcides arrugó el ceño y con tono disgustado contestó:

—¿Creen Uds. que yo soy de esos hombre, que conquistan á una mujer para lucirla, como lucen soles de oro, ciertos jovencitos, que llevan toda su fortuna en el bolsillo?

Uno de los presentes, sin dar importancia á las palabras de Alcides, Señores—dijo—hoy es doce de Agosto y por tanto el doce de Setiembre, nos reuniremos aquí, en la misma intimidad de hoy y premiaremos al gran vencedor, al héroe de la apuesta.

Los *¡Hurras!* y ios *¡Brabos!* atronadores, seguidos de largos palmoteos respondieron á las palabras de los dos jóvenes, que acababan de dar tan feliz idea.

Todos se miraron los unos á los otros como para asegurarse una vez más, que estaban entre *amigos de confianza*, y en un cuarto reservado donde nadie podía escucharlos.

Uno de los jóvenes acercóse á Alcides y hablándole muy quedo, díjole:

—Imprudente! Te has olvidado que está entre nosotros Luciano, el enamorado oficioso de Blanca. ¡Cuidado!....

Alcides alzóse de hombros.

—Mira, con estos dos dedos puedo yo extrangular á Luciano. No temas, los cobardes son siempre prudentes y discretos.

—Cuidado, pues, ya sabes que Blanca es mujer vengativa, y puede hacerte algun daño.

—Qué puede hacer una débil mujer!

—Las mujeres pueden mucho cuando quieren.

Despues de un momento se retiraron todos, preocupados con la apuesta de Alcides, pero sin ver en ella más,

que una de las jactanciosas balandronadas con que muchos de ellos, menos Alcides, solían amenizar sus báquicas cenas.

Alcides arrepentido de su apuesta y contrariado de hallarse en tal situación, salió de allí con el propósito firme de no volver á hablar más de ella, considerando sus palabras, no más que como el resultado de la exaltación, traida por el champaña, y quizá tambien, por su amor propio herido,

Alcides esperaba la discreción y el secreto, contando que todos los presentes eran amigos suyos.

Pero los hombres suelen ser buenos amigos entre si, siempre que mútuamente se halaguen el amor propio, y no se toque jamás sus intereses.

Así eran amigos, Luciano y Alcides.

Pero más que amigo de Alcides, Luciano quería ser enamorado de Blanca, enamorado oficioso que le valió el título de amigo *Reporter*, con el que ella quería significarle, que él no debía llegar á su casa sino como llegan á las oficinas de los periódicos los *repporters*.

Luciano cumplía su cometido y se consideraba remunerado si ella le decía.

—Es U. mi mejor y más útil amigo.

—Soy más que su amigo, su esclavo.

—Qué dicha tener amigos como U.

—Qué dicha amar mujeres como U.

—No me hable de amor, concluirá U. por malograr nuestra buena amistad.

—No me hable de amistad, concluirá U. por matar las más bellas esperanzas de mi vida.

—¿Cuales son?

—Ser algun día el hombre que llegue á encender ese corazón de hielo.

—¡Cuidado! que puede quemarse en la llama.

—Esa es mi ambición, ¿no la realizaré jamás?

—Atrevida es la pregunta.

—Perdone U..... brota del alma.

—Pero no llega á la mia.

—¿No llegará algun día?

—Quien sabe.....

—Me enloquece la esperanza.

Blanca acercóse á Luciano y con voz cariñosa á la par que burlona díjole:

—Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia, porque de ellos es el reino de los cielos..... y haciendo una mueca llena de gracia y lisura, se alejó dejando á Luciano ébrio de amor y esperanza.

Estos y otros semejantes, eran los diálogos, que Blanca sostenía con frecuencia, para mantener, como las vírgenes de Vesta, el fuego sagrado del amor, en el corazón de sus adoradores.

Así daba pábulo á las pretensiones de los vanidosos, de los necios, de los pequeños que necesitaban del nombre de amantes de ella, como de un pedestal, para levantarse algo más arriba del suelo.

Ninguno de sus enamorados se consideraba ser él, el único excluido de los favores de la señora de Rubio; léjos de esto, esperaban su turno, para cuando ella se "*cansara del preferido*" del que todos miraban con envidiosos ojos. Por entonces el preferido era, al decir de ellos, un Ministro de Estado, un señor de muy *altas campanillas*, que Blanca como en los tiempos de su soltería, aceptaba tan sólo por intéres, por especulación, y puesto que Alcides era hombre acaudalado no le sería difícil realizar su propósito.

Si la noche de la cena se dijo, que Blanca se reía de Alcides como se había reído de todos los presentes, fué tan sólo como medio de herír su amor propio.

XIII

Luciano se frotaba las manos de contento. Estaba en posesión de un gran secreto que debía llenar de asombro á la señora de Rubio.

Què diría cuando él la dijera.—Su honor está en peligro; yo poseo la clave para salvarlo, para descubrir el complot urdido contra U. Yo que la amo y en servicio de U. traiciono la amistad á cambio de una mirada cariñosa, de una palabra de afecto.

¡Oh! que dicha! de fijo que ella retornaría tan señalado

servicio con elocuentes manifestaciones de cariño, que excitarían la envidia de sus numerosos adoradores.

Y aquella noche había gran baile en casa de Blanca. ¡Que feliz casualidad!

Él pasaría toda la noche en íntimas confidencias con ella. Lo principal en este caso era darle á su revelación el tono solemne y misterioso que despertara interês y asombro en su ánimo.

Bien pensado el asunto lo merecía. Una apuesta lanzada en uno de los hoteles de Lima, ni más ni menos que si de una jugada de gallos ó de una carrera de caballos se tratara!.... Y era él quien debía divulgar tal infamia, tal deslealtad!

A Luciano *se le hacía agua la boca*, pensando que esta vez si merecería el título de *Reporter* con que lo favorecia su querida amiga.

Pero cual sería su asombro cuando aquella noche de gran baile, Blanca por toda contestación á las primeras palabras de la misteriosa revelación de Luciano había prorrumpido en estrepitosas carcajadas:

—¡Bah! ¡ja!.....ja.....ja! que inocente es U.....

Luciano palideció. La risa de la señora de Rubio era de aquellas que hielan la sangre.

—Señora su honor está verdaderamente en peligro, en tan poco lo estima U. que rie como si se tratara de algo muy pequeño.

Blanca miró á Luciano con aire de supremo desden, y marcando con intención sus palabras díjole:

—¡Pues que! no sabe U. que las mujeres *como yo* guardamos el honor en la caja de fierro, en que nuestros maridos guardan sus escudos? y la sociedad no ataca el honor de la mujer, sino cuando la caja del marido está vacía.

—Blanca no diga U. eso!—habíale dicho Luciano estupefacto y pasmado por más que conociera las ideas en que abundaba ella.

—Cuando la caja está bien repleta, como está la de Rubio; no hay cuidado de que se pierda el honor,—habíale contestado con altanería.

Después de oír estas pal abras. Luciano hizo una cortéz reverencia resuelto á retirarse.

Blanca lo detuvo diciêndole: de esta advertencia, quiero que me diga U. ese secreto, y no se irá sin revelármelo.

—Señora....no me atrevo....

—Hable U. se lo pido en nombre de nuestra buena amistad.

—Es algo muy grave.

—No conozco nada grave si es que puede remediarse.

Luciano cumplió su cometido de enamorado oficioso y noticioso, refiriendo con todos sus detalles, la escena que ya conocemos, en que Alcides pronunció este atrevido juramento:

—Juro á fé de Alcides Lescanti que antes de un mes, seré dueño de Blanca Sol.

La señora Rubio palideció, no de rabia é indignación, sino de emoción. ¿Presentía tal vez su corazón, que el juramento de Alcides debía cumplirse?

Un momento después, Blanca, ajitada, buscaba algo que la distrajera y calmara la impresión recibida con tan inesperada noticia. En su espíritu las emociones violentas necesitaban neutralizarse con otras nuevas.

Quizá si solo en ese momento comprendió cuanto amaba á Alcides.

¡Cuántas veces una pasión necesita para adquirir toda su vehemencia, del choque violento de difíciles y complicadas situaciones!

Hay mujeres para quienes el amor solo principia con la lucha, con el combate; como esos marinos que gustan ver desatarse la tempestad, aunque ella los envuelva en sus encrespados torbellinos.

Bajo la influencia de estas emociones, más de pasión que de odio, acercose á una mesa donde algunos *fuertes* jugadores, jugaban el muy conocido rocambor; estos eran fuertes, no tanto por la maestría de su juego, cuanto por las gruesas sumas que cruzaban en las apuestas.

Vengo á *ilustrarles* su monótono rocambor—dijo dirigiéndose á uno de los jugadores.

—¡Magnifico!—exclamó éste poniéndose de pié.

—Un *montesito* viene muy bien de las manos de U.—bservó otro, dirijiéndole una reverencia.

—Si, voy á tallarles un *monte*; pero ha de ser con apuestas gruesas — dijo Blanca con la voz vibrante de emoción.

Blanca acostumbraba jugar á las cartas, como jugaba

al amor, buscando en ambos juegos, no más que las fuertes emociones que su turbulento espíritu necesitaba.

Bien pronto un numeroso círculo de amigos, rodeaban á la señora de Rubio, que principió à tallar con maestría tal, que mejor no lo haría el más sereno y avesado jugador.

Auque muchas personas le exigian que ocupara un asiento, ella lo rehusó, y quiso permanecer de pié, como si asi pudiera dominar mejor á los demás jugadores.

La suerte principió á favorecerla notablemente.

Blanca doblaba las cartas, y recogia el dinero con gran desenbarazo y donaire, dirigiendo alguna palabra aguda ó alguna expresión chistosa, á cada uno de los presentes.

En ese momento se acercó á la mesa Alcides.

Entre las cartas, que Blanca acababa de tirar sobre el tapete, apareció un rey de espadas.

Blanca miró á Alcides y en tono de desafio díjole:

—Señor Lescanti ¿cuánto va U. á este rey de espadas?

El con tranquila y risueña expresión contestó:

—Voy cien soles al rey de espadas.

—Nada más?—preguntó con tono despreciativo.

—Pues van quinientos soles—dijo él algo picado.

Ella acentuando con intención sus palabras agregó:

—Fíjese U. que el rey representa el número 12.

Alcides palideció, recordando la fecha que sus amigos fijaron para declararlo amante de Blanca, y acercándose con vivo interés á la mesa dijo:

—Pues bien; van dos mil soles.

—Ese es su último esfuerzo?—preguntó ella riendo con aire desdeñoso.

—Tan segura está Ud. de ganar? dijo él mirando con fiereza y atrevimiento á Blanca, la que con burlona sonrisa contestó.

—El número 12 me traerá siempre el triunfo.

—El número 12 me lo dará á mi tambien.

—La suerte me proteje con descaro, decididamente,

—Tambien á mi me ha protejido siempre del mismo modo.

—Ha cerrado Ud. su apuesta?

—No; quiero doblarla: van cuatro mil soles.

Al escuchar esta apuesta todos se miraron asombrados.

No obstante de ser toda gente acostumbrada á perder y ganar gruesas sumas; no estaban del todo familiarizados á ver á una señora, cruzando apuestas de cuatro mil soles.

La mirada profunda, centellante, fascinadora de Alcides envolvia, si asi puede decirse, á Blanca, en su fluídica atracción.

Sin saber por qué, ella sintió gran perturbación, cual si esa especie de fuerza magnética que se desprenden del jugador que *está en suerte*, hubiérala repentinamente abandonado.

Como mujer nerviosa é impresionable, sintió la influencia de la mirada de Alcides.

— Están concluidas las apuestas? preguntó algo turbada.

—Sí, puede U. correr el naipe, dijo Alcides.

—*Me voy*—dijo Blanca, usando del tecnicismo propio de jugadores, y con visible emoción, principió á pasar con gran lentitud las cartas; diríase que cada una detenía por un instante las palpitaciones de su corazón.

También Alcides, con la mirada lúcida, la respiración agitada, y mordiéndose con furia los labios, miraba las cartas que ella corría lentamente.

Después de haber pasado diez ó doce, Alcides con ademán de involuntaria sorpresa y con gozosa arrogancia exclamó:

—¡Rey, he ganado!

Las palabras de Alcides produjeron en ella el mismo efecto que una descarga eléctrica.

Quizá si más que la pérdida de cuatro mil soles, sentía la impresión de los amorosos brazos de Alcides, que la estrechaban apasionadamente.

El, con la galantería del hombre de mundo, díjole:

Aun le queda *el desquite*.

—Si—dijo ella en tono de desafio —aun me queda el desquite.

Blanca continuó jugando; pero Alcides se abstuvo de tomar parte en las apuestas.

La suerte continuó siendo cada vez más adversa, para la desdeñosa esposa de don Serafin.

Como si las emociones del fuego contribuyeran á

disipar, ó cuando menos á amenguar las del amor, aquella noche, contra su costumbre, quiso jugar largo y fuerte.

Cuando el juego hubo terminado, dirigióse á su esposo y con tono de mando, díjole:

—Vé á la mesa de juego y paga diez mil soles que he perdido.

—¡Diez mil soles!— repitió aterrado don Serafin, que aunque estaba habituado á pagar algunas de las deudas contraídas en el juego por su esposa, nunca la suma había subido hasta tan alta cifra.

D. Serafin, se retorció con furia los bigotes, y hubiera cometido la imprudencia de rehusar el pago, á no haber acudido á su mente, salvadora reflexión, cuya virtud, como un cordial, corroboró y confortó su espíritu, serenando sus iras, próximas á estallar á causa de esos malditos diez mil soles, perdidos por Blanca.

D. Serafin reflexionó, pues, que diez mil soles, debía él mirarlos como una patarata, siempre que su esposa perdiera dinero en vez de perder algo de más valor, el corazón por ejemplo.

No obstante estas reflexiones, cuando los convidados hubiéronse retirado y ellos quedaron solos, D. Serafin acercóse á Blanca y con acento que procuró endulzar cuanto le fué posible, y asiéndola cariñosamente por la mano, díjole:

— Mira, hijita mía, es necesario que tengas un poco más de juicio.

—Y ¿qué llamas tú, tener juicio?

—Esta noche llevas perdidos diez mil soles.

—Bien, ¿qué hay de nuevo en eso?

—Que estas pérdidas, concluirán por traerme sérios quebrantos en mi fortuna.

—Siempre la misma canción!—dijo Blanca algo enfadada.

—Te disgustas cuando te hablo de esto; pero es preciso que tú sepas, que de largo tiempo, mis rentas no son ya suficientes para sostener tus gastos, y digo gastos, por no decir derroches, que es la verdadera palabra, agregó D. Serafin, tomando aire azás imponente, que al sentir de Blanca, veníale muy mal.

—Te propones disgustarme?—interrogó ella con el tono desdeñoso con que acostumbraba hablarle.

—No hijita—dijo él endulzando su voz de ordinario algo chillona—quiero que pienses, que tenemos seis hijos, que tú y yo estamos aun muy jóvenes y podemos tener otros seis más.

—Dios mío! seis hijos más! exclamó Blanca horrorizada como si hasta ese momento no le hubiera ocurrido la idea de que podía muy bien tener, como decia su esposo, seis hijos más.

D. Serafin, juzgó haber herido la cuerda patética de la situación y continuó:

—Si, seis hijos más, y al paso que vamos, tú y tus doce hijos, llegarán un día á verse pidiendo limosna de puerta en puerta, y nadie se compadecerá de tí, recordando, que derrochaste la fortuna que mi buen padre alcanzó á reunir, á fuerza de economía y trabajo.

Blanca sacudió su cabeza con altivez, como si temiera que esta relación pudiera mancharla, y luego poniéndose de pié, y con acento de tranquila convicción dijo:

—Al escuchar el tono melodramático que empleas para pintar mi futura miseria, cualquiera juzgaría, que nos encontramos en vísperas de un fracaso irreparable.

—¡Quién sabe sino está léjos!—exclamó D. Serafin con profética entonación.

—Escúchame Rubio—dijo ella con gracia y dulzura—tengo fé en el porvenir: mi estrella jamás se ha nublado: no temas y ya verás que siempre nos sonreirá la fortuna.

Y risueña, tranquila, bellísima, dirigióse á sus habitaciones.

D. Serafin mirándola partir, esclamó.

—¡No hay remedio, mi ruina es inevitable! ....

Un momento después ambos estaban en el lecho. Ella pensando en la apuesta del *rey de espadas*; él en la próxima y espantosa ruina de su fortuna.

Blanca se revolvía en el lecho, agitada, nerviosa, sintiendo deseos de levantarse é ir á respirar el aire libre de los balcones, necesario para calmar en ese momento el fuego del pensamiento que enardecía su frente. De vez en cuando hondo y largo suspiro se exhalaba de su pecho.

Don Serafin, que también estaba como ella desvelado, regocijábase con las angustias y agitaciones de su esposa, es que él tradujo con estas palabras: Es el arrepentimiento por los diez mil soles que ha perdido.

¡Tonto! Blanca no volvió á pensar en la pérdida del dinero; pero sí pensaba en la apuesta de Alcides.

Y D. Serafin para dar mayor gravedad á la situación y acentuar más profundamente aquel supuesto arrepentimiento hablole así:

—¡Blanca! ¿estás dormida?

—No, estoy horriblemente desvelada.

—Es natural.

—Natural ¿por qué?

—¿Crees que después de haber perdido diez mil soles se puede dormir tranquilamente?

—¡Ah! lo había olvidado.

—*No la confiesa*—se dijo él y agregó:

—Mañana me despertarás muy temprano, si es que me duermo.

—Está bien—contestó ella disgustada de haber sido interrumpida en sus amorosas reflecciones.

—Mañana necesito salir temprano para buscar los diez mil soles que.....

—Cierto, no lo olvides, si fuera cantidad más pequeña podíamos hacer como otras veces.

—¿Qué?

—No pagar.

—¡Oh imposible! Qué se diría de mí ahora que soy Ministro. Mañana antes de las doce del día pagaré esos diez mil soles.

—¡Qué hacer! Y Blanca después de esta esclamación, finjió dormir tranquilamente. El continuó hablando:

—Tendré que hipotecar por segunda vez mi casa de la calle de.....

—Cómo! ¿también esa la tienes ya hipotecada?

—Esa y todas. ¿Lo ignoras? ¡Ah! es que solo yo comprendo la ruina que se me espera, solo yo sé hasta donde alcanza esta série de deudas é hipotecas que tú te empeñas en ignorar.....

—¡Calla! déjame dormir!—contestó ella.

Aquí estallaron las iras de D. Serafin. Encendió la luz pareciéndole que así podrían producir mejor efecto sus palabras.

Pagar diez mil soles del juego, cuando las rentas no alcanzaban para los gastos ordinarios de la casa; esto no era posible soportarlo en silencio!

Habló, vociferó, maldijo de su suerte. Su cariño y sus condescendencias eran causa de esta situación. Para vivir así valía más morir; pero ya pondría remedio á esta situación cada día más insoportable. Apenas salía de una deuda que ya otra más apremiante llegaba; y todas eran resultados de gastos supérfluos, todos eran en la casa derroches, despilfarros; á seguir así él concluiría por levantarse la tapa de los sesos....Solo por sus hijos, podía arrostrar trances tan amargos y situaciones tan violentas.

¡Oh! aquello fué borbotones de palabras y escupitajos de bílis... .....

Pero, en lo más acalorado de su monólogo, fué preciso callar.....

¿Para qué continuar hablando? Sería lo mismo que hablarle á las sombras.....Blanca se había dormido!....Si, no podía dudarlo; estaba dormida!

Cuando alguno de estos ímpetuos coléricos acometían á D. Serafin, su esposa tenía el buen tino de guardar silencio y esta vez hasta finjió dormirse.

Y luego aquella palabrería insustancial la desviaba del punto donde ella quería fijar su pensamiento.

¡Alcides! Maldita apuesta que no se separaba un momento de su recuerdo.

Cualquiera diría que había bastado conocer la osadía con que él había jurado poseerla para que ella se enamorara, y quizá también lo amara apasionadamente.

Léjos de sentir indignación, vergüenza, deseo de vengarse, sentía deseo de ver Alcides, de coquetear con él, de incitarlo al amor con toda la astucia y el artificio con que ella sabía seducir.

El día siguiente fué para D. Serafin, de grandes apuros, de premiosas idas y venidas, de mirar el reloj contando los minutos trascurridos. Habíase propuesto pagar las deudas de su esposa antes de las doce del día. Y .... las pagó!!.....Sí, las pagó!!!....

XIV.

En este *medio ambiente* cargado de galanterías, de lisonjas y requiebros, en el que vivía la señora Rubio, siendo

ella la más coqueta, la más despreocupada y quizá también la que menos amaba á su esposo; ¿quién no había de juzgar que ella hubiera llegado con su andar atrevido hasta penetrar en el abismo del adulterio? Y en la despreocupación de su carácter, imaginarse que aquello fué no más que pasajera caída, una de las muchas que se dan en el vertijinoso vals de dos tiempos.

¿Qué fué aquello? ¡Nada! Un resbalón en el tapiz del salón. Así pudo ella muy bien haber dicho.

Pues bien, téngase muy en cuenta, que en los diez años de matrimonio que han trascurrido, Blanca no le fué nunca infiel á D. Serafín.

¿Por qué ha sucedido así? ¿Puede realizarse esta antitesis del sentimiento moral?

Es acaso cierto aquel pensamiento de Victor Hugo, en que dice, hablando de la caída de una mujer: «Hay ciertas naturalezas generosas que se entregan, y una de las magnanimidades de la mujer es el ceder».

De donde será forzoso inferir, que la mujer egoista, calculadora, vana, será la menos expuesta á caer.

Si, cierto, hay magnanimidades que llevan á una caída, como hay egoísmos que llevan á una virtud.

Preciso es confesarlo resueltamente, muchas virtudes sociales provienen de grandes imperfecciones del alma; así como muchas culpas nacen, de grandes cualidades del corazón.

Cuántas mujeres caídas simbolizan una alma generosa, amante, tierna, abnegada.....?

Cuántas fidelidades conyugales simbolizan, y por otra parte, vanidad, egoismo, frivolidad, futileza?

Veis aqulla mujer? Es una joven. Lleva severo vestido negro de rigurosa sencillez, y parece arrastrar el duelo de sus muertas ilusiones.

¡Ah! Es una alma que ha amado; ha amado tanto; que juzgó, que sacrificar familia, honra, porvenir, todo en aras de su amor, aún era poco. No importa que á cambio de sus sacrificios, sólo cosechará abandono, olvido, desprecio: ella guarda en su alma como en su santuario, el recuerdo de su desgraciado amor.

En contraposición á esta, miremos á una gran señora, es admirada y adulada en todos los círculos sociales. Desde muy temprano aprendió á servirse del amor como

de un motor, para remover obstáculos, alcanzar influencias, y realizar proyectos, personificando una de esas figuras que Balzac ha trazado con mano maestra en "*Las mujeres sin corazón*" ¿Cuáles son pues sus cualidades? Es vana superficial, frívola, orgullosa; ha consagrado todo su tiempo á la moda, al fausto, y ha alcanzado por la extravagancia de su tocado y el lujo de sus vestidos que la proclamen reina de la moda. Sus amigos, aquellos que con los mismos defectos de ella, la encuentran modelo de perfecciones, la admiran sin alcanzar á descubrir que todas sus grandes cualidades, provienen de grandes deformidades del espíritu.

No nos extrañe, pues, que Blanca, con iguales defectos é imperfecciones, tal vez sin darse ella misma cuenta de que procedía bien, fuera esposa fiel, no tanto por amor á su esposo, cuanto por falta de amor á otro hombre, no por virtud, sino por..... ¿que diré....? Preciso es confesarlo: el tipo de Blanca aunque real y verdadero, se escapa á toda definición.

¿Será que en ci ertas naturalezas, la lisonja, la vanidad, el ruido de las fiestas, les sirve como de antídoto contra el amor?

O ¿será acaso que absortas en la contemplación de la propia belleza, han alcanzado acallar la vibradora fibra que el corazón de la mujer amante, jamás deja de ser herida por la mano del amor?

Sin que con ninguna de esas suposiciones, crea pueda satisfacerse al observador que estudia los fenómenos sociales, que á su vista se presentan; continuaré la historia de la señora Rubio, en la que encontraremos uno de los tipos más indefinibles que en la alta sociedad se ven.

Y en muchos casos, ni la moral religiosa, ni la moral social, puede decirse que encaminan los pasos de esa esposa.

Qué viene, á ser pues, la virtud, sin la idea moral, sin el principio religioso, sin el guía del bien, y sin la conciencia de sí misma....?

Si Blanca no le ha sido infiel á D. Serafin en los diez años trascurridos. ¿podremos asegurar que no lo será muy pronto? tan pronto como desaparezcan las causas útiles y pasajeras que hasta hoy la han salvado? Quizá

si ella misma no se atrevía, llamase virtuosa, apesar de su constante fidelidad.

Mucho tiempo hacía que pensaba en un amante, como en algo que contribuiria á amenizar su vida, y miraba á Alcides como el único hombre que llegaría á conquistar su corazón. Otras veces llevaba su recuerdo hácia su antiguo novio, al que tan amorosamente dijole un día:—Cuando yo sea la esposa de Rubio, te daré toda la felicidad que hoy deseas.

Pero este joven que tan sincera y caballerosamente la amaba, no pudo resistir el pesar de verla casada con D. Serafin, y partió del Perú, dos días antes del matrimonio, resuelto á no volver jamás.

Si Blanca hubiese llevado vida solitaria, aislada de la alegre sociedad que la rodeaba, hubiera sin duda consagrado todos sus recuerdos y sus afectos á su primer amor, á aquel joven que ella verdaderamente amó; pero en medio de la agitada vida de «gran señora,» y más aún, de gran coqueta, apenas si podía entregarse á sí misma, y evocar los más dulces recuerdos de sus amores; entonces veía surgir en su mente la figura gallarda y siempre seductora de su antiguo novio, é involuntariamente le comparaba á D. Serafin, á su marido, y exhalando amorosísimo suspiro, solía decir:—¿cuanto le hubiera yo amado si él hubiese querido vivir cerca de mí . . . !

Y esta idea la entristecía, á ella que tan poco susceptible era á la tristeza.

Sentía el vacío de su vida, y anhelaba algo como un ideal, que refrescaba la árida sequedad del fondo de su existencia y del fondo de su alma; algo como una gota de rocío sobre el abrasado desierto de su corazón.

Tal vez se dirá: ¿por qué Blanca, en diez años de matrimonio, con un hombre á quien no amaba, no ha sentido antes esa imperiosa necesidad . . . ? A lo que será preciso contestar dando esta razón poderosísima: *Blanca acababa de cumplir treinta años.*

Edad temible, que los maridos celosos, y las mujeres que no aman á su poco simpático conyugue, deben mirar come el Rubicón del matrimonio.

¡Cuánta diferencia, entre un hombre de treinta años, y una mujer de la misma edad!

El uno ha derrochado su corazón junto con su cuerpo, la otra ha atesorado afectos y ha atesorado vida.

Por eso el hombre dirá eternamente con el poeta: *Funesta edad de amargos desengaños.* Y la mujer eternamente dirá: *Funesta edad de espantosas tentaciones.*

Hasta ahora Blanca se ha salvado ¿se salvará después?

Con esa volubilidad propia de los caracteres vehementes impresionables, más de una vez sintió que esas corrientes simpáticas que son como alboradas del amor; estremecieron su alma, y la llevaron á sentir las primeras vibraciones del amor; pero las emociones sucedíanse de tal suerte, que la impresión recibida hoy, era por otra borrada mañana.

Aquí debemos hacer una observación: ciertos maridos aseguran la fidelidad de su esposa por los muchos adoradores de ella, más que por los propios méritos de ellos.

XV.

Un diálogo amoroso entre Blanca y Alcides! . . . Hé aquí algo digno de copiarse, si todos los diálogos amorosos no fueran parecidos en la forma y en el fondo.

Todos los hombres finjen sentir con el mismo ardor; todos las mujeres finjen huír con el mismo empeño.

Si el autor de la leyenda bíblica, hubiera querido entrar en detalles, como lo hacemos los novelistas; hubieranos referido, cómo, en el primer momento, huyó Eva cuando Adan le dijo:—Yo te amo. Si, debió huír; pero no tanto que él no pudiera alcanzarla.

No culpemos por ello al hombre ni á la mujer. La Naturaleza ha confiado la conservación y perfeccionamiento de las razas á sentimientos invencibles. Y si el primer impulso del pudor, es huir, otro más poderoso acerca á la mujer, hácia el ser que la ha de acompañar en su misión bre la tierra.

Blanca y Alcides departieron amorosamente.

Cuando una mujer y un hombre hablan de amor; una ano invisible traza en ese momento el camino fatal que bos deben seguír. Cuantas veces se resuelve el destino

de un individuo por el sesgo que toma un diálogo amoroso que la casualidad le llevó á entablar!.....

Blanca no había llegado todavía á la época de la pasión verdadera: de la pasión que ella era aún susceptible de sentir; más que amar quería coquetear con Alcides: gustaba que fuera mejor con él, que con otro, por razones de amorosa simpatía. No estaba decidida á que él fuera lo que ella hubiera llamado su *amante oficial*, impuesta á la sociedad y aún á su propio marido. No: ella gustaba del amor como de las joyas, como de los vestidos.

Entregarse á un hombre le parecía rebajamiento de su dignidad, no de esposa, ni aún de mujer, sino de *gran señora*.

La aureola de la mujer á la moda, creía que debían formarla no solo los aduladores, nada pretensiosos, si que también, los aduladores, los que mucho solicitan. Ella despreciaba á esas mujeres que aceptan por amante al hermano de su esposo ó al amigo íntimo de la casa, y los tres forman una trinidad, que dá por resultado el ridículo y la burla para el marido.

Y si don Serafin, como individualidad aislada sin su cualidad de esposo modelo, poco le interesaba; comprendía que la *marca* con que la sociedad señala al hombre que va al lado del amante de su mujer, si lo desprestigia mucho á él, la deshonra mucho más á ella.

No era pues, ni la idea moral ni el sentimiento del bien lo que la mantenía en ese estado de fidelidad conyugal, que no podía llamarse virtud, pues que á ella concurrían móviles indignos de la mujer verdaderamente virtuosa.

Aquel día, mas que otros, Blanca y Alcides hablaron largamente de amor, y después de largo diálogo semi-romántico, Alcides estrechando atrevidamente el talle de Blanca, intentó besarle el cuello, postrándose luego á sus piés.

Blanca, no era de la misma opinión, de aquel que ha dicho: á una mujer se le ofende hasta arrodillándose ante ella.

No fué pues por sentirse ofendida, por lo que, con un brusco movimiento se desació de él, y poniéndose de pié dijo:

—Vaya no sea cándido! Qué se ha vuelto U. loco? Déjese de romanticismo novelescos,— y riendo burlona á la

par que satíricamente, desaciose de los brazos del joven que amorosamente la enlazaban.

También Alcides levantándose de su arrodillamiento miró sorprendido á Blanca.

El diálogo amoroso sostenido entre ambos, había sido tan apasionado, tan ardiente, que las palabras y la risa de Blanca, cayeron en el corazón del enamorado joven cual frío líquido sobre enrojecido hierro.

Y como si solo hubiera alcanzado á comprender una palabra de las de Blanca con tono indignado exclamó:

—¡Loco! sí, U. concluirá por volverme loco.

Blanca permaneció en silencio. Quizá si esa risa sarcástica y esas palabras hirientes, no habían sido más que recurso de mujer astuta, que antes de caer rendida, se gozaba en escaramuzas, con las que esperaba incitar á su perseguidor.

Pero Alcides que se encontraba en uno de esos momentos de excitación nerviosa y de ofuscamiento intelectual, pensó que había perdido el cuarto de hora propicio en que las mujeres como Blanca dejan de ser coquetas, lijeras, burlonas para ser mujeres, es decir para saber amar. Recordó que había ido allá no á sostener diálogos amorosos, más ó menos románticos, sino muy resuelto á dar solución definitiva, á su situación, largo tiempo ya, para él, insoportable.

Recordó aquella maldita apuesta, aquel juramento de llegar á ser el dueño, es decir el amante feliz de Blanca Sol. Este cuasi desafio que si bien hubiera querido él olvidar, su amor propio le recordaba diciéndole: perderás tu prestigio de galán afortunado y tus amigos te obsequiarán burlas y sátiras dignas de un alardeador badulaque, indigno de alcanzar lo que cualquiera de ellos juzga muy posible obtener.

Alcides sentía los ímpetus más que amorosos, rabiosos, del hombre que ha tiempo incitado y siempre burlado, siente el coraje de la desesperación: su sangre italiana rebulló en sus venas: miró á Blanca que con la sonrisa provocativa de sus labios rojos, fuertemente incitantes, y sus ojos, en ese momento lánguidos, le miraban, y sus nervios se estremecierón de rabia y de amor.

Sin darse cuenta de sus acciones lanzóse rápido como el

león sobre su presa, y estrechando con acerados brazos á Blanca, la atrajo hacia sí, sin que ella pudiera evitarlo.

—Te tengo en mi poder!—díjole confundiendo su aliento con el de ella.

—Sería U. un infame!—exclamó ella intentando desasirse de Alcides enrojecida de cólera.

Una lucha se trabó entre ambos. En ese momento comprendió Alcides el papel indigno y también ridículo que desempeñaba, y dominando su propia exaltación dejó libre á Blanca.

Ella furiosa y con amenazador ademán díjole:

—Yo vengaré como merese esta infamia.

Y con la altivez de una reina y la desenvoltura de una coqueta, dirigióse á la alcoba.

Alcides bajo la influencia de su nerviosa excitación, pusóse de pié, resuelto á seguirla.

En ese momento un vértigo pasó por su cerebro: llevo, se ambas manos á la frente, asió con rabia sus cabellos y extremeciéndose, de amor é indignación, cayó como si una oleada de sangre, hubiérale inundado el cerebro.

Blanca antes de salir de la alcoba, miró desdeñosamente á Alcides que acababa de caer, y sonriendo con impasible serenidad dijo.

—He aquí una escena muy dramática.

Después de un momento Alcides, volvió en sí, y al encontrarse solo, procuró serenarse, ordenó sus cabellos lo mejor que pudo, y luego mirando en torno suyo, como si recordara la escena que acababa de pasar dijo:

—¡He sido un bárbaro! ¡Que locura!. . . .

En la alcoba contigua decía casi al mismo tiempo Blanca:

—¡Tonto! pudiendo llegar al Cielo, se ha ido al Infierno, Ya pagará caro su tontería!

Las mujeres como Blanca, se vengan como de una ofensa, del hombre que no ha sabido seducirlas.

Alcides, tomó su sombrero para retirarse; pero al colocárselo, sintió dolorosa impresión, y un ligero cosquilleo en la mejilla; llevóse la mano á la frente y volvió á retirarla.

Era sangre de una pequeña herida, que al caer contra uno de los muebles de agudas talladuras, había recibido en el sobrecejo.

Alcides sacó su pañuelo, enjugó repetidas veces la herida; pero la sangre continuó saliendo, y fuéle preciso salir á la calle comprimiendo la herida con su pañuelo.

Un momento después, llegó don Serafin, tranquilo y satisfecho como estaba de ordinario.

Al pasar por el sitio en el cual Alcides, acababa de caer detuvose y miró al suelo asombrado. Luego se inclinó y tocando con los dedos una pequeña mancha roja, que en el rico alfonbrado de fondo blanco, con flores selestes resaltaba notablemente,

—Esta es sangre,—observó:

Y luego, como si dudara de lo que sus ojos veían, volvió á pasar la mano por la mancha roja, se acercó á la puerta como para mirar á toda luz.

—Si, no hay duda, esta es sangre,—repitió; pero esta vez ya bastante alarmado.

Luego se dirigió á la habitación á donde estaba Blanca, y con voz algo agitada llamó, diciendo:

—Blanca! hija mia, ven, mira, acabo de descubrir una mancha de sangre y está todavía caliente.

Estas palabras de don Serafin excitaron la risa de Blanca, recordándole el calor de la escena que acababa de pasar. Luego con su imperturbable serenidad, acercóse al lugar de la mancha, y con sonrisa llena de malicia quedósela mirando, mientras don Serafin decía:

—Pues qué! ¡praece cosa increible! una mancha de sangre y tú ignoras de donde viene....

Blanca con su adorable coquetería dijo:

—¡Ah! ya recuerdo: es una palomita herida que me trajeron, y allí le dió una convulsión que creí que muriera.

—Una palomita herida—repitió don Serafin como si dudara de las palabras de su esposa.

—¡Ah! si tu hubieses visto; te hubiera inspirado compasión: estaba herida en el corazón.

—¡Pobrecita! contestó don Serafin del todo convencido.

Y ambos se retiraron, no sin que ella dirigiera á su esposo una mirada de supremo desprecio.

XVI

Desde que don Serafin alcanzó á ser Ministro, pareciahaber crecido cuando menos diez pulgadas más.

Caminaba con más lentitud, pensando que todo un señor Ministro, no puede andar asi, como un simple mortal.

Nunca más volvió á suceder, lo que antes con tanta frecuencia le acontecía, que su esposa le observara el cuello de la camisa de dudosa limpieza, y las uñas de las manos de medio luto.

Y ¡cosa rara! ó mas bien diremos, cosa muy común á la seguera de la vanidad del hombre. D. Serafin se olvidó muy pronto, que su nombramiento para llevar la cartera del Ministerio de Justicia, era obra pura y exclusivamente de Blanca; y siguiendo esa vanidad lógica del amor propio, discurrió, que sus merecimientos, no podían haberle conducido á otro puesto, que aquel tan magistralmente desempeñado.

Blanca por su parte pensaba:

—Si yo llego á levantar á este hombre hasta la Presidencia de la Republica, como lo he elevado hasta el desempeño de una cartera, diré que yo Blanca Sol, puedo con sólo mi poderoso querer, remover las cordilleras de los Andes.

Y Blanca indujo á su esposo para obligarlo á dirigirse á los Prefectos y demás hombres influyentes, de los departamentos, iniciándolos en sus proyectos de lanzar en las próximas elecciones su candidatura para la Presidencia de la República.

Esta vez don Serafin no manifestó asombro, ni le causaron novedad, las pretensiones de su esposa, como sucedió la vez primera, cuando ella le manifestó sus aspiraciones á un Ministerio.

Y D. Serafin muy sériamente se dió á tramar toda una série de proyectos trazándose la línea de conducta con la cual debia llegar directamente al elevado puesto designado por su esposa y también por su conciencia, como merecimiento de su gran valia.

También Blanca en sus vanidosas aspiraciones esperaba llegar á ser en la escala política, lo que era en la escala social; la cima mas elevada á que puede subir una mujer en la alta sociedad.

De esta suerte dando pábulo á sus ambiciosas pasiónes se desviaba y retenía el crecimiento de una pasión que arraigando y desarrollándose, lenta, pero poderosamente,

como planta nacida en rico terreno, ocupaba ya el corazón de la señora de Rubio.

Esta era su amor á Alcides.

No basta que la mujer vea elevarse á su esposo á la más encumbrada posición social; es necesario para que ella lo estime y lo ame, que lo juzgue digno de esa posición.

D. Serafin, Ministro y futuro candidato á la Presidencia de la República, con todos sus humos de estadista y gran político; no alcanzó á elevarse ni un palmo á los ojos de su esposa. Era siempre el mismo de antes, el hijo del soldado colombiano, del avaro vendedor de cintas y sedas de la calle de Judios. Era el mismo sér de inteligencia obtusa y espíritu apocado, que sin la iniciativa de ella, sin sus atrevidas aspiraciones y su distinción en sociedad, sería nada más que uno de tantos, uno de los muchos, que ella miraba en esa sociedad con desprecio y que, según decía, no alcanzaban á brillar, ni aún con el reflejo del brillo de sus escudos.

Y á medida que crecía la vanidad de don Serafin, decrecia la estimación de Blanca, y como consecuencia, su corazón buscaba el amor de otro hombre, que llenara el vacío que había principiado á sentir en su alma.

Hasta la honradez y rectitud de don Serafin, llegó á desestimarlas.

¡Honrado!—decía—por incapacidad de poder ser pícaro.

Para lo primero, juzgaba que sólo necesitaba ser un buen hombre, un pobre de espíritu; para lo segundo, creía que se necesitaba talento, mucho talento.

Y Blanca se indignaba, al ver que su esposo había sido incapáz de *hacer negocios*, en el Ministerio, *como otros muchos*, decía.

D. Serafin por su parte estaba tranquilo, satisfecho de sí mismo y del cariño de su esposa.

Sus celos se disiparon, precisamente en el momento en que debían haber principiado; en el momento en que Blanca quería dejar de ser el ídolo del amor de muchos hombres, para ser la adoratriz, esclava del amor de uno solo

Alcides, por su parte, había entrado al periodo de amor tranquilo y esperanzado.

Hacía largo tiempo que estaba él acostumbrado á neutralizar los desdenes de una mujer con las caricias de otra.

Decía que asi como todos los venenos tienen su antídoto, todos los amores deben encontrar el suyo. Y buscaba tranquilamente á la mujer que había de darle el antídoto contra el amor de Blanca.

Con esa experiencia del hombre de mundo, y el conocimiento de los más ocultos resortes de las pasiones, Alcides fingió en presencia de Blanca, glacial frialdad.

Su amor parecía no sólo haberse disipado, sino también haberse borrado de sus recuerdos.

—Ah! estaba Ud. allí! dispense Ud. señora no la había visto.—Qué de días que no tengo el gusto de verla.—¡Como! si hace dos noches que nos vimos en el teatro.—Ah! verdad lo había olvidado—Ayer pasó Ud. por esta calle y no miró Ud. una sola vez á mi balcón.—Sí, cierto pasé tan distraido que no me dí cuenta de ello.

Estos diálogos y otros semejantes, repetíanse frecuentemente con intenciones premeditadas de parte de Alcides.

XVII.

¡D. Serafin! Qué sér tan prosáico para tan fantástica mujer!

Cuando en las mañanas él se levantaba el primero, y Blanca lo veía en *paños menores*, yendo y viniendo del lavabo al lecho: y muchas veces en ese mismo traje, se sentaba allí, en la alcoba, en la mesa de mármol con talladuras é incrustaciones de metal, á tomar el desayuno que le servía Faustina ¡oh! entonces ella se cubría la cara con las sábanas para no verlo, y exclamaba.—¡Dios mio! que hombre tan vulgar.

Si le hubieran dicho á él, que con esa conducta ganaba en ridículo lo que perdía en amor: él se hubiera asombrado más que si le dijeran que con su desaliñado traje y su desayuno, iba á asesinar á su esposa.

¡Como! pues qué, ¿el matrimonio no es así? Para qué se casa un hombre, sino es para estar en completa libertad con su mujer. Si se ha de guardar miramientos y tener pulcritudes molestas y embarazosas, preferible es no casarse y vivir en completa libertad. Todo esto hubiera éldicho á otra que no fuera Blanca; para ella don Serafin

no podía rendirle sino obediencia y amor, amor sin límites.

Un día ocurrió á Blanca, separar dormitorios, don Serafin se quedó espantado. Recurrió á la autoridad de marido y á sus derechos adquiridos, para oponerse á tan autoritativa medida. Por fin recurrió á la súplica, á la caricia á la desesperación.... No hubo remedio! El humo del cigarro molestaba á Blanca y le traía insomnios horribles.

En verdad, largo tiempo hacía, que él notaba con frecuencia desvelada á su esposa.

¿Estaría acaso en cinta? No era posible. Muy poco tiempo había trascurrido después del último vástago, que vino á acreces las satisfacciones del esposo y las contrariedades de la esposa.

D. Serafin ofreció humildemente dejar el cigarro: esto era demasiado, para él que, al decir de Blanca, fumaba tanto, que se asemejaba, á cañón de chimenea.

Pero ruegos, ofrecimientos, indignaciones, sospechas, todo fué vano, y la tiránica resolución, que á desesperante alejamiento le condenaba, llevóse á efecto, con gran aflicción del amoroso marido, que se veía separado por todo un girón de habitaciones, muchas de ellas ocupadas por los niños, con sus nodrizas ó sus ayas.

Tan inesperada determinación, fué causa de que el señor Ministro diera al traste con la política y se entregara á sus más amargas meditaciones. Eso sí, siguiendo añejas tradiciones, aferróse fuertemente á la amada cartera.

¡Cómo! Cuando él se consideraba más digno del amor de su esposa, por haberse encumbrado debido á sus méritos (asi juzgaba él) á una altísima posición social; ella no podía sufrirlo ni en su propio dormitorio!.....

Para que tal sucediera, poderosa, muy poderosa causa debiera haber. ¿Cuál podía ser? D. Serafin, apesar de su atinado juicio, y la suspicacia de su carácter, no alcanzó por esta vez á descubrir la causa verdadera de los caprichosos desdenes de su esposa, y léjos de dirijir sus sospechas hacia Alcidès, dirigiólas hacia Luciano y dijo:

—A las mujeres les gustan los hombres á la moda, los timetres como Luciano.

¡Error grave! Los petimetres afeminados, son y serán mpre los tipos más antipáticos para las mujeres.

Alcides visitaba á Blanca con frecuencia, continuando

siempre, en sus astutos planes de seducción y esperando la sazón, en que sólo necesitaba, el llamado *cuarto de hora sicológico de la caída.*

Algunas noches dón Serafin, su esposa, Alcides y algún otro amigo, jugaban el familiar rocambor; ella era fuerte en este juego, D. Serafin apenas si conocía el manejo de las cartas, pero gustaba él, como de todo lo que se aprende tarde.

D Serafin reía alegremente cuando llegaba á darle un codillo á Alcides.

—Qué tal, le corté su juego.

—Sí me lo ha cortado Ud. irremediablemente—y miraba intencionalmente á Blanca.

Mientras Blanca y Alcides, mútuamente enamorados, jugaban á las cartas, la voz pública, elevaba á éste de su condición de admirador, á la de verdadero amante de la señora de Rubio.

Había más; la escena de la apuesta aquella de la cena en el hotel, y la otra del rey de espadas, corrían de boca en boca horriblemente desfiguradas y aumentadas con detalles y pormenores ofensivos, no para él, que es propio de la injusticia humana, echar todo el peso de estas faltas sobre el sér más débil, sobre la mujer.

Bien pronto nuestra culta sociedad, poco fácil para escandalizarse, cuando el escándalo viene de arriba, se escandalizó por esta vez, al conocer los pormenores de la cena, y hasta se decía que Blanca, al saber la noticia de la apuesta, había festejado el lance, diciendo;—Con tal que la lleve á cabo le perdono su atrevimiento.

—¡Qué es esto! ¿á donde vamos á parar? exclamaban.

—Y á esto llaman la nata de la aristocracia de Lima! ¡Vaya! Si debiera estar en un cuartito de la calle de la Puerta falsa del Teatro.

Se decía, que los cuatro mil soles perdidos por Blanca en el juego, habían sido cuatro mil libras esterlinas, puestas en una carta, con el fin de incitar á Alcides á llevar á delante su apuesta.

La murmuración y la calumnia cual furioso huracán se arremolinaron en torno á la señora de Rubio; y los lances burlescos y las historietas amorosas, circulaban dando pávulo á la maledicencia de unos y la mogigatería de otras.

Y algunas empingorotadas señoronas de ostentosa virtud, clamaron á grito herido, contra estos escándalos. Á sus ojos Blanca no era más que un monstruo de corrupción y liviandad, merecedor de colosal castigo, nunca tan colosal como la culpa. Y el sin ventura don Serafin con sus dos millones de soles, y su cartera de Ministro, antojábaseles complaciente marido, ó como dicen los italianos un marido *gentil*, que sabía mirar del lado opuesto al en que se hallaba el amante de su mujer: ó como dicen los franceses un marido *molieresco*.

¡Ah! si ellos hubieran podido comprender la acerba amargura del amoroso esposo y delicado caballero, hubieran detenido sus temerarios juicios.

Ofreció dejar de fumar á cambio de su permanencia en la alcoba de su esposa, y hubiera ofrecido dejar de vivir, antes que resignarse á perder su amor.

Qué culpa tenía él de ser vulgar, prosáico, como decía Blanca: de comer con glotonería, y luego, con el bigote todavía oliendo á caldo, venir á besar á su esposa, lo que le producía á esta, nauseas y repugnancia. Y en la noche regoldando con los restos de su digestión, laboriosa y dificil, por lo suculento de los potages, venía hacia ella con más aire de hambriento lobo, que de amoroso marido....

Poseer dos millones de soles, y no ser dueño siquiera de la mujer á quien en día no lejano, se arrancó de un infierno de acreedores que amenazaban llevarse hasta los muebles de la casa.....

¡Oh! esto es horrible, cuando se cae en la desgracia de amar á esa mujer como don Serafin, amaba á su esposa.

Por lo que toca á Blanca, ella creía que no podía continuar viviendo de tal manera modo. La asfixia del alma, la misma que le sobreviene al cuerpo por falta de aire ó por respirar el aire mal sano de los pantanos la amenazaba: parecíale sentir olores nauseabundos que le producían vértigos.

D. Serafin estaba desesperado.

Cada día al levantarse del lecho, de ese lecho que estaba separado del de su esposa por todo un girón de piezas, ocupadas por sus hijos con sus ayas; cada día frunciendo el ceño pensaba que debía poner término á tan rante situación.

—Es necesario que esto termine, hoy mismo, hoy le

hablaré á Blanca, y si no accede á admitirme en su dormitorio, haré llevar á viva fuerza mi cama. Si, decia es necesario que yo sea en mi casa el hombre que mande, el que posee la fuerza y el dominio, para eso soy su marido. ¡Qué diablos! Un hombre no debe someterse así á los caprichos de una mujer.

Y don Serafin pensaba con desesperación en las muchas noches que había pasado sofocado, agitado, sin poder dormir, y salía de su alcoba ceñudo colérico, resuelto á todo menos á continuar soportando tiránicas imposiciones. Y tan abstraido andaba en sus reflexiones, y tan preocupado con su desesperante situación, que muchas veces acontecíale que alguna de las criadas le dijera: —Mire señor tiene *usté* los pantalones sin abotonar!

Y en efecto, don Serafin, salía muchas veces con los pantalones á medio abotonar: otras veces era la corbata la que olvidaba.

—Qué diablos si estoy tan preocupado— decía él abotonándose apresuradamente, ó regresando á ponerse la corbata.

Sí, cierto, él estaba horriblemente preocupado, y lo más atroz de esta situación, era el no encontrarle término; pues cuando él más resuelto iba, á reñir, á mandar, y si era preciso también, á castigar. acontecíale que en presencia de Blanca no podía ser más que el mísero lebrel, que lame la mano de su despiadado castigador.

—Cómo has pasado la noche? ¿Cómo están los nervios? ¿Qué tienes? Hoy estás algo pálida. Supongo que Josesito no te haya dado mala noche. Para eso pago bien á la nodriza y á la ama seca, pero esta gente es tan descuidada que.....

—Blanca contestaba á estas afectuosas palabras de su esposo, con monosílabos.—Si—no, estoy bien, ya lo sé..

Ella que con todos usaba de tanta locuacidad, de gracia tanta y donairoso decir, para él, solo guardaba los monosílabos secos, ásperos, afilados y cortantes, cómo si fueran golpes de puñal.

Qué arte infernal ó de magia, poseía ella que así le dominaba en su presencia? Acaso él no tenía todos los derechos que las leyes humanas y un sacramento divino (D. Serafin consideraba divino el sacramento del matrimonio) le acoreaban?....Por qué en presencia de ella, no le era

dable, ejercer todos los derechos de marido y todas las prerogativas que dos millones de soles pueden dar? El, de quien el mundo entero decía que era pérfido, egoista y más que todo de génio violento, intransigente y de lengua *clasicamente* viperina, por lo mordaz y maldiciente.

¿Qué iba á hacer? si en presencia de ella no brotaban de sus labios sino palabras de cariño, de tieno afecto y hasta más de una vez sintió impulsos de arrodillarse y pedirle perdon. Pero luego reflexionaba y se decía.—Perdón, de qué, á no ser de que ella sea tan cruel conmigo.

Luego rememoraba las épocas felices de su vida matrimonial. Cuando Blanca en medio de la embriaguez producida con la satisfacción de su loca pasión por el lujo y la ostentación, le acariciaba á él, con la misma inconsciencia con que hubiera acariciado no sólo á otro hombre, pero aun hasta á otra cosa.

Y don Serafin, que en achaques amorosos, era poco ducho; suspiraba, imaginándose que aquello fué verdadero amor, perdido hoy, tal vez para siempre.

Por fin llegó el día de una explicación. Don Serafin estaba desesperado y las situaciones violentas, no son soportables viendo de contínuo al sér que las causa. Ella se explicó así.

—Estamos unidos por un lazo que tú juzgas indisoluble: me casé contigo por .... Blanca trepidó.... por amor. Es que yo creía en la duración de ese afecto, ó mejor diré, yo creia que tú supieras cultivarlo: me figuraba que serías apasionado, espiritual, vehemente, con la vehemencia delicada del amor, no con la que tú tienes.....

D. Serafin exhaló en este punto un hondo suspiro.

—No me quejo de que tú no me ames, de lo que me quejo es de que tú no sepas amarme. ¡Ah! siento un vacío tan hondo en mi alma. Mira yo quiero que cambies, que no seas como eres. Tus torpezas concluirán por hacerte antipático, y yo deseo quererte. ¡Vaya! No te enojes, si te digo estas cosas, es porque en mi corazón hay mucho cariño para tí. Quiero que seas feliz; porque es preciso que sepas, que yo no sé, ni quiero fingir, y si tu llegas á serme odioso, nada en el mundo tendrá fuerza suficiente para obligarme á vivir cerca de ti: ¿lo oyes?

D. Serafin pálido escuchaba las palabras de Blanca como si cada una de ellas le llegara al corazón. Apoyados

los codos en las rodillas, ocultaba la cara entre ambas manos, posición azás prosáica para escuchar un no menos prosáico diálogo.

Blanca continuó.

—Te he hecho Ministro, y pensaba hacerte Vocal de la Córte Suprema, y quizá tambien Presidente de la República....

Aquí don Serafin dió un brinco y se puso de pié.

—¿Te causa asombro este lenguaje? ¿A quién sino á mi debes tu nombramiento para desempeñar la cartera de Justicia....

—Y crees que si yo no tuviera las dotes necesarias para tan elevado cargo, lo hubieras tú conseguedo?

Blanca, hizo una mueca de desprecio y continuó:—Multitud de hombres hay en Lima, de verdadero mérito, que han pasado la vida aspirando un Ministerio, y no lo han alcanzado. ¿Cómo puedes tú creer que lo debes á tus merecimientos.

Con este argumento, don Serafin guardó silencio.

—Pero, en el caso, que tú Ministro y próximo Vocal de la Suprema, y no lejano Presidente del Perú, no has crecido ni un punto, y más bien parece que hubieras perdido tu buena reputación de hombre honrado.

D. Serafin no osaba replicar una sola palabra ni aun siquiera levantar la frente; anodado parecia oir en las palabras de su esposa, las de su propia conciencia.

La superioridad de espíritu de Blanca, se imponía en todas las situaciones difíciles; aun que no siempre estuviera de su parte la verdad.

—Yo creía que siendo tú Ministro, llegaría á estimarte más y tal vez, á amarte más; pero no es culpa mía, tú eres siempre el mismo....

—Sí, caprichos tuyos. Tú fuiste la que quisiste á todo trance que fuera yo Ministro. Y ahora quiero yo saber ¿qué hemos sacado con este Ministerio? Nada más sino que tú me eches en cara faltas que no dependen de mí.

—Ciertamente: nada hemos ganado; ni el que tú cambies de aire y te des la importancia que debe darse un Ministro aplaudido y bien aceptado por todos los partidos.

—Los partidos!—repitió él con acerba entonación,—

bien sabes lo que es entre nosotros ese monstruo que devora á sus propios hijos.

—Sí, los devora, porque todos son raquíticos, porque todos son hijos del favor, y quizá también de algo peor.

—Pues bién, mañana mismo presentaré mi renuncia y suceda lo que suceda no seré ya más Ministro.

—Hazlo como mejor te plazca,

Asi terminó esta explicación, dada con tanta insolencia por parte de ella, como fué grande para escucharla la recignación de él. Es que don Serafin estuvo en una de sus horas de buén humor, y de buén decir, cosa muy rara para todos, menos para su esposa, que hablando de él, solía decir:—Mi marido es un cordero, yo hago de él lo que quiero.

Poco adelantó, pues, don Serafin, con esta explicación, á no ser el pensar en salir del Ministerio por su desgracia con Blanca, así como había entrado por gracia y favor de ella.

Mientras tanto una evolución, una metamórfosis operábase en el corazón de la señora de Rubio.

¡Un amante! Esta palabra principió á tener todo el atractivo de lo que para ella simbolizaba, agitaciones, impresiones, placeres, verdadero drama, donde se desempeña en la vida, como en el teatro, un papel lleno de incidentes, de sustos, de temores, de luchas entre la pasión y el deber.

Un amante, le traería todo aquello que necesitaba para sazonar su insípida y monótona vida.

Lucir, deslumbrar, excitar la envidia de las mujeres y la admiración de los hombres, magnífico seductor, bellísimo; pero es que ella frisaba ya en los treinta años, y el corazón á esta edad, encuentra sin aliciente ninguno aquel bullicio mundanal. No podía conformarse con pasar la vida así, como un meteoro social, sin sentir ni producir más que impresiones pasajeras. Había llegado á la edad en que el sentimiento y la pasión se despiertan y hablan vigorosamente, y entonces la mujer, más que nunca, es *mujer*.

Alcides llegó pues, en la hora precisa, en el *cuarto de hora* en que las mujeres menos sensibles al amor, dejan en su corazón un punto accesible al sentimiento y á la pasión, llegó cuando el recuerdo de su antiguo novio, principiaba á borrarse de su memoria, ese recuerdo que hasta

entonces, quizá habíale servido de verdadero antídoto contra alguna rara emosion que ajitó su corazón.

Y Alcides, el triunfador en antiguas lides amorosas, el astuto enamorado, que con ardides tantos, era osado á mirarla finjiendo haber cesado de amarla, mostrándose frío, indiferente, desdeñoso, él era el que reunía el grande incentivo de una conquista, el irresistible atractivo que para los caracteres como el de ella, encierra todo aquello que presenta resistencias, lucha, tempestad, triunfo definitivo...¡Oh! Alcides era el hombre ante quien se rindiera ella, no vencida, sino vencedora.

XVIII.

La casualidad, esa diosa que los antiguos debieron colocar entre las divinidades, que más caprichosa é inexplicablemente influyen, en el destino del hombre; la casualidad llevó un día á la señora de Rubio á casa de una jóven costurera, la cual era á la vez florista, oficios que escasamente alcanzaban á subvenir á las necesidades más apremiantes de su vida.

Josefina, este era su nombre, pertenecía al número de esas desgraciadas familias, que con harta frecuencia, vemos víctimas del cruel destino, que desde las más elevadas cumbres de la fortuna y la aristocracia, vense, por fatal sucesión de acontecimientos, sepultadas en los abismos de la miseria y condenadas á los más rudos trabajos.

Entre los muchos adornos con que sus orgullosos padres, quisieron embellecer su educación, la enseñaron á trabajar flores de papel y de trapo, y á esta habilidad, poco productiva y de dificil èxplotación, recurrió Josefina en su pobreza.

Un dia Blanca, quiso regalar las flores de papel, con que es costumbre decorar las Iglesias, con motivo de alguna de sus grandes festividades.

Josefina era admirable artista para este género de trabajos, y á ella acudió la señora Rubio, en demanda de esta obra.

El aspecto humilde, casi miserable de la casa, en que vivia Josefina, dejóle comprender, que allí moraba la vir-

tud y el trabajo de la mujer, espantosamente mal remunerados y desestimados, en estas nuestras mal organizadas sociedades.

El menaje de la casa, era tan pobre, que á pesar del aseo y esmero que en todos los muebles se veía; Blanca sufrió la ingrata impresión del que penetra á lóbrega y triste mansión.

El aire húmedo y pesado de las habitaciónes bajas y estrechas, respirábase allí; pero cargado con los olores de las vianda, condimentadas en la misma habitación.

Blanca halló en Josefina un nuevo motivo de simpatía: parecíale estar mirando en un espejo tal era el parecido que notó entre ella y la joven florista, pero enflaquecida, pálida y casi demacrada. Josefina era la representación de las privaciones y la pobreza, Blanca la de la fortuna y la vida regalada.

Los infortunios sufridos, y el trabajo mal retribuido, aleccionan el espíritu; pero también envejecen el cuerpo. Sólo el trabajo metodizado y productivo, que siempre está acompañado de la vida cómoda y el bienestar, fortifican el cuerpo y el espíritu.

Josefina, aunque sólo contaba 24 años, diríase ser mujer de 30 años, no sólo por su aspecto reposado, meditabundo y reflexivo; sinó, más aún, por la experiencia adquirida, experiencia de la vida, aprendida en la escuela del infortunio, que tan rudamente alecciona á los que caen bajo su terrible férula.

La señora Alva, abuela de Josefina, y dos niños pequeños, hermanos de esta, vivían todos en familia, sin contar con más recuros que el producto del trabajo de la joven florista.

La señora Alva, decía con suma gracia, que las flores brotaban de las manos de su nieta, como brotan en los campos las flores primaverales.

Cuando Blanca con esa indolencia de la mujer de mundo la dijo:

—He sabido que la jóven nieta de Ud. es modelo de virtudes; ella contestole:

—La gente que trabaja mucho es siempre muy virtuosa.

Y con el gracejo de la antigua limeña y la altivez de la mujer, que á pesar de sus miserias, conserva todo el orgullo de su noble linaje; la señora Alva refirió á Blanca

de qué modo su hija, trabajaba día y noche, y ella apesar de sus achaques, cuidaba de la casa y de los niños.

—Trabajar cuando se ha nacido y se ha crecido en medio de la riqueza, es muy duro..... dijo la señora Alva, enjugando una lágrima que humedecía sus empañadas pupilas.

Todo un cuadro de mútuos sacrificios, de virtudes domésticas, de abnegaciones casi sobrenaturales, se presentó á los ojos de la señora de Rubio, de la disipada y malversadora Blanca Sol.

Después de ajustar el precio y la calidad del trabajo, quedó cerrado el trato. Josefina trabajaría más de dos mil flores con sus correspondientes hojas en el trascurso de tres días.

—Y no teme Ud. faltar á su compromiso.

—No señora, es que yo cuento también con las noches, con no dormir en la noche, hago seis días.

Blanca quedó asombrada, mirando las resignación con que decía estas cosas Josefina. Su habitual curiosidad despertóse, y sin temor de llevar su imprudente palabra hasta la impertinencia, dirigió á la joven mil indagadoras preguntas, y cada vez más conmovida, pensó en tomar á Josefina bajo su protección.

Blanca era sensible y compasiva, y el papel de protectora de la joven florista, halagó su vanidad y también su corazón.

Un mes después de esta primera entrevista, Blanca y Josefina eran dos personas, unidas por el cariño y la gratitud de una parte y el interés y la curiosidad de otra.

La señora Alva y su nieta, vivían ambas alimentando la ardiente esperanza de la reivindicación de su pasada felicidad y antigua fortuna. Conservaban la más arraigada fé, en esa especie de mesianismo de ciertas orgullosas familias, que esperan la fortuna, en otro tiempo poseída, la cual según ellas, Dios, quiso arrebatarles, tan sólo para probar su inquebantable virtud y devolvérselas luego.

Estas ideas fueron para la señora Alva y su nieta consuelo y aliento en medio á los rudos contrastes que atormentaron su vida.

Siete años hacía que Josefina encerrada en el estrecho circuito del hogar, vivía sin impresiónes, sin distracciones

casi sin más afectos qee el de su orgullosa abuela y sus dos pequeños hermanos.

A sostener esta vida austera y rodeada de privaciones, habían contribuido dos poderosos móviles, que en el corazón de la mayor parte de las mujeres, obtienen decisiva influencia: la esperanza y el orgullo, jamás desvanecidos en el corazón de la aristocrática señora Alva.

Josefina iba todos los días á casa de la señora de Rubio, y ocupaba sus horas, ya en costuras y bordados, ya en el trabajo de algunas flores para adornar los salones.

Con su natural sensibilidad, Blanca, habíase compadecido de Josefina, y la dió su decidida protección.

—Desde hoy—habíale dicho—no trabajará U. sino para mí sola, y la abuela de U. recibirá una mesada con la cual podrá llenar las necesidades de los dos hermanos de U.

A esta generosa oferta, Josefina sólo contestó con el silencio: la emoción y el júbilo embargaron su voz; tomó entre las suyas la mano de Blanca, y llevándola á sus labios, dejó caer sobre ella, dos gruesas lágrimas que por sus mejillas rodaban.

Pocos días bastaron para que la pálida y macilenta costurera, recuperara su natural aspecto juvenil, adquiriendo esa expresión de satisfacción y contento que enbellece tanto á la mujer.

En sus contínuas visitas á casa de Blanca, Alcides, había visto muchas veces á Josefina; casual ó intencionalmente, él habíase dado trazas de estudiar y valorizar, cuantos delicados y esquisitos sentimientos, se anidaban en el corazón de la joven florista.

Josefina, también con la inocencia de la virginidad, miraba con amorosos ojos al travieso conquistador de corazones, y esperaba el amor, como el advenimiento de su felicidad.

Un día que Alcides, salía del salón de Blanca, vió lo que ya otras veces había visto; que una puerta se entreabría y unos ojos brillaban, mirándole todo el tiempo que tardaba en bajar la escalera.

Pocos días despues repitióse la misma escena. Esta vez Alcides retrocedió y se dirigió á la puerta.

Alcides era de esos hombres, que aunque enamorados

de una mujer, no pierden la ocasión de cortejar y galantear á otra.

La puerta se cerró al acercarse él.

—Mañana seré más feliz—dijo en voz alta.

Y Josefina que le escuchaba, se estremeció de amor y de esperanza.

Al siguiente día, Alcides se dirigió á la puerta en lugar de ir á la escala.

Esta vez Josefina no tuvo tiempo de cerrarla, y se contentó con hacer un ademán como para ocultarse.

—Josefina, no se oculte U.; no sabe U. que yo solo vengo por verla.

—U. viene porque ama á la señora de Rubio.

—Yo no puedo amar á una señora casada, yo la amo á U.

Josefina rió con esa risa nerviosa de la emoción, y no contestó una palabra.

—Nos veremos aquí todos los días, cuando yo salga del salón.

—No, aquí no.

—Quiere U. que vaya á su casa.

—U. enamora á todas las mujeres.

—Pero sólo amo á una, y esa una es U.—dijo Alcides queriendo tomar la mano de la joven para besarla. Josefina que estaba apoyada en la puerta se retiró precipitadamente.

Alcides besó la puerta en el sitio donde tuvo ella la mano y con suma gracia dijo:

—Hago de cuenta que he besado la mano de U.

Estas escenas, frecuentemente repetidas, exaltaron la ya ardorosa pasión de la joven, que confiada y expansiva se manifestaba con todo el afecto atesorado en su alma, en esa alma no tocada por ninguna innoble pasión ni mezquino interés.

Alcides recibió con alegría estas inocentes manifestaciones de tierno afecto. Tal vez si en el amor de la joven costurera, hallaría un medio de curarse de su amor á Blanca: tal vez si esta alma sinceramente afectuosa, le daría el lenitivo, á sus amarguras y el bálsamo á sus heridas.

Mas que enamorado, Alcides se sentía desesperado: su papel de *amante desgraciado*, que tan malamente creía es

tar desempeñando, causábale risa; pero era la risa del despecho, del encono, al sentirse humillado, lastimado en su vanidad de afortunado conquistador. Y de la risa pasaba á la irritación al enfurecimiento contra sí mismo, al considerarse inhábil, para contrarrestar sus propias pasiones, cuando ellas no podían conducirle á su verdadera felicidad.

Y colérico, desesperado, llevaba trémulo de indignación su mano al revolver, pensando que el hombre que tan miserablemente cede al impulso de inconveniente y descabellada pasión, debe morir desbaratadamente, como mueren los tontos, y la risa más de una vez tornóse en estallido de lágrimas y lágrimas, muy amargas.

Lo trágicamente risible, eso era lo que él veía en esta pasión que á su pesar le dominaba.

Quién había de creerlo, él, Alcides Lescanti, que tan vanidosamente aseguraba estar acostumbrado á domar muchos caballos bravos y muchas mujeres coquetas, era víctima del amor á *una coqueta*. Y—¡amor desgraciado!—decía riendo convulsiva y sarcásticamente.

Pero ¿qué remedio? Diariamente prometíase á sí mismo con inquebrantable propósito no volver más á casa *de ella* más, así que trascurrían algunos días sin verla, sentía el hastío que le poseía y el amargor de profunda contrariedad.

¿Qué podía él hallar en el mundo, que le produjera emociones tan vivas como las que experimentaba cerca de Blanca?

Ya no fingía indiferencia y desdén. ¿Para qué? Para caer tal vez á los pies de ella, más rendido, más apasionado y abatido en su altivez!...Vivía desazonado mortificado, y sus esperanzas de felicidad se dirigían más á librarse de este amor, que como un tormento llevaba en su alma, que á conquistar el corazón de la mujer amada.

Y en esos momentos, él convertía la mirada hacia Josefina, hacia la hermosa costurera de la señora de Rubio, que á más le ofrecía el raro atractivo, de ser por su tipo, la corrección de líneas de su rostro, extraordinariamente parecido á Blanca.

¡Ah! si él pudiera amar á Josefina cuán feliz sería! Cuanta diferencia entre el tierno y abnegado amor de ella, y la irritante coquetería de Blanca.

Y á más, había llegado á la edad en que el hombre debe pensar sériamente en establecer una familia que fuera centro de todos sus afectos y aspiraciones. Y volvía á sus propósitos de buscar en nuevas impresiones, el olvido á su ya obstinada pasión.

Y en tanto que se daba á estas reflexiones, Blanca, estimulaba la pasión de Alcides, con todo el incentivo de la esperanza, y próxima cumplida felicidad, que ella dejábale entrever.

Desde aquel famoso día en que Alcides intentó usar de sus pulsos para alcanzar lo que no alcanzaran sus ruegos, Blanca se precaucionaba de su osadía, escusándose de recibirlo siempre que debía estar sola con él. Para realizar este plan, que fué para la señora de Rubio, como un gran plan de campaña; fuéle forzoso valerse de mil efugios y artimañas, que provocaron la risa de Alcides, dejándole comprender cuán insegura de sí misma estaba su amada.

Sí, cierto, ella no estaba segura de sí misma; ella como Alcides, más que él, sentía, que despues de haber alimentado su alma de vana coquetería é insípidos galanteos, que son al corazón, lo que la luz artificial, á la planta, que necesita para vivir el calor y la luz del Sol; sentía hambre, sed, sed inextingible de amor verdadero, de amor apasionado, y ese sólo él, soló Alcides Lescanti podía inspirárselo.

Si don Serafin, no hubiera sido hombre incapaz de inspirar amor, de fijo que su esposa hubiese principiado á amarlo desde aquella época; pero el futuro Presidente de la República, con todas sus ineptitudes, sus nulidades, y su absoluta carencia de condiciones apropiadas para tan elevado puesto; podía, no obstante, contar con la posibilidad de llegar á la silla presidencial, más bien que al corazón de su esposa.

XIX

Era el doce de Agosto.

Un año había trascurrido desde la noche aquella de la cena, en la cual Alcides, aventuró la famosa apuesta, lanzada en un círculo de amigos íntimos, y que le fué referida

á Blanca por Luciano, dando ocasión á la otra apuesta del rey de espadas.

Este aniversario despertó en ella el deseo de realizar uno de sus extravagantes proyectos, con el cual se prometía en esta vez castigar á Alcides, exhibirlo ante sus amigos en posición ridícula y risible como pretendiente burlado, y quedar ella dominando la situación, terminando así aquella pasión que día por día iba absorviendo su pensamiento y sobreponiéndose á su voluntad.

Repetidas veces Lescanti exijióle citas misteriosas antes de ahora esperando vencer las resistencias de Blanca; pero ella se escusaba siempre con evasivas y argusiosos amaños.

Mas ahora quiso cambiar de táctica. Se mostró rendida; parecia acceder á las exijencias de él, consintió en dejarlo en casa la primera ocasión propicia, y esta sería el día que hubiesen invitados á comer. Entonces aprovecharían los momentos en que los comensales estubiesen fumando y la servidumbre alejada en las piezas interiores.

Aquel día habían llegado á combinar una entrevista, llena de peligros al concepto de Alcides y de encantos al de Blanca. El se retiraría sin tomar el café, so pretesto de obligacines políticas, é iría á ocultarse en el cuarto de vestirse de ella que estaba contiguo al dormitorio. Ella saldría del comedor aprovechándose de la primera oportunidad para ir á buscarlo á él.

Toda aquella combinación era algo rara ,é irregular; pero Alcides hombre afortunado juzgó que no debía dudar de estas amorosas promesas, y consintió apesar de sus desconfianzas en asistír á aquella cita dada por Blanca y por tanto tiempo solicitada por él.

El doce de Agosto, quiso pues ella dar un gran banquete para sus íntimos amigos.

Don Serafin no alcanzaba á explicarse este capricho de su esposa, de preparar invitación de tanto aparato en día ordinario, sin causa conocida; pero esta causa no podía faltarle á una mujer imaginativa y de grandes recursos como Blanca.

A las primeras objeciones ó reparos de don Serafin, a tomando el tono del reproche, habíale dicho:

—¡Calla ingrato! no recuerdas esta fecha.

—¿Es algo que se refiere á tí?

-Sí, precisamente á nuestro amor.

—Es raro que no lo recuerde.

—Es el día que tú por primera vez me dijiste que me amabas.

—¿El doce de Agosto?—y don Serafin coordinó en su memoria fechas y acontecimientos.

—Sí lo recuerdo muy bien y me admira que tú lo hayas olvidado.

Después de permanecer un momento pensativo mordiéndose el extremo de los bigotes y moviendo pausadamente la cabeza, contestó:

—Yo diría que por el mes de Agosto de aquella época yo no te había hablado una palabra de amor.

—¡Cándido! Qué mala memoria tienes: el doce de Agosto, es una fecha que tú y yo debemos celebrar.

¡Cosa más rara! Una fecha feliz que él habia olvidado! Pero qué importaba que no coincidiera con sus recuerdos, si ella la recordaba. Se complació amorosamente, al considerar que Blanca celebraba aniversarios que se referían á él, á sus pasados amores: sintió deseos de arrodillarse ante ella y besarle las plantas.

Qué lástima que su mala memoria la hubiera hecho cambiar la fecha y el mes. Fué el 15 de Mayo, cumple-años de la señora mamá de Blanca; lo recordaba él muy bien. Lo convidaron á comer y se excedió un poco en el vino, á no haber sido asi ¿cuándo hubiera tenido valor para declararle su pasión á la orgullosa señorita Blanca Sol.

¡El 15 de Mayo! Bendito día que él muchas veces había querido celebrar y el temor al ridículo, temor á la risa de ella, que hubiérale dicho:—¡Eh! déjate de aniversarios, después de tantos años de matrimonio, era la causa por qué no se había atrevido á aventurar su proyecto.

¡Qué hacer! Hoy haría él de cuenta que era el 15 de Mayo, y festejaría esta fecha, con tanta mayor alegría, cuanto que los últimos sucesos acaecidos, le llevaban meditabundo y desazonado.

Cuando él menos lo esperaba salía ella con esta novedad de celebrar aniversarios amorosos.

¿Quién diablos entiende á las mujeres?—pensaba don Serafin, y á la *suya* mucho menos.

Todas estas ideas pasaban por la mente de don Serafin, mientras llegaba la hora de la comida.

Alcides Lescanti fué de los primeros en llegar.

¡Siempre él! Pero ¿por qué odiarlo? Si amaba á Blanca-tanto peor para él: ella se reiría de su amor, como se ha, bía reido de tantos otros.

Estuvo contentísimo en la comida: Blanca se manifestó afectuosa. Tomaron ambos una copa, que ella acompañó con un movimiento de cabeza lleno de expresión, que él tradujo así: ¡Por el 15 de Mayo! Estaba hermosísimamente, tenía todos los encantos de la mujer graciosa, y la belleza de una estátua.

Cuán feliz se consideraba al pensar que él, era el dueño de tan codiciado tesoro.

Durante la comida, había reinado la alegria, la franqueza la cordialidad entre los comensales, siendo Blanca el centro y el alma de todos los presentes. En estos casos ella estaba encantadora; los dichos agudos, las sátiras picantes y todo el *esprit* francés, rebullían en su alma, derramándose como ambiente que embriagaba y seducían á cuantos la rodeaban.

Alcides y Blanca se miraron muchas veces con miradas de pasión y de elocuente decir. Quizá si Blanca mejor que sus proyectos de venganza que en ese momento acariciaba en su mente, hubiera preferido un perdón, que la llevara á los brazos de Alcides, del hombre á quien ya verdaderamente amaba.

Antes que se hubieran retirado todos los comensales, Alcides escurriéndose cautelosamente salió del comedor aprovechando de la animación y el contento que reinaba en la mesa.

Eran las diez de la noche

Alcides se acercó á Blanca y con cierto áire misterioso se despidió de ella, como si esto fuera de antemano convenido, ella le estrechó la mano sin dirigirle ninguna observación á su intempestiva retirada.

Desde este momento, Blanca, como si una idea halagadora, le sonriéra en la imaginación, tornóse alegre, chispeante decidora, hasta el punto de fijar la atención de muchos de los presentes.

Hacía cerca de dos horas de la salida de Alcides del omedor; los convidados habían pasado ya al salón de reibo, cuando Faustina apareció dando voces y diciendo: Ladrones! ladrones!

—¡Ladrones!—repitieron á una

—¡Dios mío!—esclamó Blanca—¿Donde están?

—En el dormitorio de la señora he sentido pasos, y creo que hay una partida de ladrones.

Aunque nadie pareció alarmarse con esta novedad poco usada entre nosotros; de entrar ladrones á una casa llena en ese momento de convidados; todos se dirigieron guiados por la señora Rubio al lugar donde dijo Faustina encontrabánse los ladrones.

D. Serafin no estuvo á la altura de su situación: se acorbadó miserablemente. Iba y venía en diversas direcciones y en sus movimentos algo automáticos, dejaba conocer estar poseido de estupendo miedo. ¡Desventurado! su mala estrella le colocaba de contínuo en estas situaciones que trasparentaban la pequeñez de su alma.

Blanca aunque también parecía algo asustada, tuvo tiempo suficiente para dirigirle desdeñosa mirada y en picaresco aparte exclamó:—Este hombre es ridículo hasta en los momentos más difíciles de su vida.

La mujer perdona fácilmente al hombre sus vicios, sus rudezas, hasta sus depravaciones; pero no le perdona jamás su cobardía.

Es que entre la mujer y el hombre, hay algo instintivo, como entre la yedra y el árbol. Cuando el árbol por su debilidad no alcanza ni la gallardía ni el atrevimiento para levantar sus ramas al cielo, la yedra no vá jamás á apoyar en él sus lustrosas y lozanas hojas.

El hombre cobarde le produce á la mujer, el mismo efecto que debe producirle, al hombre delicado y humano, la desalmada y cruel mujer.

Los vicios esencialmente varoniles, como los defectos igualmente femeniles, son los únicos que mútuamente se perdonan ambos.

No debió estar ella muy tranquila, pnes que, con el fin de alejar de allí á su esposo, díjole con angustiado, pero imperioso acento:—Anda inmediatamente á traer á la policía.

Y como si en su medroso espíritu no hubiera aparecido este supremo recurso, salió don Serafin, apresuradamente, y bajando de dos en dos los tramos de la escalera, dirigióse en pos del comisario del barrio.

Cuando ella le vió alejarse respiró con entera libertad y sonrió con picarezca risa.

¡Qué felicidad tener un marido que se asusta de ladrones! A no haber sido así, hubiera él quedado espantado al ver salir á Alcides de tras de un espejo, del espejo de vestir de ella, donde parecía haberse escondido como un amante sorprendido en amorosa cita.

Ella reía y festejaba el lance dejándolos comprender á sus amigos, los que un tanto sorprendidos miraban á Alcides, que aquella escena era resultado de la apuesta del 12 de Agosto y de la resolución de premiar al que ella les presentaba como *enamorado burlado*.

Cuando D. Serafin regresó venía acompañado de gran número de celadores y con el revólver amartillado, muy resuelto á batirse si fuera preciso con toda una legión de de malhechores.

—Nadie.....ni una alma, ni un rastro.

—¿Donde están los ladrones?

Esta pregunta dirigíanse los unos á los otros, sonriendo maliciosamente, cual si adivinaran que aquello no podía tener más significación, que el de un lance burlesco preparado por Blanca Sol.

Cada cual decía algo apropiado á la situación, y como sucede en estos casos, todos por tácito convenio, parecían concertarse para engañar al marido.

Cuando volvieron al salón, los cuchicheos burlescos las confidencias misteriosas, los equívocos de toda suerte se sucedieron como granizada lluvida, quizá sobre el único que en ese momento era inocente: sobre el mal aventurado D. Serafin.

La sociedad que con tanta frecuencia es injusta para juzgar á la mujer, lo es también en un sólo caso para juzgar al hombre, y con este caso se hallaba don Serafin, cargando con las infidelidades de Blanca, como con un sanbenito; y aunque infidelidades supuestas, debían derramar todo el ridículo con que la sociedad *castiga á la víctima*, juzgándola con la ciega injusticia de los juicios humanos.

D. Serafin no quedó del todo tranquilo después de es- inexplicable lance

Recorró á la mancha de sangre, que un día no muy leja- había él descubierto en el alfombrado, y aunque en el mer momento pareció satisfecho con la explicación que esposa le diera; aquel recuerdo habíasele presentado

más de una vez, y la mancha roja, parecíale demasiado grande y demasiado roja, para ser de una palomita herida.

Y D. Serafin, cejijunto y cariacontecido, hacía esta cruel reflexión: Ayer fué una palomiia herida, hoy es una partida de ladrones. ¿Si será algún día....D. Serafin se estremeció y luego dijo: un amante de Blanca?

XX.

¿Qué fué de Alcides en el tiempo trascurrido desde que salió del comedor hasta que se vió sorprendido por sus amigos en el dormitorio de la señora de Rubio?....

¡Ah! si la altiva, la coqueta Blanca, hubiera podido verle mientras ella se lo imaginaba furiosamente enamorado, contando los segundos que ella tardaba en llegar, ó quizá maldiciendo de su negra estrella, que le condenaba á esperar sin ver llegar á la hermosa y amada mujer; si ella hubiese alcanzado á verle; hubiera sin duda exclamado: Por grande que sea la ingratitud de las mujeres, va siempre más allá la perfidia de los hombres!.....

Alcides de convenio con Blanca, salió del comedor para ir á la alcoba. Una cita en la propia alcoba cuando la casa estaba llena de convidados! Esto sólo podía ocurrirsele á ella, y sólo de ella, podía ser aceptado por un hombre como Alcides, que no dejó de recordar que era el doce de Agosto, el día fijado por sus amigos para premiarlo; y á más, Blanca, conocía esta apuesta y era muy capaz de cometer una estupenda locura.

Pero después de todas estas reflexiones, concluyó por alzarse de hombros diciendo: Adelante! Sería ridículo en mí acobardarme! En último caso representaré una escena digna de Foblás.

Y sin más trepidaciones penetró sin obstáculo ninguno en el dormitorio de Blanca, cuya puerta encontró entornada.

Dirigióse á un diván y se recostó tranquilamente.

Ella vendría luego. Un beso y nada más habíale dicho. Por cierto que sería imprudente exigir más. Un beso el doce de Agosto, era prenda de reconciliación, y promesa de futuras felicidades.

¡Cuanto tardaba!.....El más leve ruido le producía estremecimiento.

Esperó quince.....veinte.....cuarenta minutos. ¡La ingrata no llegaba!.....Una hora!.....

Entonces le avino la concepción clara y precisa de su situación.

Blanca pretendía burlarlo dejándolo esperarla en vano! Y al hacer esta exclamación su corazón latió con violencia y frio sudor inundó su frente.

Resolvió esperar un momento más antes de retirarse.

Rememoró su conducta, trajo á cuentas su proceder en su condición de enamorado de la señora de Rubio. No se juzgó digno de este castigo, ella sola, ella había sido la causante de su desesperación y su despecho, que le condujeron hasta el punto de lanzar ese atrevido juramento. Ella no era merecedora del amor constante, apasionado que él le consagrara, renunciando en su favor, y sólo por halagarla, su condición altamente codiciable de *león* de los aristocráticos salones de la sociedad limeña.

Ella, mujer voluble y ligera, que con su conducta había dado márgen á ser conceptuada, más que como coqueta como la mas desleal esposa y liviana mujer; no merecía ser amada sino como se ama á esa clase de mujeres, con el amor de una hora, que pasa así que termina el vals que se ha brilado con ella, respirando su perfume y estrechando su talle.

En este punto de sus reflexiones sintió pasos en la habitación contigua.

Entreabrió la puerta con cuidado y miró con gran ansiedad. ¡Ah! es Blanca! ¡Me esperaba!..Pero no, ese no es su vestido....¡Ah! es Josefina!..¡Oh! Venganzas ó felicidades yo os acepto!.....bien venidae seais!....
¡Josefina tú me salvarás!....—

En lugar de la coqueta, voy á encontrarme con la mujer de corazón, con la verdadera mujer que yo debo de amar. Bendita seas, casualidad!.....

Todas estas exclamaciones hacía él, contemplando á Josefina, y adelantando lentamente. Ella sentada delante de una mesa, con los codos apoyados y el rostro casi oculto entre ambas manos, estaba tan absorta en sus pensamientos, que no sintió el ligero ruido de los pasos de Alcides.

La honrada y modesta costurera de la señora de Rubio, oyendo el chocar de las copas, y la algazara producida por los alegres comensales, meditaba, reflexionando sobre su triste vivir.

Su corazón, largo tiempo adormecido; con ese adorme-

cimiento que trae el trabajo, cuando su incesante afán aniquila la fuerza física y abate la fuerza moral; su corazón, parecía erguirse cual si sus derechos y prerogativas reclamara.

Y por una de esas reacciones del espíritu, ella parangonó su vida pasada á su vida presente, y su condición de ayer á su situación de hoy.

Si hasta entonces había vivido uncida á la máquina de coser y á sus instrucciones de florista, preciso era que llegara el día de la tregua, del descanso, preciso era que pensara en el amor. ¿Acaso la sociedad le ha dejado otra puerta de salida á la mujer?

La vida tal cual la había pasado quedaba allá abajo y las gentes, que como ella, sufrían y trabajaban, se le presentaron como un hormiguero humano.

En la morada de Blanca, alegre y hermosa como la mansión soñada para el placer, se respiraba tan bien; el espíritu se holgaba como si hubiera nacído allí. Cuán distinto de vivir en esos entre-suelos de la calle del Sauce, oscuros, húmedos, donde ella se veía en la necesidad de dormir con sus dos hermanos en la misma habitación.

Mientras la señora de Rubio vivía feliz, rodeada de admiradores, de amantes, y de toda clase de consideraciones, ella trabajaba día y noche, sin alcanzar á darles siquiera lo indispensable, á su anciana abuela y sus pequeños hermanos. Llamábanla virtuosa; y nadie se atrevería á darle un asiento en medio de esa gente feliz que reía y se alegraba, mientras ella sufría y trabajaba. Una costurera! Una artesana! ¿Cuando ha ocupado un lugar entre la gente distinguida?....

Después de un momento de reflexión, como si recordara algo consolador en su situación pensó en su madre-su madre antes de morir, habíale dicho:—Josefina, es virtuosa, la virtud lleva en sí misma la recompensa. Cuando se ha vivido practicando el bien, se arrostra la desgracia con resignación y se llega á la muerte, mirando la mano, de Dios que nos dá su bendición. No le robes tu tiempo al trabajo, ni aun para consagrarlo á oraciones demasiado largas. Trabaja y espera. La recompensa de los buenos se encuentra no sólo en la otra vida, sino también en esta....

En este punto de sus reflexiones volvió la cabeza y vió á Alcides.

Señor, necesita Ud. algo?

Y Josefina, de pié, mirábale pálida y temblorosa.

—Sí, necesito hablar con tigo.

Josefina calló, sintiéndose ofendida por este familiar tratamiento.

—He salido del comedor porque sospechaba que tú estarías aquí.

—Pero pueden notar su ausencia, y no creerían que yo soy inocente.

—No temas, linda mia. Todos hemos apurado sendas copas, y la alegría es atronadora.

En este momento la algazara del comedor parecía aumentarse notablemente.

Alcides se encontraba bajo la influencia del champaña, que como acababa de decir, habíase apurado profusamente.

Estaba mas que nunca hermoso. El color lijeramente sonrosado, los ojos húmedos, brillantes, los labios rojos, y la fina nariz dilatada, dábanle aspecto atrevido y seductor.

Con la voz vibrante y apasionada habló:

—Mira Josefina, mientras tú aquí sola y triste te entregas á tus amargas reflexiones, otros allá, gozan y rien, sin pensar mas que en su alegría.

Josefina, movió con profunda amargura su linda cabeza, cual si se dijera á si misma: cierto, verdad.

—¿Sabes cual es la causa de esto? Es que ellos miran la vida sin cuidarse de saber cual es el bueno ni el mal camino, porque no conocen mas guía que el placer. Quieres pertenecer al número de los felices? ven, yo te guiaré.

Y Alcides se acercó á la joven intentando tomarla por la mano.

—No, yo quiero ser feliz, pero honrada.

—Deja esas pretensiones que son tontas.

—La pobreza sin virtudes es doblemente despreciable —dijo Josefina con dignidad.

—Qué te importa la estimación del mundo si yo te doy mía

—No, los hombres no estiman á las mujeres que ellos ismos han perdido.

—Vaya, que me hablas como un oráculo pesimista.

—Soy joven, pero he sufrido mucho—dijo con tristeza Josefina, como si con estas palabras, quisiera significar cuanta experiencia había adquirido en sus desgracias.

—Esa misma desgracia te dá derecho á buscar tu felicidad, á toda costa, aun avasallando tus preocupaciones.

—¡Ah si supiera Ud. cuán desgraciada soy! Ustedes los que gozan de los bienes de la fortuna, no alcanzan á comprender lo que es la pobreza. No saben lo que es ver una familia amanecer el día, y saber que no hay en la casa, ni un mendrugo de pan, cuando dos niños sienten hambre, y una anciana siente frio. Y no hay más que una de esas cuatro personas que pueda aplacar el hambre de los niños y calmar el frio de la anciana; y esa persona es una mujer, que muchos días se siente sin fuerzas para trabajar, porque el sufrimiento y el trabajo aniquilan y enferman.

Alcides miró enternecido á Josefina, Este atrevido Lovelace, no era insensible á la compasión.

—Pobre Josefiina! y tú te encuentras en esa situación ¿no es verdad?

—Si, yo que sufro y trabajo sin tregua, sin descanso; yo que no tengo derecho á amar, porque el hombre que yo amara, no querria aceptarme por esposa.

Tú mereces ser la esposa de un príncipe, que ponga á tus piés sus tesoros.

Josefina sin atender á la galantería demasiado vulgar de Alcides, continuó diciendo.

Yo no soy más que la pobre costurera de la calle del Sauce, que vive hoy de la caridad de la señora Rubio.

—Pobre Josefina! ¿Quiéres admitir mi protección? Te prometo ser tu protector desinteresadamente.

—Gracias la protección de Ud. sería mal interpretada: no la admito.

—Josefina, se tú mi ángel tutelar, tú puedes regenerarme y comvertirme..... yo seré tu esclavo, sé tú mi reina.

Y Alcides con la delicadeza del caballero besó la mano que le abandonaba, y ella con la sinceridad de la virtud desgraciada, le refirió á Alcides, sus trabajos sus penas, sus angustias, su vida toda.

¡La virtud desgraciada! Hay acaso nada más interesante y conmovedor!.....

En lo mas importante, y más patético de este diálogo, en el que, Josefina refirió á Alcides la triste historia de sus penurias; fueron ambos sorprendidos por un diálogo en el que creyeron reconocer la voz de la señora Rubio.

Como movidos por un resorte Josefina y Alcides, pusiéronse de pié; y se dirigieron hacia el lugar de donde parecía venir la voz.

Prestaron atención, conteniendo ambos hasta la respiración, que en ese momento era irregular y ajitada

Alcides con un movimiento instintivo tomó á Josefina por una mano, ella llevó la otra al pecho, como si quisiera detener los tumultuosos latidos de su corazon.

Con gran asombro oyeron que Blanca le decía á Faustina.

—Ya es hora. Cierra esta puerta para que él no pueda salir por aquí. Grita mucho y finge gran miedo.

—Ya verá U. que bien hago mi papel, el señor Alcides caerá en la trampa.

Lescanti; como hombre de mundo muy corrido en aventuras complicadas y atrevidas, comprendió en el acto el verdadero propósito de las órdenes que acababa de escuchar y mesándose los cabellos con la más profunda indignacion esclamó: —Infame, infame! Esta es una celada que me ha tendido Blanca Sol.

Josefina que al pronto no se dió cuenta de las palabras de Alcides, se imajinó que ella tambien podia ser víctima de este peligroso lance, y trémula y casi llorosa hablaba:

—Estoy perdida ¡Dios mio Dios mio! Que va á ser de mí si me encuentran aquí con el señor Lescanti.

—Nada tema U. le dijo Lescanti estrechándole las manos. Josefina, el golpe va dirijido solo contra mí.

—Pero ¿qué sucede ? ¡Ay Señor! yo no comprendo una sola palabra de todo esto.

Alcides como si hablara consigo mismo continuó, diciendo. Todo lo adivino. Blanca me ha dado una falsa cita en su dormitorio para exhibirme como amante burlado, desempeñando el ridículo papel de ser sorprendido por sus amigos y su marido, ¡Ah! hoy es el 12 de Agosto! ...No importa, yo voy á arrostrar ese ridículo.

Al escuchar estas palabras ella, deteniendo á Alcides le decía:

—No, yo no quiero, yo no puedo, consentir en que lo humillen á U.

Josefina con ese instinto delicado de la mujer que ama, comprendió el peligro que le amenazaba á Alcides, y tembló á la idea de que él arrostrara el ridículo delante de tantas personas y mas aun delante de otra mujer, de la que ella miraba ya cómo su rival. Y arrebatada por tierno y generoso afecto se asió de los brazos de su amante é impidiéndole la salida deciale con ardoroso afecto:

—No, no salga U. Quedese aquí. Poco importa lo que digan de mí. U. sabe que soy inocente y eso me basta.

Lescanti sumamente conmovido sintiendo subírsele la sangre al cerebro, y seducido su corazon por aquella manifestacion de bondad, de ternura y de audacia para sacrificarse por él, la estrechó contra su pecho con efusivo afecto, y bésandole respetuosamente los cabellos, levantó los ojos al cielo, diciendo: Josefina: le juro por la memoria de mi madre, que si llegara á comprometerse la reputación de U. mi nombre, mi honor, mi vida serán responsables de la honra y del porvenir de U. Si antes le he prometido ser su protector, desde este momento le aseguro que U. ocupará un puesto muy alto en mi corazón. La indigna conducta de Blanca al lado del generoso desprendiminuto de U, me prueba que no hay comparacion entre los seres egoistas y pervertidos y los ángeles del cielo.

En este momento Alcides, separándose violentamente de Josefina, que le tenia asido de la mano, salió de la habitacion de esta y pasó á la alcoba de Blanca, donde, como ya queda narrado, fué sorprendido, por los amigos que le prometieron premiarlo como al gran vencedor, al amante de Blanca Sol.

XXI.

Alcides era algo fatalista; y vió la mano de su destino, en ésta feliz entrevista que la casualidad, y sin duda su buena estrella, le presentaban. Y tal fué la fuerza y el dominio de sus convicciones, que sentíase radicalmente curado de esa su malhadada pasión por Blanca.

Despues de esta escena rara en que la señora de Rubio obedeciendo á un plan bien combinado, ó mejor, mal combinado para su honor; llevó à sus amigos para que se

divirtieran sorprendiendo á Alcides en su alcoba; él había salido de la casa indignado y resuelto á no volver jamás; pero muy luego cayó en cuenta que podía saborear el placer de referirle él mismo la entrevista que, cual raya de luz celestial, había llegado hasta él, para embellecer los crueles momentos que ella le deparaba.

Así vendría un rompimiento definitivo, dejándole mayor libertad, y quizá tambien, tranquilidad de ánimo para pensar solo en Josefina; en la virtuosa jóven á quien él quería amar, como un medio de salvarse de aquella esclavitud que há tiempo le mortificaba.

Principiaba á sentir en su corazón, esos momentos de resfrio que preceden á la completa extinción del amor, y resolvió ir donde Blanca, no á pedirle explicaciones, que entre ellos bien pudieran, en vez de llegar al duelo, llegar á la caricia, sino que fué, resuelto á darle cruel lanzada que terminaría por eterna despedida.

Se detuvo á meditar sobre tan atrevida resolución.

¿No perjudicaría con esta resolución á la hermosa costurera que tanto lo amaba? y que tan generosamente habia querido sacrificarle su reputación con tal de salvarlo del lance ridículo, que como un lazo le tendió Blanca? Pensó desistir á este proyecto; pero reflexionó que la salida de Josefina de la casa de la señora Rubio, léjos de perjudicarla, favorecería sus proyectos de protejerla, de amarla, y quizá también de darla su nombre.

Josefina al lado de Blanca, no sería más que la oscura costurera de la señora de Rubio, en tanto que, bajo su protección, él llegaría á darla, si nó su nombre, cuando menos, desahogada condición.

Dirigióse, pues á casa de Blanca, para saboerar el placer de la venganza, hiriéndola en su amor propio, único punto vulnerable donde juzgaba que podría herirla él.

Elijió la hora en que don Serafin, acostumbraba salir de la casa, y las visitas de Blanca, no habían aún principiado á llegar.

Ella le recibió cariñosamente, quiso darle amorosas esusas, pretendió convencerlo que todas sus desgracias rovenian de la torpeza de Faustina: dijole que la salida él del comedor, fué algo intempestiva, y hubiera llado la atención, no solo de sus convidados, sino más aun e su esposo, caso que ella le hubiera seguido después,

como convinieron, se extendió largamente dándole explicaciones para manifestarle que cuando los comensales dejaron la mesa y pasaron á las otras habitaciones, donde acostumbraban fumar, y jugar á las cartas le fué á ella imposible salir.

Alcides se negó repetidas veces á escucharla, y manifestando suma indiferencia y grande serenidad, díjola:

—Yo señora no he venido á pedir explicaciones de extravagancias, que viniendo de U. todas me parecen aceptables.

—Eestá U. muy enojado?

—No, al contrario, he venido á manifestarle cuánto agradecimiento le debo á U.

—Agradecimiento ¿de qué?

—De las dos horas deliciosas que pasé en su alcoba.

—¡Ah! ya comprendo, se entretendría U. en mirar los magníficos cuadros que hay en mi dormitorio.

—No, me ocupé en algo mejor.

—Se pondría U. á registrar mi álbum de recuerdos?

—Nada de eso iguala á la felicidad que he gustado allá.

—No comprendo ¿qué es lo que hizo U?

—Amé como nunca he amado, como sólo se puede amar á la mujer pura y virtuosa.

—¡Quiá! ¿cree U. que puede darme celos?

—No, quiero decirle que entre nosotros no habrá en adelante más que una buena amistad: amo á Josefina, cuyas virtudes sólo anoche en las dos horas que pasé en el dormitorio de U. al lado de ella, he podido valorizar.

—¡Como! Es verdad lo que U. está diciendo.

—¿Por qué lo duda U?

—Pero eso es una infamia inaudita.

—Nunca como la de U., señora y sepa U. que anoche he recibido pruebas de ser Josefina tan noble y generosa, cuanto U. es desleal y pérfida.

Y para no desafiar los arrebatos coléricos de la señora de Rubio, Alcides, con tranquilo ademán y sonrisa desdeñosa, dirigiose, á la puerta de salida, después de una ligera y cortez vénia de despedida.

Blanca, enfurecida al ver que con su intempestiva retirada la privaba de desahogarse hablando, tanto cuanto era capaz de hablar en estas situaciones, dirigióse á él para

apostrofarlo diciéndole:—Es U. un pérfido, un infame, un canalla, un... ¡Dios mío! ¡Ya no me oye!

Descubrir una infamia inaudita y no poder dar pábulo á la indignación, no poder desahogar la cólera, hablando, insultando, riñendo....

Y además ¿quién podía asegurarle, si Alcides no estaba ya verdaderamente enamorado de Josefina? ¡Ah! si tal sucediera, se interpondría entre ellos y reconquistaría el amor de Alcides.

Su mayor indignación era contra Josefina, contra su costurera, y con esa rapidéz de acción con que resolvía todos los actos de su vida, dirigióse donde Josefina para arrojarla de su casa como un animal dañoso. Antes quiso informarse de la verdad por medio de Faustina.

Ella que fué la encargada de salir dando voces, y pidiendo socorro, sabría sin duda lo que hacían en su alcoba.

Faustina informó á la señora de Rubio, aunque con escasos detalles, de la escena entre Josefina y Alcides.

Faustina oyó que hablaban en tono declamatorio; parecía que él rogaba y ella se escusaba: no pudo ver nada, por temor á que los amantes se apercibieran que los escuchaban. Y luego como se trataba de dar una sorpresa y tomarlos por ladrones, no quiso ni respirar, y limitóse á cumplir al pié de la letra, las órdenes recibidas.

Blanca cada vez más furiosa hartó á insultos á Faustina.

—¡Animal! ¡estúpida! parecíale imposible que no hubiera comprendido, que si Alcides hablaba con Josefina, cosa no prevista por ella, no debía haberlos dejado una hora entera, sin dar la voz de alarma, que le fué ordenada muy de antemano.

Y como sucede siempre en esas circunstancias, otra criada, la niñera del último vástago de D. Serafin, declaró muy escandalizada, que ella había presenciado muchas entrevistas de la costurerita, de la señorita Josefina, con el señor Alcides.

—Raro que la señora no los haya visto, si hablan largo y teniendo en el corredor: ella del lado de adentro, y él apoyado en la puerta, que Josefina, abre sólo cuando lo vé llegar.

Con que ella lo amaba! La infame, la pérfida, ya pagará caro sus culpas!....decía llena de impetuoso coraje la

señora de Rubio, dirigiéndose á la habitación en la cual Josefina. ocupada en trabajar un lindo ramo de flores, estaba muy ajena á la tempestad, que en ese momento se desataba sobre su cabeza.

—¿Con qué U. se atreve á dar citas á sus amantes en mi propia casa?

—¡Señora... yo....¡Ah! eso no es cierto!...

—Es U. una muchacha pervertida. Salga U. ahora mismo de mi casa y vaya á morirse de hambre, como lo estuvo antes que yo le diera á U. mi protección.

—¡Señora tenga U. compasión de mi!

—Salga U. sino quiere que la arroje con mis propias manos,—y Blanca airada y furiosa, dirigióse hacia la joven, que aterrada con esa amenazante espresión, púsose de pié y tomó su *manta* de calle.

En los caracteres vehementes las impresiones violentas se manifiestan siempre, por explosiones de cólera y furiosa impaciencia.

Aquel día Blanca dió de cachetes á Fauetina por .... porque sí.

Riñó por distintas causas con el malaventurado don Serafin, que en sus adentros se consolaba, diciendo:—Así es ella. Qué mujer tan rara; ya le pasará!....Y yo que cada día la amo más!

Luciano que vino á visitarla, no salió mejor librado de la animosidad colérica de Blanca. Le dijo que era un *adulón* sin dignidad, que pasaba la vida mendigando invitaciones y engalanándose con los méritos de sus amigos por carecer él de los propios: le dijo que si era buscado y convidado, no era porque miraran sus cualidades personales sino porque en sociedad, se necesita de los hombres pequeños, como en los empedrados de las piedras menudas, para que llenen los huecos.

Luciano que no sabía enojarse con ninguna mujer cuya amistad le era indispensable para su papel de joven á la moda; tomó á broma las injurias de Blanca, y fingiendo risa y festejando los conceptos ofensivos, de la que él llamaba su amiga, apresuróse á despedirse diciendo en un aparte muy expresivo: — Hoy está la señora Blanca, con toda una legión de demonios en el cuerpo.

Sí, cierto, ella sentía una legión de demonios que le devoraban el alma.

¡Los celos! ¡Ella celosa! Y ¿de quién? de Josefina, de la desarrapada costurera que había vivido en un cuchitril donde ella sintió sofocación, nauseas, producidas por el aire viciado de las habitaciones, que son á la vez cocina, dormitorio y comedor.....Oh! esto era horrible!..... Su dignidad y su altivez, sintiéronse hoy más que nunca heridas.

Pero luego llególe la reflexión y después que su indignación y su rabia, desbordadas en torrente de palabras, hallarón el desahogo necesario, serenóse un tanto su ánimo, y por reacción natural del espíritu, dió á su pensamiento más alagüeño rumbo.

Alcides la amaba, estaba furiosamente enamorado de ella. ¿Por qué desesperar? Las entrevistas con Josefina, quizá si no eran más que pasatiempos, recursos de enamorado desgraciado. Ya mandaría ella á llamarlo y estaba segura que él regresaría más rendido, más humilde y más amante que nunca.

Ella, Blanca Sol, se consideraba ridícula, y hasta digna de burla, sintiendo celos....y de Josefina!

¡Vaya! Valía más que se ocupara del vestido que había de llevar el Lunes á la recepción de su amiga, la señora C.

Mientras Blanca hacía estas reflexiones, Josefina, triste y llorosa encaminábase á la casa de su abuela, donde los desvelos y el trabajo serían como antes los compañeros de su vida.

En medio á su aflicción, una idea consoladora acudió á su mente: si la señora Rubio la arrojaba de su casa, era porque veía en ella rival temible y digna de atención.

¡Rival de una gran señora!

Al hacer esta esclamación, sus lágrimas cesaron de correr y su corazón regocijóse dulcemente.

Rival de Blanca Sol! Ella, la oscura costurera de la calle del Sauce!....No debiera estar la señora Rubio muy segura del amor de su amante, cuando así se alarmaba con la presencia de una pobre costurera, y Josefina que al salir expulsada de la casa, columbraba horrorizada, no tanto la miseria que le aguardaba, cuanto el probable olvido de Alcides, sintióse algo más confortada y esperanzada.

En concepto de Josefina, Alcides era el amante de la señora de Rubio.

XXII.

Cuando Josefina llegó á su antiguo domicilio, más triste hoy que antes, salió, como de ordinario á recibirla su abuela, la señora Alva.

—Qué temprano has regresado hoy, querida hijita.

Luego, mirando á Josefina, agregó:—Y estás horriblemente pálida! ¿Te sientes mal? Me parece que hubieras llorado. ¿Te aflije alguna pena?

—No, nada tengo, ninguna pena me aflije.

—Vaya, sería cosa curiosa, que ahora que todos estamos en la casa, contentos como unas pascuas, vinieras tú á ponerte triste. Mira; ven, te voy á enseñar algo que te gustará.

Y la señora Alva, queriendo distraer á Josefina, llevóla para mostrarle algunos objetos, cuyo arreglo la ocupaban días há.

—Mira—dijo—ya tus hermanos tienen cama blanda y abrigada para estos meses de invierno. Desde mañana principiarán á ir al colegio. ¡Qué felicidad! Ya puedo ver que mis nietos reciben educación digna de su elevado nacimiento. Mira, les he comprado estos dos vestidos.... ¿que te parece? y también estos zapatos. Ya no sucedará como el día pasado, que los arrojaron del colegio, no por faltas que cometían, sino por los vestidos demasiado viejos. ¡Oh cuanto debemos agradecerle su protección á la señora de Rubio!

—¡Ah mamá, muy desgraciadas somos!—exclamó Josefina sin poder ocultar su emoción.

—Si, hemos sido muy desgraciadas; pero Dios se ha compadecido al fin de nosotros. Yo, aunque antes parecía estar muy contenta, no lo estaba; no podía estarlo, viéndote á tí, hijita mía, trabajar más de doce horas al día. En la noche, cuando nadie me veía, lloraba mucho; lloraba pensando que tú no resistirías ese trabajo incesante, y que morirías como tu madre.....Y entonces pensaba, qué sería de mí, qué sería de tus dos hermanos, si te perdíamos á tí....ellos son dos criaturas, que no pueden trabajar, yo una anciana, que no sirvo para nada.

En este punto Josefina no pudo resistir más, y lanzán-

dose al cuello de la señora Alva, prorrumpió en amargo llanto.

—¡Madre!.....¡Madre! estamos otra vez solas en el mundo!

Ambas quedaron por un momento estrechamente unidas y llorando. La señora Alva parecía no haber comprendido las palabras de su nieta, y la miraba asombrada.

—¿Qué es lo que quieres decirme? ¿Has perdido acaso la proteción de la Señora Rubio? Ya sabes que para resistir el infortunio, siempre hay fuerzas en mi alma. ¿Habla, qué ha sucedido?

Josefina no podía contestar, los sollozos embargaban su voz.

—Ya lo comprendo: esas grandes señoras creen que los pobres debemos quedar al nivel de los animales domésticos de su casa—observó la señora Alva, con toda la altivez que su sangre y su alcurnia le inspiraban.

—Hoy mismo—dijo Josefina enjugando sus lágrimas—es necesario que vayas donde todas mis parroquianas, y les avises que vuelvo á coser vestidos y á trabajar flores.

—Pero dime ¿qué es lo que ha sucedido?

—Mamá, no me exijas que te revele lo que debo callar; es un secreto.

—Josefina:—dijo con solemne acento la señora Alva—mientras más rudas son las pruebas á las que Dios somete la virtud, mayor es el premio que debemos esperar, Ten valor no desesperes; si hoy la señora Rubio nos retira su protección, mañana la Providencia nos enviará, lo que perdemos con ella, si es que hemos sacrificado bienes materiales á los grandes bienes del alma.

Y la señora Alva, con ese espíritu templado en el infortunio, y alentada por su aristocráticas aspiraciones, recibió tranquila y resignada la cruel noticia, de que su nieta volvería á trabajar sin tregua ni descanso, y la escasez y la pobreza, volverían á morar entre los suyos hoy tan felices.

Llegada la hora de comer, Josefina estuvo muy triste, parecíale impasable el frugal alimento que su abuela le presentaba.

¡Dios mío! Era posible que en tan poco tiempo ella se hubiese acostumbrado á los suculentos potajes de la mesa de la señora Rubio!.....

Dejó los platos sin haber logrado pasar un sólo bocado. Se dirigió á su dormitorio; quería pensar con entera libertad en Alcides.

XXIII.

Blanca Sol había principiado á amar á Alcides, precisamente porque comprendía que él había cesado de amarla. Sin darse ella misma cuenta, él fué adquiriendo grandes méritos é inmensos atractivos, que antes no llamaron su atención, como si el amor hubiera llegado á iluminar la parte más bella del alma de Alcides, aquella parte que sólo podía estimarla hoy que le amaba.

Y luego, para que Alcides se elevara como si vientos amigos le llevaran á las nubes; tenía á su lado, á la vista, el término de comparación, ¡Qué diferencia! Alcides y D. Serafin!

Por primera vez, antojósele hacer la autopsia moral de su esposo Más como la disección se verificaba partiendo del punto de vista de lo bello ó lo simpático, resultó mi D. Serafin, conceptuado por su esposa, sin ninguna buena cualidad moral.

Muchas veces ocurrióle, antes de ahora, calificarlo, contentándose con estas sintéticas palabras: *tiene el alma atravesada*; pero hoy no, hoy no se contentaba con este, que juzgó incompleto calificativo, y fué más allá: y como si su corazón necesitara disculpas, quiso poner en relieve los defectos de su esposo.

Así á medida que decrecía su estimación para *él* crecía su pasión para Alcides; pero con su natural coquetería, había retardado con amaño y sagacidad el día de una declaración que fuera inevitable caída.

Por fin, llegó la violenta despedida de Alcides, y ese fué el día que puede llamarse estallido de la pasión.

Entonces Blanca Sol amó y amó con verdadera pasión; como sólo amara á los veinte años.

Entonces pensó renunciar á la sociedad, al lujo, y vivir vida aislada, modesta, sin más felicidad, sin más alegría que la que él pudiera darle.

Y ¡cosa rara! también á sus hijos, á los hijos de D. Se-

rafin, principió á amarlos con ternura hasta entonces por primera vez sentida.

Y D. Serafin, presenció la escena singular para él, de ver á Blanca, pasar horas enteras, entretenida con las gracias de sus hijos pequeños, prodigándoles caricias y palabras de maternal afecto. Y ¡cosa más rara todavía! dejaba de asistir á tertulias y fiestas, dadas por algunas de sus amigas, prefiriendo quedarse en casa muchas veces sola y triste.

¿Sería que Blanca iba á principiar á ser «*madre de sus hijos y amorosa esposa de él?*» Con esta idea su corazón se henchia de regocijo y esperanza. Pero luego recordó esa maldita cama, separada por todo un girón de piezas, que hasta entonces Blanca se empeñaba en alejar de la suya, y suspiró triste y desconsoladamente.

Si D. Serafin hubiera sido capáz de un tantico más de perspicacia, hubiese observado, que en los bailes y paseos la ausencia de su esposa, coincidía con la ausencia de Alcides, y que ella, dejaba de asistir á fiestas y tertulias, solo por estar bien informada de que no había de encontrarlo á *él* allá.

Qué felicidad es contar con amigos como Luciano: ellos prestan servicios importantísimos, y en caso de necesidad, hasta descienden de su condición de adoradores apasionados, á la de *terceros*. Así Blanca llegó á obtener datos exactos y sabía si Alcides asistiría á tal ó cual invitación, ó frecuentaría esta ó la otra amistad.

Blanca, después de la riña con Luciano, riña á la que él no dió importancia alguna, quiso *hacer las paces*, pensando qne en esa circunstancia, necesitaba más que nunca de su *reporter*.

Luciano, no vió en tal conducta sino uno de los raros caprichos de su amiga, y cumplía con informarla hasta de los menores detalles de la vida de Alcides, no sin dejar de asombrarse al comprender que Blanca, amaba verdaderamente.

Un día D. Serafin decíale á su esposa:

— Parecéme que llevas vida demasiado triste, si tú ¡ieres, iremos esta noche al teatro.

—La compañía que trabaja ahora, es tan mala, que....

—Cierto; pero como tenemos el palco abonado, te disierás allá algo más que en casa.

—Veré á Alcides, pensó Blanca, y convino en asistir por la noche al teatro.

Allí estuvo *él*.

Blanca le contempló amorosamente; hasta llegó á imaginarse, que le sería posible vivir así, completamente dichosa, sin más alegría que verlo aunque fuera á la distancia.

Había, entrado de lleno, totalmente, al amor apasionado y resignado.

Vió con inmenso regocijo, que Alcides, fijó en ella más de una vez sus gemelos de teatro.

—Me ama aún—pensaba con íntima satisfacción.

D. Serafin también estuvo sumamente contento: participaba de la ya rara, alegría de su esposa.

De regreso del teatro, ella se dirigió á su alcoba, él la siguió resueltamente.

Había concebido un atrevido proyecto.

Blanca había estado tan hermosa tan seductora que....

....¡Vaya! ¿pues qué? no era él acaso su marido?....

Blanca estaba contentísima, era preciso aprovechar tan propieia ocasión,

Acababa de ver *Orfeo en los Infiernos* y estas óperas bufas *impresionaban* mucho á D. Serafin.

Blanca se dirigió directamente á su espejo. Quería mirarse para cerciorarse una vez más de que estaba hermosa.

Alcides había fijado muchas veces en ella su mirada. ¡Ah! él volvería á caer pronto á sus piés!.....

Sentíase rejuvenecida, hermoseada.

¡Treinta años! No, ella no tenía treinta años. Solo á los quince se ama así con tanto ardor

No quiso llamar á Faustina; ella sola pensaba desvestirse.

Principió á desatarse el peinado, y sin dejar de mirarse al espejo hablaba con D. Serafin; éste desde el sitio en que estaba, veía la imágen de su esposa reproducida en el espejo.

—No te parece que el *cerquillo* me asienta mejor así enrizado como lo he llevado esta noche.

—Sí, esta noche, has estado muy bien.

Y sin volverse á mirarlo, Blanca, arreglaba y desarreglaba el undoso cabello, que como nube dorada por un rayo de sol, llevaba en la frente, prestando mayor hechizo á su lindo rostro.

—No sé que tienes esta noche; los ojos te brillan como nunca.

—Es que estoy contenta, muy contenta.

—¡Albricias! mumuró don Serafin.

—Cuanto me alegra verte así.

—Sí, estoy contenta, y pienso ir á la primera tertulia á que me conviden. Este traje granate que he tenido esta noche no te parece que me sienta mejor que los otros.

—Sí, has estado muy bien esta noche.

De pronto Blanca se volvió con intenciones de sentarse en el diván á esperar que su esposo se retirara á sus habitaciones, para poderse acostar ella y quedóse pasmada mirando á don Serafin.

Estaba *instalado definitiuamente.*

—¡Qué es eso ¿piensas acaso quedarte aquí?

D. Serafin tuvo tentaciones de decir:

—¡No! Pero.... tuvo que rendirse á la evidencia y dijo. —Sí y con amorosa sonrisa, balbució entre dientes algunas palabras más, que ella no llegó á escuchar.

Blanca sin manifestar enojo por aquel inesperado asalto al lecho nupcial, hizo una mueca llena de gracia y continuó riendo maliciosamente.

Después de haberse despojado de sus joyas y adornos díjole á su esposo:

—Espérame que ya vuelvo luego—y dirijióse á las habitaciones de sus hijos.

—Cada día está más corregida. Vendrá presto. Habrá ido á ver á sus hijos—pensaba don Serafin.

Pero pasaron diez, veinte, cuarenta minutos.

De seguro que esta era una de las estravagancias de Blanca. Qué demonios! No hay como entender á las mujeres! Cuando él se imaginaba que *la suya* estaba más contenta, más satisfecha, salía con alguna novedad capaz de sacar de quicio al mismísimo Job

Se vistió apresuradamente. Llamó: ¡Blanca!..... Blanca.

Donde diablos se habrá ido esta mujer.

Se dirigió á las habitaciones de sus hijos.

— La señora, pasó hace poco para el dormitorio de Ud. —le dijo una de las ayas de sus hijos.

—¿A mi dormitorio? Esto si que sería gracioso!.....

Y era verdad. Blanca estaba en el dormitorio de él con la puerta muy bien cerrada.

D. Serafin sintió ímpetuos coléricos, y estuvo á punto de echar abajo, á viva fuerza, esa puerta, cerrada sólo para él.

Pero dominó su cólera y se volvió decidiéndose á sí mismo: Lo que no ha de ser bien castigado, que sea bien callado.

Y volvió á acostarse en la cama de Blanca, rabioso y desesperado.

Este estado de ánimo no fué parte á impedir, que un momento después, él durmiera profundamente.

Y mientras D. Serafin dormía, Blanca agitada, nerviosa no llegaba á conciliar el sueño.

Y en esas horas de insomnio se entregaba á reflexiones tan sérias y profundas, que nadie diría brotadas en el cerebro de la veleidosa y superficial Blanca Sol.

Su condición de mujer casada, y casada con un hombre al cual hoy menos que nunca, podría amar, presentósele con toda la espantable realidad de su vida.

Pensaba, que el matrimonio sin amor, no era más que la prostitución sancionada por la sociedad: esto cuando no era el ridículo en acción, como era su matrimonio ridículo que para ella era ya tortura constante de su corazón.

¿Qué sucesión de acontecimientos pudo llevarla hasta casarse con D. Serafin?

Y ahora ¿qué remedio? ahora que menos que nunca quería ser esposa de él.

Antes, cuando aun no amaba á ningun hombre, encontraba más fácil, más hacedero tolerar, lo que hoy le era insoportable y repugnante.

Si Alcides la amara como antes, si quisiera consagrarle su vida y su porvenir, ella pensaría en una separación definitiva, llevándose á su lado á sus hijos.

¡Mis hijos! Por primera vez al pronunciar estas palabras sentía arrasarse sus ojos en lágrimas.

¡Ah! ellos solos, podrían obligarla á aceptar el sacrificio de vivir al lado del hombre ridículo, que de más en más, tornábasele antipático.

Por dicha de ambos esposos, la escena aquella del dormitorio no volvieron á recordarla y D. Serafin llevando adelante su principio de que, lo que no ha de ser bien

castigado, debe ser bien callado, manifestóse al día siguiente atinadadamente tranquilo y sereno como si tal hubiese sucedido.

Así ella continuó amando á Alcides y él amándola á ella, resignadamente.

Esta situación de amante olvidada y desdeñada, era la menos apropiada al carácter vehemente y apasionado de Blanca, y un día resolvió hablar con Alcides, segura de reconquistar aquel corazón, que por tan largo tiempo vió á sus piés.

Bajo pretesto cualquiera, el primero que le ocurriera, mandó llamar á Alcides, por medio de una esquelita muy perfumada y muy afectuosa.

El, apesar de sus enérgicos propósitos de olvidar para siempre á Blanca; llevó á sus lábios la esquela, aspiró su maléfico perfume, y besó el papel donde ella había posado su mano.

En ese momento su amor á Josefina del que creía estar tan seguro, se disipó como nube arrastrada por el huracán.

Dos horas después de recibida la esquela, Alcides atuzaba sus largos mostachos, perfumaba su siempre hermosa cabellera, sembrada ya de hilos de plata, y mientras se vestía, pensaba que, en el amor de ciertas mujeres hay maleficio, algo que es más poderoso que la voluntad y más imperioso que la razón.

Bien sabía, que Blanca le llamaba para principiar de nuevo sus escaramuzas llenas de astucia y coquetería, que no harían sino encadenarlo más y más sin esperanza de llegar á la meta de su felicidad.

Conocía el juego siempre falso y mañoso de ella, é iba persuadido de que, más que el amor lo llevaba allá un capricho, ó quizá más bien, la debilidad de su voluntad para resistir á sus seducciones.

Desde la noche que prometió á Josefina, ser su protector y su amigo, Alcides huía de acercarse á Blanca, con el mismo empeño que se huye de la desgracia. Desechaba el recuerdo de Blanca como un mal, y acariciaba imágen de Josefina, como la imágen de la felicidad.

Quería persuadirse á así mismo de que su amor á ésta, un sentimiento que nacía de su corazón, en tanto que pasión á la otra, era un amorio que él debía borrar de recuerdo.

Antes de tomar su sombrero se detuvo á reflexionar sobre su última resolución. Lo que su conciencia, su razón le dictaban, era no volver donde la señora de Rubio. Pero.... sucedió lo de siempre.... Alcides no supo dominarse.

Cuando Blanca le vió llegar, le sonrió cariñosamente y con su voz de sirena y su mirada de hechicera, le tendió la mano, diciéndole.—Estamos de paz ¿no es verdad?

—¿Quién puede estar de guerra con U?

—¡ Vaya ! confiéselo U. pensó darme celos ¿no es cierto?

—¿De qué modo?

—Diciéndome que amaba U. á Josefina.

—Y ¿qué le importa á U. que yo ame á Josefina?

—Cierto, que no debiera importarme, pero....

—Qué, ¿diga U?

—Pero no puedo prescindirlo; tengo celos.

—Celos, ¿U. que no sabe amar?

—El amor llega cuando el amante se escapa.

—Y el amor se va, señora, cuando el amante se cansa.

—Yo creía que el vocabulario amoroso, no conocía la palabra cansancio.

—Sí, la conoce, cuando es el cansancio de la burla y el escarnio.

—Vaya, Alcides, no hablemos de eso.

Y Blanca le tendió la mano, que él se apresuró á estrechar y besar apasionadamente.

Un momento después, siguiendo su costumbre, de veterano de las filas de Cupido, Alcides arrodillado á los pies de Blanca, le juraba con eficacia y fervorosamente que su amor no había disminuido un punto, y que si estuvo aquella noche con Josefina, fué para olvidarse un momento de la ingratitud de ella, la única mujer que él amaba.

Las palabras dichas entre ruido de besos, los besos cortados tan sólo para dar paso al suspiro, que el exceso de respiración les hacía exhalar. Promesas dichas al oído, para que ni el aire al pasar las pudiera sorprender.....

¡Ah! quién había de creer; que aquella mujer tan tierna tan apasionada, era la misma de otros tiempos, la burlona y satírica Blanca Sol!..... Quién había de creer, tampoco, que el corazón de aquel hombre, maldecía en

ese momento su suerte, que de nuevo le encadenaba á los piés de Blanca, y acariciando á ésta, pensaba en Josefina, en la virtuosa joven, cuyo amor le traía la única ventura que él esperaba en lo porvenir: los goces tranquilos de la familia y la dicha serena del amor que le ofrecía, la modesta costurera.

Así, pues, las palabras de Alcides, no fueron como las de ella, expresión de amor y la pasión verdadera: él habló muy bien; pero habló sin convicciones. Frases empenachadas, y románticas, que sonaban á huecas: ampulosidades teatrales, más propias para dichas en un salón de baile, que en diálogo amorosamente íntimo.

Y para que, lo trágicamente ridículo de la vida, tuviera su complemento, quizá necesario, faltaba sólo que el destino del malaventurado don Serafin, trajérale en ese momento, para sorprender la primera escena, verdaderamente amorosa entre su esposa y Alcides.

En lo más apasionado de este diálogo, apareció él, entrando, no por la puerta que daba al corredor, que á esa cuidó Blanca de ponerle picaporte, sino por la puerta que comunicaba con las piezas interiores. D. Serafin penetró en la habitación, distraidamente, sin imaginarse que espectáculo tan estupendo, por su espantable realidad le esperaba.

Ella que le vió, no tan pronto como hubiera sido preciso, para que él no se diera cuenta de lo que pasaba, dió un grito, y arrojó violentamente á Alcides lejos de sí.

D. Serafin, adelantóse á largos pasos trémulo de rabia y con los crispados puños en actitud amenazante.

Alcides algo inmutado, pero tranquilo le esperó de pié.

Blanca, también de pié, estaba menos pálida que Alcides.

—¡Infames! vociferó don Serafin furioso.

—Caballero estoy á las ordenes de U.

—Sí, es necesario que yo lo mate á U.

—Será un duelo á muerte.

—Y á tí tambien, ¡adúltera!—gritó don Serafin levantando las manos para lanzar sobre su esposa este horrible póstrofe.

Blanca, con su habitual serenidad recurrió á su inagotable astucia, y parodiando aquella escena, inventada por Dumas, en la cual, María Antonieta sorprendida por Luis

XVI, en el momento en que su amante estaba postrado á sus piés; ella, como la Reina de Francia dijo:—Pero que significa todo esto? si el señor se ha arrodillado á mis piés, sólo para pedirme la mano de Josefina, de mi pobre protegida.

Alcides, halló la astucia de Blanca como una salida aceptable y dijo:

—Señor Rubio, si cree U. que con esto he ofendido á su esposa, le repito estoy á las órdenes de U.

—Eso es mentira, yo quiero matarlo á U.

—Ahora mismo, si U. gusta.

—Qué haré ¡Dios mío! Mira Rubio te juro que el señor me hablaba de Josefina, y me pedía de rodillas su mano

—Quita de aquí infame!

Y don Serafin rechazó tan violentamente á su esposa que la obligó á retroceder dando traspiés.

—Señor Rubio: entre dos caballeros como nósotros, no hay necesidad de testigos; estoy á sus órdenes.

—Sí, ahora mismo, no necesitamos de testigos para romperle á U. el alma.

Alcides sin dar importancia á la fanfarronesca brabata de don Serafin, salió él primero y bajó las escaleras, mirando con aire risueño el ademán amenazador de don Serafin. Este sin tardar más tiempo que el necesario para tomar su rica caja de pistolas de desafío, que por lo flamante y lustrosas, manifestaban que por primera vez iban á perder su virginal pureza, bajó apresuradamente las escaleras.

Ambos se encontraron en la puerta de calle.

Entre dos hombres que quieren matarse por una mujer, siempre hay uno, que no debía ser sino el matador.

Antes de haber concluido de descender las escaleras, don Serafin alcanzó á escuchar que su esposa lloraba con agudísimos y desconsolados gemidos.

—Tal vez mañana estará viuda—pensó sintiendo aflojársele un tanto los músculos tensivos de su cuerpo.

El coche de Blanca estaba casualmente enganchado. D. Serafin subió cometiendo la distracción de sentarse al lado opuesto de la testera, lo que le valió una observación de su cochero, que muy cortesmente le dijo: Va U. señor de espaldas.

—¡Oh!.....¡Ah!.....Cierto!—y cambió de sitio

Las lágrimas de su esposa enjugáronse más pronto de lo que él pudo imaginarse. Cuando sintió que partían los dos coches, recordó el susto aquel de marras, cuando fué él á llamar á la policía para aprehender á los ladrones, lance risible que sólo pudo acobardar el pusilámine espíritu de su esposo. Después de recordar los detalles de aquella escena con aire de íntima convicción dijo:—El no se batirá!.....

Y mientras ella hacía esta exclamación, él en su carruaje, tirado por un par de briosos *bayos*, se dirigía á la Pampa de Amancaes, órden que don Serafin muy enfáticamente había dado á su cochero.

—Siga U. á ese carruaje—había ordenado á su vez Alcides, subiendo á un coche de alquiler, que acertó á pasar en ese momento.

Y ambos carruajes se dirigieron á la Pampa de Amancaes, que más de una vez ha sido teatro de algunos duelos, y ese día lo sería del de un Ministro de Justicia, del futuro candidato á la presidencia de la República.

En el tiempo que duró el viaje, que no puede ser menos de media hora, don Serafin como hombre prudente y previsor, meditó larga y profundamente.

Pensó que Alcides, era un tirador de primera fuerza, que sin más ni más, iba á clavarle una onza de plomo en el cráneo. Se arrepintió de su ligereza en aceptar este desafío, sin todas las formalidades del caso.

—Y después de todo,—dijo—si este perillán me mata, quién me dice que de aquí no se irá á donde Blanca, y ya sin impedimento ninguno los dos se amarán.....se..... oh!.....no!.....jamás.....!

Luego recordó haber oído la relación de aquellos dos duelos de Alcides, de los cuales, había resultado uno de los contendientes muerto, y este fué *como él* un marido celoso.

En este punto sintió que horrible escalofrío, helaba todos sus miembros,

¡Qué diablos! un hombre no está obligado á dejarse matar por el primer traga-cureñas que quiera ponerlo de blanco de su revólver. De seguro que el que inventó los desafíos no fué un hombre casado y con hijos. Y bien pensado, es la mayor tontería, cuando no se vá con entera seguridad de matar, aceptar estos lances, que tal vez en-

tran en el plan de las felicidades, que con la muerte del marido, ha de realizar el rival.

Y don Serafin en el colmo de su rabiosa desesperación, se mordía los puños y se retorcía de furor.

A su vez, Alcides, también se dió á cavilar, que tal vez iba á morir. Y morir por una coqueta sin corazón, debe ser cosa risible—decía, dando al diablo la hora en que aceptó este desafío. Y si, como era probable, él mataba á ese ridículo marido, que al fin y al cabo, era todo un Ministro de Estado, ¿cuántos sinsabores podían venirle? Y luego, Josefina, ¿qué diría, al saber que se había batido con el esposo de Blanca?

Bajo la influencia de estas sérias reflexiones, llegaron ambos á la hermosa Pampa de Amancaes.

D. Serafin, con su caja de pistolas bajo el brazo, descendió de su coche. Estaba mortalmente pálido, frio sudor humedecía su frente y sus manos trémulas, estrechaban fuertemente la rica caja de sus pistolas.

—Creo que hemos parado en el sitio más apropiado, dijo Alcides bajando del coche.

—Sí—contestó el mísero, pudiendo apenas articular esta sílaba.

Luego abrió la caja y presentando las pistolas, con tembloroso acento:

—No tenemos padrinos que carguen las armas—observó.

—Cada cual cargará la suya.

Las armas se cargaron, las distancias se midieron, las condiciones se ajustaron.

.....¡Dios mío! A don Serafin no le quedaba más que una esperanza; que Blanca mujer fantástica y muy dada á las escenas de efecto y dramáticamente raras, se le presentara y cayendo de rodillas en medio de los dos, implorara el perdón de su falta.

A cada instante, imaginábase sentir el ruido de un coche, que velozmente traía á una mujer, (á la suya) que pálida, despeluznada, sacaba la cabeza por el ventanillo del coche, agitando en la mano un pañuelo blanco, con el que quería decirles:—Esperad, no os mateis!.....

A medida que Alcides veía crecer el terror de don Serafin, mayor empeño manifestaba él en llevar á cabo el

desafío. No obstante, quizá él deseaba menos realizar este lance.

Todo estaba ya listo y solo faltaba, que ambos combatientes tomaran sus respectivos sitios. Un momento más, y la bala de la pistola de Alcides atravesaría el corazón de D. Serafin.

Pero él, acercándose á Alcides, preguntó.

—¿Verdaderamente U. desea casarse con Josefina?

—¿Por qué lo duda U. señor Rubio?

—Me parecía que esto no era verdad.

—A fé de caballero se lo juro á U.

—Entónces ¿por qué nos batimos?

—Porque U. lo desea.

—¡Yo!!!.....

Un momento después, los dos coches regresaban, trayendo á los dos contendientes, aunque no muy amigos, muy satisfechos de verse libres de un grave peligro.

¡Y eran dos hombres!!!.....

¡Ah! si hubieran sido dos leones ó dos gallos, uno de ellos hubiera quedado valientemente dueño del campo.

Aquí se debe decir como Juan Jacobo Rousseau: «El hombre que piensa es un animal degradado.»

XXIV.

Siguiendo la tradicional costumbre de menguados y cobardes, que muy bonitamente terminan sus lances de honor, refocilando el acobardado ánimo con un suculento almuerzo, D. Serafin y Alcides debieron ir al Americano á terminar su desafío; pero no fué así, y aunque en el primer momento diéronse la mano amistosamente, muy luego cada cual se dió á urdir la manera mejor de asir á su rival por el cuello.

Si antes Alcides, fué valeroso y atrevido en los distintos lances de honor, en que debió cruzar el acero con algún ofendido marido, ahora que su amor á Blanca había llegado á ese grado en que la razón principia á argumentar; porque al fin después de furiosa lucha, se siente ella más poderosa que el amor; el sesuno raciocinio, sugiriéle este lema:— Ser valiente ante el marido de la mujer que no

se ama, es ser doblemente cobarde ante la propia conciencia: yo no debo, pues, matar á este desgraciado marido.

De aquí la falta de valor de Alcides, nunca comparable á la cobardía de don Serafin, del señor Ministro de Justicia, Culto y Obras Públicas.

D. Serafin regresaba de este raro desafío, muy meditabundo; pero no muy triste.

¡Cosa más rara! Parecíale que un peso inmenso habíanle quitado de sobre el corazón. Pensaba con íntimo regocijo que Blanca mujer astuta y artificiosa, había de procurar halagarlo, mimarlo, quizá acariciarlo para hacerle olvidar la escena aquella que él vió perfectamente, y que estaba muy léjos de ser una petitoría de la mano de Josefina.

En adelante sus derechos de marido ofendido le darían valor para exigir muchas cosas, que él tanto deseaba y que humildemente le era forzoso callar.

Sí, todo cambiaría en adelante. De víctima iba á pasar á verdugo, de tiranizado á tirano.

Se presentaría siempre muy sério, muy altivo. Y ella de fijo que tendría que ser muy amable, muy cariñosa, muy condescendiente.

¿No era él el ofendido? ¿No era ella la culpable?

Apesar de sus furiosos celos, que tantas amarguras le hicieran apurar, él prefería esta situación de marido ofendido, á la otra de marido desdeñado.

Las tiránicas y caprichosas arbitrariedades de su esposa tiempo há pesaban sobre su amoroso corazón, con insoportable pesadumbre.

En esos momentos, cuando iba á presentarse de nuevo ante Blanca, bajo esta nueva faz, recorrió en su memoria las distintas épocas de su vida.

Su juventud había sido muy triste, casi solitaria y aislada. El fué un joven moral, no por convicción ni por principios, sino porque su padre le decía á todas horas, que debía acostumbrarse á la vida metódica, la única que conserva la salud y asegura la fortuna contra las asechanzas de los que, con el nombre de amigos, no son más que ruines especuladores de los ricos.

Una querida, él no la tuvo jamás. Qué había de poder sostener mujer él hombre que por toda renta, no llega á

contar más, que con aquella peseta, dada para dulces por su avaro padre!.....

Por eso su amor á Blanca fué como estallido de todas sus pasiones y afectos.

La muerte de su padre, que le puso en condiciones de llegar á la posesión de su inmensa fortuna; sólo acaeció cuando él estaba ya encadenado á los piés, de la que debía ser su diosa y también su tirana.

Su padre, que siempre le hablara del matrimonio, como medio de orden y economía, jamás hubiera consentido que él tomara por esposa á la mujer que, en su concepto, era la más derrochadora que existía en Lima.

Después de pasar revista á todos estos acontecimientos, rememeró las deliciosas horas de su pasada vida matrimonial,

Y volviendo la mirada hacia al presente, antojósole que todo podía volver á su primitivo estado.

Por su parte, si Blanca se enmendaba, él estaba llano, á perdonarla esta su primera falta.

Su situación la encontraba de mucho más fácil compostura hoy, que lo que estuvo pocos días antes.

Por lo pronto, esa misma noche con todo el imperio y los derechos de un marido celoso, volvería á la alcoba, de la cual por tanto tiempo estuvo, caprichosamente alejado. ¡Ah! al fin iba á realizar este justísimo anhelo de su amoroso corazón ¡Qué felicidad!.....

Y D. Serafin frotándose las manos, sonrióse con toda la alegría que esta esperanza le trajera.

La verdad es, que después de haber sorprendido á su esposa en medio á esta escena, significativamente amorosa; él estaba más contento, más tranquilo y más esperanzado de volver á ser como antes, dichoso marido.

Lo que indudablemente le convenía, era llevar adelante la ingeniosa invención de Blanca, y dejarle creer, que el no dudaba que Alcides, estaba arrodillado á los piés de ella, sólo para pedirle la mano de Josefina.

Bajo la influencia de estas conciliadoras ideas, llegó á su casa; Blanca, aunque abrigando el humillante convencimiento de que su esposo no se batiría, esperábale ansiosa y agitada.

Pero así que le vió llegar, de una sola mirada, adivinó

lo que pasaba en el corazón de don Serafin, y corriendo hacia él con el rostro iluminado por juvilosa expresión, díjole:

—Gracias á Dios, que te veo llegar sano y salvo!

Blanca estrechó entre sus dos manos las de su esposo. El tuvo necesidad de hacer grande esfuerzo para no abrirle los brazos

Sintió impulsos generosos, hubiera querido poderle decir:—Conozco tu falta, pero te perdono.

¡Ah! si ella hubiese podido ver en ese momento el corazón de su esposo, no se hubiera atrevido á *esteriotiparlo*. diciendo, como dijo en otro tiempo: *Tiene el alma atravezada.*

Y para ocultarle el triste concepto que ella tenía formado de su valor, aventuró tímidamente esta pregunta:

—Y Alcides ¿ha salido herido?

—No, él está como yó, sano y salvo.

—¡Pues qué! ¿no os habéis batido?

—Naturalmente ¿como había yo de ir á matar al novio de Josefina?

—Si, cierto; pero ¿qué te ha dicho él?

—Me ha dado toda clase de explicaciones, que al fin he tenido que convencerme, y suspender el duelo.

—¡Habla! ¿que dice?

—Me ha jurado, que su matrimonio con Josefina se realizaría dentro dos meses.

—¡Imposible! exclamó ella con imprudente angustia.

—¡Como! tú no dices que él te pedía de rodillas la mano de Josefina?

—Sí, es verdad....pero.....

—Pues, si señor, Alcides me ha dado la más cumplida satisfacción, y en prenda de la veracidad de sus palabras, me ha pedido que tú y yo seamos padrinos de su matrimonio con Josefina.

—Y tú ¿qué piensas? Autorizarás con tu presencia un matrimonio que será el escándalo de la sociedad?

—Y ¿por qué no? Josefina es una muchacha bien nacida y virtuosa.

—¡Virtuosa! Pues sabe que la he arrojado de mi casa, porque la he sorprendido en citas con Alcides

—Que tal mosquita muerta; así son estas beatitas.

¿Quién había de creerlo? Muy bien has hecho. Con que en citas ¿eh? Con razón el pícaro de Alcides nos visitaba con tanta frecuencia ¿Y como es que has llegado á tan interesante descubrimiento?

—Aquella noche que Faustina dió de voces diciendo que había ladrones en mi dormitorio; eran ellos que aprovecharon de la oportunidad para estar juntos.

—Ja, ja, ja! qué tales pícaros!....

Y el señor Ministro, que estaba contentísimo, reía con la naturalidad del hombre satisfecho.

Sí, don Serafin estaba contentísimo; acababa de salvar de un desafio lleno de peligros, y luego venía á saber que Alcides, verdaderamente amaba á Josefina.

Y mucho más lo estaría, si adivinara hasta que punto el amor de Alcides para Blanca, había principiado á evaporarse, dejande lugar á la reflexión y al razonamiento. Y cuando un enamorado reflexiona, es porque está desandando el camino del amor: ó lo que es lo mismo, ha cambiado de rumbo, y avanza hacía más halagüeña y seductora senda.

Como si la razón, apoyada por la indignación, por la conveniencia y por la reflexión, hubiera sido el adalid armado que valerosamente combatía contra de la señora de Rubio, y á favor de Josefina; asi día á día fué desapareciendo el amor para la una y arraigándose el naciente amor para la otra.

Blanca Sol iba á ser pues vencida por la oscura costurera de la calle del Sauce!.....

Y Alcides para evitar toda explicación fingió un gran enojo, como resultado del ridículo desafio entre él y don Serafin.

Enojo ¿de qué? De que ella hubiera desafiado las iras de don Serafin, agregando la mentira á trueque de salvarlo á él?

No le había mimado, acariciado, besado, en esos cortos instantes, que precedieron á la desgraciada aparición de su esposo?

Y para colmo de males en las naturalezas como la de Blanca, las desgracias en el amor, sobreexcitan el organismo, y avivan horriblemente la pasión, por lo mismo que el amor propio, es el punto más vulnerable de su corzón.

¿Cómo era posible, que lo que ella había considerado

como gran pasión, como una de esas pasiones, que en ciertos hombres, resisten á todas las pruebas y sobreviven á todas las decepciones, viniera al fin á encontrarse con que no era más que un sueño, un poco de humo evaporado?....¿Cómo era posible que todo no hubiera sido más que un capricho, uno de aquellos caprichos, que á los hombres como Alcides pueden ocurrirles al doblar la esquina de una calle?.....

¡Oh! esto era horrible. Y para venir á parar en tanta indiferencia, la había perseguido, casi acediado tanto tiempo y con afán tanto.

Había acaso esperado verla rendida, amante, apasionada, para vengarse de los desdenes, resignadamente sufridos por él, y cruelmente inferidos por ella!....

Blanca no sabía qué pensar.

Alcides después del día aquel en que salió de la casa para desafiarse con don Serafin, no había vuelto más, ni aun había concurrido á ninguna tertulia de aquellas donde ella iba semanalmente.

En este estado de lucha y sufrimiento, vió la señora de Rubio trascurrir una tras otras las horas de los días y los meses.

Y ella que esperó ver á Alcides llegar furtivamente, en momentos en que *el* no estuviera en casa, para decirle. ¡He salvado! Te amo hoy más que nunca. Cúmpleme tus promesas y seamos eternamente felices!....

¡Dios mío! pero ésto era agregar la burla al desamor.

Si había habido un desafio, tanto mejor. Un amante que se bate con el marido de su amada, adquiere méritos inmensos, incalculables.

Ella no había creido, no creería jamás, que Alcides, se hubiera portado como decía D. Serafin, cobardemente. El sí, el miserable, el debió ser el que temblaría en presencia de Alcides.

Por su parte D. Serafin había vuelto á ser feliz. Qué importaba haber visto á uno de los enamorados, postrado á los piés de Blanca. ¡Bah! Demasiado lo sabía él, que Alcides, era uno de los fanáticos adoradores de ella. Mientras tanto cuantas ventajas había alcanzado en su nueva posición de marido ofendido.

Ya había vuelto á vivir como antes, es decir, ya era el

marido de su mujer. Ya no se le antojaba á Blanca decir que el humo del cigarro la desvelaba.

Con tal que ella no volviera á cometer otra falta semejante, él la perdonaría de todo corazón.

Por el momento, lo que más necesitaba, era desechar toda preocupación ó mortificación que ofuscara su inteligencia ó perturbara su espíritu.

Sus caudales amenazados de próxima quiebra, demandábanle, entera serenidad de ánimo y completa consagración á sus negocios.

Principió por renunciar la cartera de Ministro, que tan honradamente llevara, y en cuyo desempeño, si alguna vez tuvo fragilidades ó cometió faltas, fué sólo por ceder á las influencias, siempre irresistibles de su querida esposa.

Se prometió á sí mismo, no volver á recordar jamás la escena, de Blanca con Alcides, este maldito recuerdo le trastornaba la cabeza y le producía grande perturbación mental.

Observó con regocijo que Blanca, secundaba sus planes de economía y de orden tan necesarios en sus difíciles circunstancias.

Sólo si, le mortificaba el ver que ella, de ordinario tan alegre, tan risueña, tan expansiva, estuviera ahora, de contínuo meditabunda, disgustada, muchas veces colérica y hasta alguna vez parecióle notar en sus ojos, indicios inequívocos de llanto.

¡Llorar Blanca! Esto conceptuábalo él imverosimil. A no ser que llorara presintiendo la bancarrata que les amenazaba, única causa, á su juicio, aceptable para explicarse las lágrimas de su esposa.

Si Alcides hubiera continuado visitándolos, tal vez hubiera llevado sus sospechas al terreno sentimental amoroso.

Pero ¿cómo había de imaginarse, que su esposa llorara por un hombre, al que no había vuelto á ver más hacía ya seis meses; y para mayor abundamiento, sabía con evidencia que era el novio de Josefina?

Porque precisa saber, que esta vez D. Serafin, no desempeñó el papel de ciego y bobalías, que diz que es propio de maridos *desgraciados*. No, él tomó muy sérias medidas.

Un día llamó al mayordomo de servicio, al que entraba con más libertad á los salones de recibo, y poniéndole un billete de cien soles en la mano, díjole: Te pagaré muy bien, sí cada día que yo regrese de la calle, me das por escrito la lista de las personas que han venido á visitar á la señora.

—Pierda cuidado el señor, que en eso, soy yo muy listo,—habíale contestado el criado.

Y en esta lista que le fué entregada puntualmente todos los días, jamás veía el nombre de Alcides.

Respecto á salidas de calle, también obtuvo noticias fidedignas y llegó á informarse, de que esas salidas eran para ir *de visitas* ó *de tiendas*, lugares en los cuales, Blanca, se presentaba con sombrero y en talle, traje poco adecuado, al concepto de D. Serafin, para asistir á citas amorosas.

Blanca se retraía día á día, con inexplicable insistencia de fiestas y saraos. ¿Para qué ir á esos lugares, si ya de antemano sabía que *él* no estaría allá? Hasta para las fiestas de Iglesia, por la que antes manifestara entusiasmo y deferencia, ahora apenas si llamaban su atención.

En esos días, vinierón á solicitarla para la colecta de una pomposa obra piadosa, nada menos que para la reconstrucción del templo de....

Una suscripción con la que ella hubiera dejado pasmadas y confundidas á las demás colectoras; puesto que se trataba de entregar por mensualidades una cantidad que, aunque crecida, ella entre sus numerosos amigos, había de reunirla en un santiamén, de cuatro papirotazos.

Pues así y todo Blanca Sol, rehusó el honrroso puesto de Presidenta, que las señoras reunidas, con tan noble fin, le designaron.

Lo cual dió por resultado, que gran número de las *cursis* que quisierón ser colectoras, tan sólo por pertenecer á la sociedad que ella había de presidir; decepcionadas con este fiasco, dieron al traste con la suscripción y *la obra piadosa abandonada y desesperada* ocultó su rostro entre los escombros de la antigüa derruida iglesia.

Muchas de las que se decían, señoras del gran mundo, juzgando este eclipse como completa decadencia, pretendieron imitarla, esperando elevarse y ocupar el puesto de Blanca en sociedad; pero como ninguna poseía las dotes

físicas é intelectuales, ni el *chic* de ella, no hubieran llegado ni con mucho, á destronarla.

XXV.

Como un medio de dominar la difícil situación, creada por los últimos acontecimientos entre Blanca, don Serafin y Alcides; este último compró todos los créditos y valores, que directa ó indirectamente, pudieran servirle en contra de aquel.

La fortuna de don Serafin, estaba á punto de desaparecer. Sus gastos, tiempo há que superaban en mucho á sus entradas.

Para llenar este *deficit*, recurrió á los préstamos con ruinosos intereses, y estos fueron como el agua, que entrando gota á gota en una nave, concluye por hacerla hundir.

Las escrituras hipotecarias de don Serafin, estaban todas con plazo vencidos; así pues, fácil fué para Alcides, comprar esos créditos, que, mal pagados los intereses, y peor asegurado el pago del capital, le endozaron los documentos, creyendo los acredeores, salir de un deudor casi insolvente.

La fortuna de Alcides apesar de la vida regalada y de los numerosos gastos que la recargaban, no había sufrido el menor desfalco; léjos de esto, distintos y atinados negociados, habían casi duplicado el capital, recibido en herencia, á la muerte de su padre.

Después que Alcides hubo adquirido la transferencia de la mayor parte de los documentos, eligiendo los de fácil cobro, y también los que gravaban las fincas hipotecadas por don Serafin; llevó su atención á otro punto y pensó en Josefina, en la hermosa florista, que debía ser para él, ángel custodio que le resguardara de las irresistibles seducciones de Blanca Sol.

En vano fué que Alcides, esperara por muchos días recibir de Josefina, alguna misiva, anunciándole su salida de la casa de la señora de Rubio y llamándole para presentarlo á su abuela, como á su amigo y protector. La pobre Josefina estaba muy lejos de pensar en buscar á Alcides.

En el estado de miseria en que vivia, su amór propio y su dignidad impusiéronle silencio. Una mujer tan pobre como ella no podía, buscar á un joven como Alcides, sino para entregarle su honor, á cambio de su protección.

Y para colmo de infortunios, en sus apremiantes necesidades, su abuela se vió obligada á llevar á la casa de préstamo, los únicos muebles de la pieza que servía de *salita* de recibo.

La señora Alva, contando con la protección de Blanca, cometió la imprudencia de notificar á las antiguas parroquianas de Josefina, que su nieta no trabajaría ya,sino para la señora Rubio; asi fué que á pesar de haber participado á todas aquellas que volvía á ser la costurera y florista de otro tiempo, nadie acudió á darle trabajo. Necesitaba que trascurriera algun tiempo, y este tiempo sería de insalvables angustias.

Blanca, además, había cometido la grave injusticia de no devolverle los vestidos, ni ninguna prenda de vestir de las que ella dejó al salir de su casa. Los celos la llevaron hasta ese extremo.

Tres meses despnés de haber dejado la casa de Blanca, Josefina, principió á ver que los zapatos estaban ya demasiado usados, y el vestido negro, el de salir á la calle, estaba tambien algo raido.

Como por efecto de economía, fuéles forzoso despedir á la única criada que servía para *compras de la pulpería*, los hermanos de Josefina, dejaron de asistir al colegio para prestar su pequeño continjente de servicios, desempeñando el oficio de *mandaderos*.

Entre los pesares que afligieron el corazón de la señora Alva, ninguno tan hondo, como el de ver á sus nietos «educándose como hijos de sirvientes.» ¡Ah! y nó había remedio! La miseria con sus enflaquecidas manos amenazaba ahogarlos á todos.

Cada día, cada hora, la situación tomaba aspecto más alarmante, y el porvenir presentóseles á cada una de las personas que componían la familia, sombrío y aterrador, cual jamás le vieron en su vida.

Al fin Josefina, resolvió ir á buscar trabajo á casa de una modista de fama: allí trabajando todo el día, ganaba apenas para la subsistencia de sus hermanos y de su abuela.

El orgullo de la señora Alva, sintióse cruelmente lastimado al ver á su nieta, á la hija de un acaudalado hacendado, de *peona* de un taller de costura.

Entre los muchos recursos, que para remediar la angustiosa situación de la familia, pudieron haber aceptado, casi todos tocaban con la insalvable valla de las ideas aristocráticas de la señora Alva.

Ir los niños á una escuela municipal á rolar con la gente del pueblo! ¡oh! nó, imposible. Consentía en que Josefina trabajara flores y vestidos, y esto era ya demasiado, para su orgullo y sus antecedentes de gran señora.

Apesar de su recto criterio, y sus austeras virtudes, no cedía un punto, asi que se trataba de sostener su nombre y su condición, que la colocaban en la *primera clase*.

Aun en medio de esta pobreza, ella esperaba confiada, en Dios que premiaría sus virtudes y le devolvería su perdida fortuna. Cada día que pasaba asombrábase de que ese no fuera el que le anunciara su rehabilitación en la sociedad.—Nó, esto no puede durar así: ¿acaso mi fortuna fué mal adquirida? Dios se acordará de nosotros; esperemos,—decíale á Josefina.

Y ambas, esperaban, si no tranquilas, esperanzadas y resignadas con sus desgracias.

¿Qué era mientras tanto de Alcides? ¿El, el causante de la desgraciada situación de Josefina, y el sólo llamado á prestarle su apoyo y cumplirle el juramento pronunciado la noche aquella, de angustiosa situación para él, y de noble y abnegada resolucion para ella.

Alcides buscaba desesperadamente á la jóven costurera; pero sucedió que había perdido su huella.

Recordaba que Josefina, un día de los muchos que hablaba con él, en el corredor de la casa de la señora de Rubio, habíale dícho:—Ya mi abuela ha dejado las estrechas y húmedas habitaciones de la calle del Sauce, ahora vive en otras, situadas en la calle de.....es una casita más aseada y mejor ventilada.

Desgraciadamente, después que perdió Josefina la protección de Blanca, no pudiendo pagar su nueva y cómoda morada, se vió en la necesidad de ir á ocupar otra en apartada calle más pobre y más triste que la primera.

Alcides preguntó, inquirió sin que persona alguna llegara á darle noticias ciertas de la jóven.

Sucedió, que habiendo en corto tiempo ocupado tres domicilios en distintas calles, los vecinos últimos, ni aún conocían de vista á la jóven costurera.

Seis meses habían ya trascurrido, y Alcides no se decepcionaba en sus pesquisas é indagaciones, para conocer el paradero de Josefina.

Días enteros pasaban los espías asalariados por Alcides, apostándose en la esquina de esta ó la otra calle, donde vivía alguna jóven, que según noticias recibidas, poseía las condiciones físicas, por él designadas,

Alcides no alcanzaba á explicarse, cómo era posible que en Lima no se pudiera conocer el domicilio de una persona que, aunque pobre, era de las que se llaman *decentes*.

Desesperaba ya de descubrir á la hermosa florista, que día á día cautivaba su corazón con el incentivo que para el amor posée, todo lo difícil lo misterioso, lo desconocido; cuando al fin llegó á presentarse feliz oportunidad para realizar sus ansiados descubrimientos; y esta oportunidad no debía ser otra, que una de las famosas procesiones de Lima.

Cada país, cada ciudad, cada pueblo tiene sus costumbres, sus tradiciones, sus preocupaciones, que en el trascurso del tiempo, llegan á imprimirle lo que puede llamarse su fisonomía moral y característica.

Esta fisonomía característica de Lima, hase delineado mejor que en otras de sus raras costumbres, en la de ciertas procesiones que, como la del Señor de los Milagros, es propia sólo de Lima.

Desde que Alcides bucaba á la costurera de la calle del Sauce, no había dejado de asistir á ningún espectáculo ó fiesta en que se congregara gran multitud de gente; atisbando con mayor cuidado, los lugares donde concurren muchachas bonitas y pobres.

La procesión del Señor de los Milagros, es concurridísima por la clase que en Lima está representada por la gente de color: negros, mestizos, indios; pero todos vestidos con esmero, y llevando la flamante levita, comprada expresamente.

Las criadas *de casa grande* y toda la gente *del pelo*, también se presentan emperejiladas ataviadas, con trajes y mantas flamantes, desplegando en este día lujo inusita-

do, que á mengua tendrían no estrenar rico vestido en tal procesión.

Si el extranjero que pisa nuestras playas, hubiera de juzgarnos solamente por la híbrida concurrencia que viera en este día; apuntaría en su cartera algo semejante á esto: «En el Perú por cada cara blanca que se vé, hay diez de color.»

Pero si el tipo de la raza blanca, es escaso, en cambio, parece que las más guapas y lindas jóvenes se dieran cita para ir allá; pero cubriéndose con la tradicional manta peruana; que coquetería de la mujer limeña, en todo tiempo ha sido, ocultar su rostro, dejando, solamente visible lo suficiente para que descubran qus es hermosa y seductora.

Sin saber por qué, vago presentimiento llevó á Alcides á la popular procesión, para buscar allá á su encantadora aunque humilde dama.

Un sabueso husmeando la presa perdida en el bosque, sería apenas comparable á Alcides, buscando á la joven en medio de ese bosque de cabezas humanas, que se apiñan y se agrupan, oscureciendo la atmósfera con el humo del incienso, de las mil sahumadoras, que van delante del andá del Señor de los Milagros.

Jamás acostumbraba Josefina, asistir á ninguna fiesta pública, ni procesión religiosa; fué pues la casualidad, ó como dicen los fatalistas, su destino, que envolviéndola en el torbellino de acompañantes, llevola allá.

Venía ella de entregar algunos trabajos, ansiosa de recibir la paga, que siempre llegaba á la casa, para llenar urjentes necesidades: cuando sin poder evitarlo se dió con la popular procesión, que, después de haber comido y bebido en los Huérfamos venía á la Encarnación; por que es fama que Nuestro Señor, come y bebe en una Iglesia, duerme en la otra, y va al siguiente día á refocilarse con el almuerzo en la vecina parroquia.

Los que conocemos el significado de estos dichos vulgares, sabemos, y el que no lo sepa, de fijo que ha de adivinarlo, qne no es nuestro Señor, el que come bebe y duerme; sino sus acompañantes, que se corroboran y confortan con los apetitosos potajes nacionales, preparados *ad hoc*, entre los que figuran, en primer término, los turrones de miel.

En el momento en que Alcides, observaba con mayor afán, vió que algunas mujeres, se dirigían á un punto como si trataran de socorrer á una persona, dirigióse allá, con natural curiosidad, y divisó que sostenida por pobre mujer del pueblo, estaba una joven, que había caído al suelo, privada de sentido.

Al pronto no pudo verle el rostro; pero alcanzó á ver blanca, delicada mano, que debía pertenecer á distinguida señora.

El corazón le dió un vuelco, cual si alguien hubiérale dicho al oído: esa es la mano de la mujer que amas y buscas.

Atropellando, y arrollando á los que le impedían el paso, llegó á colocarse al lado de la desconocida.

En ese momento otra mujer descubría el rostro de la joven, agitando al aire con su pañuelo y diciendo:—Es el calor de la concurrencia, lo que debe haberla producido este desmayo.

Al mismo tiempo Alcides, profundamente impresionado exclama:—¡Es ella, es ella! ¡Josefina!

Y pasando por entre la multitud, pudo llegar hasta colocarse delante de la joven.

—Es mi hermana, permítanme llevármela, es necesario sacarla de aquí.

Y diciendo y haciendo, Alcides levantó á la joven en sus robustos brazos, como lo haría con una criatura, dirigiéndose luego al primer coche que se presentó por allí.

Una mujer del pueblo mirándole decía:—¡Caramba! por las ganas con que le aprieta, yo diría que no es su hermana sino su *conocía*.

—Así son estos blancos, más pícaros que nosotros, y luego con quebrantarse *pa atrás*, creen que lo tapan todo.

—Jé je .....je ¡que buena cosa! Y adelante del Señor de los Milagros, nosotras le hemos *entregau* á la muchacha *pa* que.....

—Calla hombre, no hableis indecencias.

—Con razón los *comercios*, dicen que deben quitar las *procisiones pa* que no *hayga* lugar á escándalos.

—Si los blancos no vinieran á meterse aquí, nada malo se viera.

—Y se la lleva de veras—dijeron algunos mirando asombrados á Alcides, que con gran dificultad, lograba

abrirse paso por entre la compacta multitud, formada en su mayor parte por zahumadoras, que con lujosos pebeteros, van delante del anda, del Señor de los Milagros.

En ese momento un individuo, vestido con la extraña túnica morada; acercose á este grupo, y con voz pedigüeña y gangosa decía: Para la cera de mi Amo y Señor de los Milagros.

El ruido de algunas monedas, caídas en el platillo respondía á la demanda de éstos, que se dicen devotos del Señor de los Milagros.

XXVI.

Después que Alcides subió al coche, llevando en brazos su preciosa carga, encontróse perplejo, sin saber que determinación tomar.

—Hé aquí un trance difícil é inesperado, decía, mirando á la jóven, que pálida, inerte, con la cabeza reclinada, y la frente cubierta con algunas guedejas de pelo, estaba allí asemejándose más, á una muerta, que á un sér lleno de vida y juventud como era ella.

Llevarse á la propia casa, á una mujer desmayada, es indigno de un caballero: entregarla á manos extrañas y decir que había sido recogida como una desconocida; hubiera sido lo más expedito, pero Alcides no quería ni pensaba abandonar á la que en ese momento, era para él, tesoro de inapreciable valor.

Tiempo hacía que miraba á la modesta costurera como áncora de salvación á la que él quería asirse, como único arbitrio para huír de Blanca, de ella, á quien ya principiaba á temerla, mas que amarla. Josefina que tan noble y generosamente quiso sacrificarse por salvarlo del ridículo que Blanca le deparaba la noche aquella del 12 de Agosto; Josefina la casta doncella que podía brindarle todo el sentimentalismo y la ternura de su vírgen y amante corazón, estaba allí, en su poder, suya era y nadie podría arrebatársela.

Y Alcides contemplaba amorosamente el desmayado cuerpo de la joven.

Mientras hacía todas estas reflexiones, el coche toman

do la dirección opuesta á la que traía la procesión, había doblado para la calle de Belén, y se dirigía á la de Boza donde vivía Alcides.

Hay hechos casuales, que la mano del destino parece combinar con un fin preconcebido.

¡Qué hacer!....No hubo remedio....

Alcides hizo detener el coche, y como en la procesión él mismo llevola en brazos á sus habitaciones.

Un momento después, Josefina, siempre desmayada, estaba recostada en uno de los ricos divanes del salón de recibo, de la casa de Alcides.

Contemplola un momento. El parecido del rostro de Josefina con el de Blanca, avivó el recuerdo de *ella*. Pero ¡ah! cuánta distancia entre la una y la otra! La misma que entre Luzbel y el ángel que huella su cuerpo.

Desechó estas reflexiones. Principiaba á alarmarse por este ya largo sincope. ¡Sería situación tremenda y de graves consecuencias si Josefina estuviese muerta! Se apresuró á aspergear con agua fría su rostro; colocó su mano sobre el pecho de la joven, y observaba atentamente. ¡El corazón latía! Llamóla sacudiéndole el cuerpo.—¡Josefina ¡señorita Josefina!.....

Al fin ella exhaló largo y angustioso suspiro, y recobrando el conocimiento miró asombrada la elegante y lujosa alcoba de Alcides, luego fijando en él sus ojos, abiertos desmesuradamente en señal del asombro que la poseía, exclamó: ¡Dios mío! ¿Qué ha sido de mí? Donde estoy?....

Alcides, con el más sincero y afectuoso tono que le fué dable emplear, díjola: Está usted en mi casa en la casa de un caballero, que sabrá respetar como merece á la señorita Josefina.

Ella intentó con un brusco movimiento, ponerse de pié, pero su cuerpo no obedeció á su voluntad, y volvió á mirar á Alcides, cual si dudara de sus palabras.

—Lo que necesitamos ahora es, que usted recobre sus fuerzas para llevarla luego á su casa. ¿No le parece bien?

—Sí ahora mismo—y Josefina haciendo un nuevo esfuerzo, se incorporó y púsose de pié en actitud de partir.

—Espero señorita Josefina, que me concederá usted un sincero perdón por mi osadía al traerla á mi casa; pero es el caso que yo no conocía la dirección de la casa de usted y ...

—¡Ah! es verdad yo vivo en la calle de....

Josefina, se ruborizó sin atreverse á dar la dirección y las señas de las pobres y humildes habitaciones, que ella con sus dos hermanos y su abuela, ocupaban, en una de las más retiradas calles de Lima.

El tono afectuoso y caballerosamente ingenuo de las palabras de Alcides, devolviéronle su natural confianza y su habitual tranquilidad. Y á más, aquel *usted*, acompañado de la palabra *señorita*, eran pruebas de respeto que debía llevar en consideración.

Josefina tomó de nuevo asiento.

¡Ella en las habitacionnes de Alcides!.... Lo veía y no podía creerlo!

¿Cómo saldría de allí? Qué diría para no alejarse tan presto como su conciencia y su dignidad lo exijian? Por que era la verdad, que ella no pensaba ni deseaba retirarse sin llevar alguna esperanza, que alentara su enamorado corazón.

Encontrose indecisa sin decidirse á aceptar ninguno d los recursos que su mente le sugería.

Manifestarse agradecida, cariñosa, estando sola con él, no le pareció propio ni digno, y á más, pudiera ser peligroso.

Ella nunca se había encontrado sola con un hombre, y menos en sus propias habitaciones, como estaba ahora.

Felizmente el momento de silencio que dió lugar á todas estas reflexiones, no fué largo, y Alcides vino á sacarla de tan embarazosa situación; él se complació en referirle cómo fué que asistió á la procesión impulsado sólo por la esperanza de encontrar á una persona, nó, no era solo una persona era más; era un tesoro que él buscaba hacía largo tiempo. Y luego con sencillez y naturalidad le refirió cómo el corazón le palpitó, cuando en medio al tumulto formado por las zahumadoras, alcanzó á ver una mano blanca y delicada, que él adivinó debía ser la de ella.

En este punto Josefina, exhaló largo y doloroso suspiro.

Recordó que esa mano blanca y delicada de que hablaba Alcides, estaba llena de callosidades, producidas por el uso constante de la tijera y de algunos instrumentos de florista.

—Mucho tiempo hace que me ocupo de usted señorita Josefina.

—¡De mi!!...¿es cierto eso?

—Si; yo la he buscado desesperadamente.

—¡Gracias!—dijo ruborizándose sin atrever á preguntarle para qué podía él buscarla.

Luego Alcides le habló de amistad de amor, de los afectos puros y elevados, que sólo puede inspirar la mujer buena y virtuosa.

Sin alardes de conquistador le hizo la narración de cómo él había formado muchas veces el proyecto de contraer matrimonio, dando siempre con la amarga decepción de hallarse, con alguna joven vana, superficial y sin corazón. Es que había cometido la ligereza de esperar hallar en los aristocráticos salones que él frecuentaba, á la que debía ser su esposa.

Y Alcides riendo se presentaba: ¿Cómo es que he podido olvidar, que hay prendas morales, que sólo pueden hallarse en la mujer modesta y virtuosa?....

Alcides, estuvo atinado y hasta elocuente en estas íntimas confidencias.

—Ahora espero no me sucederá otro tanto; al fin creo haber hallado á la mujer soñada y esperada.

A Josefina le parecía que el corazón quería romperle el pecho, tan violentos y acelerados eran sus latidos.

Y Alcides decía:—A medida que más se conoce el mundo, más se estiman ciertas cualidades morales, y concluimos por convencernos de que nada hay comparable á una mujer buena y virtuosa.

¡Dios mio! ¿Sería verdad lo que estaba oyendo? Élla valía algo, valia mucho, puesto que se sentía buena y virtuosa como decía Alcides.

En ese momento, hubiera apostado y sostenido, que llevaba en la frente una diadema, no material como la de las reinas, sino una diadema de luz, que iluminaba su alma. Sentía vértigo, como cuando se siente uno elevarse repentinamente á inconmensurable altura.

Josefina, concluyó por reirse franca y alegremente de algunas historietas con que Alcides, quiso amenizar esos momentos de íntima comunicación.

—Qué bello pasar toda la vida así, al calor de los más dulces afectos del alma!

Y estas palabras las decía Alcides, no fingiendo la felicidad que no sentía, sino inspirado por aquella situación deliciosamente tranquila y risueña.

Josefina, tambien estuvo locuaz, expansiva, como si se hallara en completa seguridad: hasta llegó á olvidarse que estaba en la habitación de un hombre soltero, y que á más, era su enamorado.

Asi que fué llegada la hora de retirarse, Alcides llevó á Josefina á la habitación contigua, al cuarto de vestirse.

—Venga usted Josefina, se arreglará usted un poco el peinado y se prenderá la manta.

Y ella le siguió resueltamente y ¿por qué nó? Iba escudada por el título que Alcides acababa de darle. *Era una mujer virtuosa* y Josefina sentía humillos vanidosos considerándose persona de punto.

Alcides salió un momento; fué á dar orden que trajeran un carruaje.

Josefina le esperó tranquilamente, y se entretenía en examinar las habitaciones de Alcides.

Cuánto lujo para un hombre solo!.....Aunque estaba acostumbrada á ver el rico mueblaje de la casa de la señora de Rubio, encontró, tanto ó mejor amuebladas las habitacianes de Alcides.

¿Sería posible que ella llegara á vivir algún día con esos cortinajes, con esas alfombras y con todo ese boato?....

Y vivir con Alcides, al lado del hombre amado, en cuya compañía la más oscura choza había de parecerle un palacio! .....Sería posible que ella con sus flores de trapo, con sus ayunos por necesidad, con sus desvelos por trabajar, sufriendo resignadamente sus miserias, sus angustias, su abandono; sería posible que con todo esto se pudiera conquistar la riqueza, el lujo, un palacio, y más que el palacio, el corazón del hombre que ha tiempo ella amaba y le amaba sin esperanza!.....

Pero ¡ah! pensando en estas cosas, había olvidado que era necesario, antes que viniera el señor Lescanti arreglarse el pelo y prenderse su *manta*: esa manta que ni siquiera era de vapor, como la de la gente rica, sino de cachemir, que ella usaba «asi de cualquier modo como la llevan las *beatas*, sin un solo alfiler.»

Josefina se sonrió pensando cuan súbitamente podría ese pobre y raído vestido, trocarse por el elegante y lujoso que llevaría, si por acaso llegaba el día, que ella fuera una gran señora, la señora de Lescanti.

Alcides volvió y miró complacido á Josefina; ella se

arreglaba tranquilamente como si estuviera en su propia alcoba.

—Será preciso, señorita Josefina, cuidar de que no la vean salir de mi casa.

Esta advertencia le produjo el efecto de rudo golpe dado por la realidad.

¡Ah! cierto, había allá, en la calle, un público que no la conocia, que al verla salir de la casa de un hombre soltero, á ella que iba tan pobremente vestida, la tomaría, ó por la sirvienta ó quizá por una mujerzuela, que había ido á vender su honor. ¡Ah! y ella que se imaginaba llevar en ese momento aquella diadema de luz, que deslumbraría á cuantos la mirasen!

—¿Qué haré? ¿será preciso cubrirme con la manta para que no me conozcan?—preguntó con tristeza Josefina.

—No, será mas seguro que salga yo al balcón, y cuando no se vea en toda esta calle una persona conocida, le daré aviso.

Estos detalles la preocuparon. Así se comportaría Alcides con otras, con las que venían donde él, no traídas desmayadas, como había llegado ella, sino traídas por sus propios pies, y llevadas por su propia voluntad.

En casa de Blanca, en los aristocráticos salones de la señora de Rubio, es donde había oído ciertas historias, que le revelaron la posibilidad de muchas cosas, que antes hubiera ella juzgado como inverosímiles y absurdas.

Muchas veces en la época que había vivido al lado de la señora de Rubio, ocurriole comparar sus sentimientos, sus ideas, sus aspiraciones, con los sentimientos, las ideas, y aspiraciones, de Blanca, y aunque siempre estuvo de su parte la nobleza, la rectitud, la abnegación y todo lo que es propio de un espíritu superior; nunca se había atrevido á considerarse superior á una gran señora, á la señora de Rubio; pero hoy sí, hoy que era amada y respetada imaginaba estar á incomensurable altura, más arriba aún que la señora de Rubio.

En este punto llegó Alcides á decirle, salga usted señorita. ahora no hay cuidado.

—Adios, señor Alcides.

—Hasta mañana.

Y ambos diéronse cordial apretón de manos.

Qué poder tienes tú ¡oh virtud! que asi te impones á las conciencias mas despreocupadas!.....

Asi exclamaba Alcides, viendo alejarse á Josefina, á la honrada costurera, que había tenido entre sus brazos, estando él solo en sus propias habitaciones, sin sentir por ella más que cariño, respeto, anhelo de labrar su felicidad.

Y la semejanza del rostro de Josefina, con el de Blanca, era un nuevo incentivo para el amor de Alcides.

Si él fuera á referirles á sus amigos esta escena, entre él y Josefina; habían de juzgarla inverosímil, y más propia de una novela romántica, que de la vida de él, de Alcides Lescanti, que amaba á Josefina con ese amor, mezcla de voluptuosidad y delicadeza, que lo llevaba á estimar en mayor valía, las cualidades físicas y morales de la mujer, con ese refinamiento del hombre, que ha libado el amor hasta sentir el cansancio y tal vez el hastío, quedándole solo, el frio análisis, que le convierte en una especie de catador de lo bueno y muy bueno.

Al día siguiente Alcides, sentía anhelo por ir á casa de Josefina, Temía, que su abuela, la señora Alva, tuviera concimiento del incidente de la víspera, y comprendía, que el hombre que lleva á su propia alcoba á una joven desmayada, puede aparecer como un villano ó un infame, si no se presenta á la casa de ella, á dar cumplida explicación, y Alcides que en asuntos de caballorisidad, creía medir los puntos más altos conocidos, quería que esta explicación fuera muy cumplida.

A la hora que él acostumbraba visitar á las de su clase, á las de su alcurnia, á la hora de las visitas de etiqueta, á las cinco de la tarde, se acicaló y vistió con el mayor esmero, para ir á casa de Josefina, á la calle de Maravillas, esto como si dijera al otro mundo al mundo de los desvalidos.

Qué lejos es necesario ir á buscar á la verdadera virtud—pensaba Alcides, recordando la apartada calle en que vivia la pobre costurera.

Y mientras Alcides, alegremente se preparaba para ir á visitar á Josefina; ella, allá en los dos cuartos que servían de única morada á las cuatro personas que componían su familia; había caído en profunda melancolía.

Cuándo volvería á verle! Hasta mañana le había dicho

él, al despedirse; pero aquello no podía ser más que vana promesa, que no debía cumplirse.

Cómo era posible esperar que fuera él, el señor Lescanti, hasta la calle de Maravillas, buscando unos cuartos, que por más señas, ni siquiera daban á la calle, sino que estaban como escondidos en el interior de una casa derruída y mal parada! Cómo sería dable, que el señor Lescanti llegara hasta allá, atravesando mil callejuelas, y luego el patio de una casa, sucio polvoroso, sin veredas, para llegar á entrar por el callejon, y pasar por un sitio próximo del botadero, donde se sentía malos olores, como que era casa de vecindad....

¡Dios mio! cómo era dable que ardiendo tanto amor en el corazón y bullendo tantas ideas poéticas en la mente se pueda vivir, esperar la felicidad rodeada de lo más prosáico y horrible que presenta la miseria!.....

Josefina contemplando el triste cuadro de su misérrima situación, sentía desfallecimientos y dolor indecibles.

Pero apesar de todas estas reflexiones, ella procuró estar lo mejor que le fué posible. Se vistió con el único vestido elegante que le quedaba; y en el peinado, desplegó todas sus dotes artísticas, de florista y modista del mejor gusto.

En cuanto á la habitación que le servía de salita de recibo, empleó en su arreglo sumo cuidado y diligencia, para presentarla tan limpia y decente cuanto era posibe exigir de los pobres trastos que la ocupaban.

Felizmente habían tocado con una señora muy caritativa, que al saber que los muebles de la salita, estaban en casa del prestamista, les dió el dinero necesario para desempeñarlo, á condición de que entregaran cada domingo un sol.

Sin este bendecido recurso, ella no hubiera contado ni con una silla para convidarle un asiento al señor Lescanti.

Compró un ramillete de flores, con margaritas y juncos que perfumaban deliciosamente la atmósfera. Primero lo colocó en un vaso del comedor, pero luego vió que esto «hacía mal efecto» y cambió de idea; desató el ramillete y lo arregló en un pequeño azafate, á manera de misturero para que así se lucieran todas las flores.

—¡Jesús! hija, hoy estás fantástica y derrochadora lo

menos has gastado veinte centavos en ese ramo de flores.

—Es preciso algún día darle gusto al gusto—decía Josefina casi alegre principiando á acariciar fundadas esperanzas de que Alcides, había de venir á buscarla.

Y Alcides llegó, sí, llegó, y muy categóricamente pidió la mano de la señorita Josefina.

La señora Alva que conocia á Alcides y sabía que él era uno de los más ventajosos partidos que alcanzar pudiera la más distinguida joven de la aristocrática sociedad limeña; estaba á punto de perder el juicio de alegría.

No se cansaba de hablar y comentar tan fausto acontecimiento, no obstante aseguraba que no le causaba á ella novedad, pues bien segura estaba de que, la virtud de su nieta, había de recibir el justo premio, que Dios depara á los buenos.

A pensar de otra suerte, era preciso ser como los ateos, que no creen en premio ni castigo, cuando la justicia de Dios, si tarda no olvida jamás.

Alcides había vuelto al día siguiente á advertirles, que no pensaran en gasto ninguno para el ajuar de la novia.

¡Ah! risible advertencia, que hirió el orgullo de la aristocrática señora Alva.

El señor Lescanti pediría á Paris, un ajuar completo para Josefina, no de otra suerte pensaba obsequiar á la virtuosa costurera, á la que esperaba ver convertida en gran señora.

Tres días después la señora de Alva con sus tres nietos, ocupaban, aseada y elegante casita, perfectamente amueblada. Allí permanecerían en tanto que se corrian las diligencias matrimoniales y se terminaban los preparativos de mudanza de ajuar, en la casa de Alcides.

La señora de Alva, continuó diciendo todos los días con acento profundamente convencido:—Yo siempre esperé que Dios premiara á la virtud modesta, y al trabajo honrado.

XXVII.

La pendiente de la desgracia, es rápida y casi siempre inevitable. Blanca sentía el vértigo que produce el curso de acelerada y violenta caída. En esta situación el espíritu más templado se siente desfallecer y postrarse: las adver-

sidades de la suerte, parecían darse cita para abatir su altivo carácter.

Los acreedores, los escribanos, los agiotistas, entraban y salían á su casa, con el aire insolente, y el tono descomedido, del que no espera ya, sacar en dinero, lo que dá en consideraciones y respetos.

Blanca, sabía que, Alcides, compraba con gran empeño los créditos y las deudas hipotecárias de don Serafin, sin duda para apremiarlo y obligarlo á una inevitable quiebra.

Sabía también, que éste en venganza, propalaba la specie, aunque no muy acreditada, sí muy repetida, de eue, habiendo tenido ambos un duelo, Alcides habíase qortado cobardemente.

Para darle mayor viso de verdad, aseguraba, don Serafin, que Alcides habíale dado cumplida satitfación, jurándole casarse con Josefina, la joven florista protegida de su esposa, y seducida por Alcides, y por cuya causa, había querido batirse, para obligar á su seductor á darle su nombre y reparar su falta.

Los mendigos no gustan tanto alardear de sus imaginarios caudales, como gustan los cobardes alardear de su pretendido valor.

Si don Serafin, no se hubiera manifestado tan cobarde en el duelo aquel de la Pampa de Amancaes, tal vez hubiera guardado secreto de ese malhadado desafio. Pero él, el timorato magistrado, el amoroso marido, el cumplido caballero, cometió la imperdonable falta de ser pueril y mentiroso, en un lance de honor en el que, estaba comprometida la reputación de su esposa y la circunspección de su conducta.

El pobre hombre estaba desesperado.

Principiaba á comprender, cuán fácil es pasar de caballero á villano, de honrado á pícaro, de pundonoroso á desvergonzado; tan fácilmente—decía—como se pasa de rico á pobre.

Había necesitado mentir, tal vez si pronto necesitaría robar, defraudar, estafar, para salvar la ruina que lo amenazaba.

Cada día, cada hora, se le presentaba trayéndole su contingente de reclamos, demandas, apremios.... Y, no solamente él, tambien su esposa, vióse envuelta en este cúmulo de desgracias y descalabros.

Una demanda judicial, fué más que otras, la que vino á llenar de vergüenza y oprobio á la señora de Rubio.

En las contínuas y apremiantes necesidades de Blanca, para satisfacer sus deudas, originadas por su excesivo lujo, recurrió á sus joyas y las envió en varios lotes á una casa de préstamo, recibiendo por ella cinco mil soles.

En estas circunstancias, necesitó asistir á un baile.

Presentarse sin un solo brillante, cuando el mundo entero hablaba de la próxima ruina de su esposo, hubiera sido confirmar estas suposiciones, y tal vez precipitar su caída.

Además, ella para no aflijir á su esposo y complicar más aún su difícil situación, habíale ocultado que sus brillantes estaban todos en casa de un prestamista.

En esta circunstancia presentose este gran baile, al que ella debía asistir, Blanca, pues, no halló otro arbitrio, que dirigirse al actual poseedor de las joyas, y manifestarle sus angustias por haberlas llevado á la casa de préstamo, sin el consentimiento de su esposo.

Luciano, el *reporter* de Blanca, había venido á decirle que, informada la sociedad toda, de la próxima ruina del señor Rubio, suponían con manifiesto regocijo, que ella no asistiría al baile.

—¿Y quiénes son las que tal suposición hacen?

—Sus amigar, ó mejor dicho, sus rivales, aquellas á quienes tanto ha humillado U.

—Pues bien, ya les haré ver que esa es deducción falsa y que yo iré al baile, más lujosa y mejor vestida que nunca.

—Por eso me gustan las mujeres como U.—dijo entusiasmado Luciano, al escuchar el tono arrogante con que Blanca pronunció las anteriores, enérgicas palabras.

Aquel día Blanca fué donde su modista á pedirle el más lujoso y elegante vestido, que jamás hubiera salido de sus manos.

El precio, no importaba cual fuera, ella necesitaba estar esa noche deslumbradora.

Luego resuelta, convulsa, agitada, dirigiose á la calle de .....á casa del prestamista, donde estaban pignoradas sus halajas.

—Sálveme U. se lo ruego; Rubio me mataría si supie-

ra que en vez de pedirle á él, el dinero, que nunca me ha negado, he venido á empeñar mis alhajas.

—Señora lo que U. me pide es imposible.

—Imposible, cuando sólo quiero qne me preste U. las alhajas para unasola noche y al día siguiente se las devuelvo. ¡Oh! Qué desgraciada soy.....

—Yo, señora tengo un socio, á quien debo darle cuenta del dinero invertido, y de las prendas pignoradas, este ha encontrado excesiva la cantidad de cinco mil soles que yo he dado sobre los brillantes de U. y todavía quiere U. que yo se los preste ¡oh! no, señora, no puedo.

—Esa es su última palabra?

—Sí, irrevocable.

Blanca llevando á los ojos su pañuelo de rica batista, prorumpió en amarguísimos sollozos:

¡Dios mio!....Qué va á ser de mi!....Yo voy á volverme loca!....Qué le diré á él....Esto es horrible!....¡oh!

En este punto el prestamista miró fijamente á Blanca.

El llanto de una mujer joven y hermosa, puede ablandar á las piedras y tambien á los agiotistas.

—No se aflija U. señora, aun podemos hacer alguna combinación.

—¿Cual? preguntó ella con imprudente rapidéz, dejándo conoces que en su llanto, había mayor dósis de ficción, que de verdadera angustia.

El agiotista, era un judio inglés de complexión robusta y aire simpático, apesar de sus cincuenta años. Miró á la señora Rubio, con ojos codiciosos, y acercándose á ella, díjole:—Señora, usted puede hacer lo que quiera de un hombre como yo: no necesita usted llorar, sino pedir, ó mejor mandar.

Blanca, sonrió con gracia y coquetería y el sectario de Israel, tomóle la mano y la llevó á sus lábios,

—¡Vaya! qne atrevido es usted—y retiró precipitadamente su m..no.

—¿Se ha enojado usted?

—No me enojo, si usted me presta las alhajas.

—Si usted me las pide así, como esa sonrisa que me enloquece, ne sólo las alhajas, sino también la vida.

—Gracias, las alhajas, sólo por veinticuatro horas.

—¿Volverá usted á traermelas *personalmente* mañana?—y acentuó esta palabra.

Y el flemático hijo de Albion, frotábase las manos de contento con la esperanza de recibir al siguiente día las alhajas, traídas *personalmente* por la señora de Rubio.

—¡Oh! que linda es usted—y mirando con ojos amorosos á Blanca, acercó su silla á la de ella.

—Quiere usted prestarme las alhajas?—preguntó ella enfadada, aunque no resuelta á irse sin realizar su propósito de llevarse los brillantes.

Y el judio inglés, para asegurar no sólo las alhajas que iba á prestar, sino también, la vuelta de la señora Rubio; exijiole firmara un documento en el cual declarara que, llevaba sus propios brillantes, para usarlos aquella noche, obligándose á traerlos al día siguiente, por haber recibido cinco mil soles sobre ellos.

Blanca, después de haber firmado el documento, salió humillada, avergonzada de haber necesitado recurrir á las lágrimas finjidas, aceptando sin contestar con una bofetada, como ella lo hubiera hecho, en otras circunstancia, los galanteos de un prestamista, que además había osado tomarle el brazo y oprimírselo, como si tratara con una mozuela de tres al cuarto.

Para colmo de males, Blanca no pudo devolverle los brillantes. Don Serafin se los había pedido al siguiente día del baile con estas palabras:

—Querida mia, hoy necesito que, para salvar mi crédito, hagas tú un pequeño sacrificio.

Blanca, palideció como si presintiera, aquel nuevo golpe que debía herirla.

—¿Cual?....¿habla qué hay?

Dentro de tres días debo entregar una suma que para mi, debía ser sagrada: es un depósito de menores que, caso de no entregarlo, me traería un juicio criminal y tal vez algo más.

—Y que piensas hacer?

—Yo, ir á la cárcel ó poner en remate los muebles de la casa, que es lo único que nos queda.

—¡Imposible! esa sería la mayor humillación que pudra venirnos.

—Estoy arruinado y no tengo como pagar esa deuda, me quedan más que dos recursos: ó la fuga ó el suicidio ¿habla, que prefieres?

Y don Serafin con los ojos arrasados en lágrimas y la expresión angustiada miraba á su esposa.

—Y ¿qué es lo que yo puedo hacer para salvarte?

—Tus brillantes, serían suficientes para pagar esa deuda,

—¡Imposible! Yo no puedo vender mis brillantes.

Don Serafin, que no esperó recibir esta contestación, palideció y con voz agitada y colérica díjole:

—Tú sola eres la causa de mi ruina, y prefieres verme en la cárcel á desprenderte de lo que te será ya inútil, porque es preciso que sepas que, en adelante, no tendrás no sólo para bailes y gastos superfluos; pero ni aun para los gastos más indispensables de la casa.

—Hace tiempo que vienes repitiéndome la misma cantinela.

—Sí, porque hace mucho tiempo, que vivo ficticiamente, pagando las deudas de unos, con dinero que tomo de otros, á intereses más crecidos.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! sálvame de esta espantosa ruina! Y Blanca cubrióse el rostro con ambas manos.

¡No hubo remedio! Era preciso vender las joyas para pagar esta deuda que, con el requisito de ser depósito de bienes de menores, hubiera dado el resultado de llevar á su esposo, irremisiblemente á la cárcel.

El judío inglés, que con este fiasco se consideró burlado, no sólo en sus esperansas amorozas, sino más aún en la cantidad de dinero entregada por las alhajas; no trepidó en llevar á la señora de Rubio ante los Tribunales de Justicia, acusándola de estafa, y presentándose criminalmente contra ella. Y, convencido de que no debía esperar ni brillantes ni amor, desahogó su rabioso despecho, difamando á la señora Rubio, y relatando con calumniosos detalles la escena en que ella fué á suplicarle, que le prestara sólo para veinticuatro horas, las prendas pignoradas.

XXVIII.

La noche del baile de la señora M., Blanca estaba verdaderamente hermosísima.

En el momento, que, ella de pié, delante de un gran es-

pejo de vestirse, daba la última mirada á su elegante y lujoso tocado; don Serafin quedóse contemplándola un momento, y acercándose á ella, imprimió apasionadamente sus labios, en la mórbida, descubierta espalda de su esposa.

—Cuando te veo así, me figuro que aun somos felices, y olvido los quebrantos de mi fortuna y la pobreza que muy pronto nos acompañará.

—No pienses en eso.

Y ella alejó de su memoria tan importuno recuerdo.

Don Serafin, quedóse por un momento pensando, que la fortuna que se vá, suele llevarse influencias, admiraciones, simpatías, amigos, y todo lo que constituía su elevada posición social. Y esta cruelísima realidad había de herir más que á él á su querida esposa.

Cuando Blanca llegó al salón de baile, un murmullo bastante perceptible, dejose oír en los distintos grupos de señoras y caballeros.

Todos estaban poco ó mucho, algo informados, que el señor Rubio, no llevaba en su gabeta, un solo real que suyo fuera.

Por todos los ámbitos del salón, oíanse estas ó semejantes palabras.

—Hoy viste de gran lujo, y mañana tal vez no tenga un real para la plaza.

—Es natural. El Banco de Lóndres dicen que le ha protestado letras por más de cincuenta mil soles.

Las calaveradas y derroches de esa mujer, hubieran dado fin con la fortuna del mismo Creso.

—Dicen que ella sostenía á varios amantes: es natural que tuviera este fin:

—Justo castigo de la Providencia.

En otro grupo decían:

—¡Pobre hombre aquel!—y señalaban á D. Serafin—víctima de esa mujer sin corazón.

—Cuando él se casó con ella, tenía cuatro millones de soles esto me consta.

—Ella tiene todos los vicios de un hombre corrompido y además, todos los defectos de la mujer mala.

Con esa perspicacia y penetración; propia de su clara inteligencia; Blanca, si no escuchó, adivinó lo que á su alrededor pasaba.

Notó que en el trato de hombres y mujeres, se operaba tal cambio que, á medida que se acentuaba, mayor mortificación traía á su vanidad de mujer y de señora. Los hombres casados y sérios, la miraron con desprecio é indignación, alejándose de ella, como si les causara repugnancia; en cuanto á las mujeres, solteras y casadas, la miraban con extrañeza, y en el aire desdeñoso con que la trataban traducíanse estos conceptos:—Ya tú estas abajo y nosotras arriba; ya tú, Blanca Sol, dejaste de ser la mujer á la moda para pasar á ser la vergüenza de los salones: Qué hay de común entre tú y nosotras? Quita allá, tú no mereces rolar con la gente de alto tono.

Y las que así pretendían despreciar á Blanca, eran las mismas que un día no lejano fueron donde ella á valerse de la amistad y el favor, para llegar á obtener el codiciado destino objeto de las aspiraciones de esa multitud que vive en sociedad, como la *tenía* en el organísmo, chupando los jugos sociales.

Sí, allí entre esas señoras, muchas de ellas afirmaban que en el despacho ministerial de D. Serafin, ó quizá sobre las faldas de Blanca y bajo sus influencias habíanse firnado los despachos del favorecido hermano del no menos favorecido esposo, poseidos todos de lo que entre nostros no es ya empleomania, sino furor, que los lleva á convertirse en perseguidores perpetuos de las personas influyentes.

Sólo los jóvenes solteros, los calaveras que van en pos de fáciles conquistas, rodearon con mayor empeño á la señora de Rubio.

Pero ¡Dios mio! ¡qué cambio! Su lenguaje tenía la familiaridad insultante del que no teme ofender á una gran señora; no era la galantería de otros tiempos, sino la petulancia del que se cree con derecho á decir, con los ojos, ya que no con la boca:— Eres mujer fácil, no debo temer un rechazo.

¡Ella, la altiva, la orgullosa Blanca Sol!

En el primer momento, tuvo la suficiente serenidad para mirar desdeñosamente á esa turba de aduladores, que no ha mucho la aplaudían y admiraban, y que hoy la volvían las espaldas.

¿Y Alcides? Tambien él huía de ella, como de un verdadero mal.

Por primera vez, Blanca se quedó sin bailar la primera cuadrilla; es decir, la cuadrilla oficial, que ella acostumbraba bailar en el puesto de preferencia.

¿Dónde estaban sus amigos? Aquellos que se disputaban el honor de alcanzar, no sólo un baile, sino una sonrisa, una mirada.....

Los amigos de Alcides, en otro tiempo también de Blanca, fueron donde él á participarle, que no pensaban bailar esta noche con ella.

—Haceis mal en decírmelo ó creeis que acaso que voy á hacerle guerra de alfilerazos? decíales él, desaprobando su conducta.

Desde que en el público comprendieron la inevitable ruina de la fortuna de don Serafin; todas las iras sociales como amenazadora tromba, se arremolinaron al rededor de Blanca.

La envidia de las mujeres, la maledicencia de los hombres, las rivalidades y emulaciones de las unas, y las pretenciones rechazadas de los otros, largo tiempo sufridas, estallaron al fin, con explosivo furor.

El aura halagadora de la adulación iba á convertirse en furiosa y destructora tempestad.

Cuando el brillo del oro, ó la grandeza del poder, no subyugan y deslumbran á la Adulación, ella, como Saturno, devora á sus propios hijos.

Blanca, la reina de los salones, la orgullosa y altiva joven, que ayer era admirada, buscada, adulada; quedará hoy oscurecida y anonadada, cual si caido hubiera en un abismo.

Lo que eran excentricidades, caprichos, agudezas, exceso de gracia, de imaginación, turbulencias de una inteligencia fantástica; serán hoy faltas inexcusables, aberraciones de una alma torcida, vicios horribles, apenas perdonables en un hombre y por ningún motivo, disimulables en una señora de alta alcurnia.

Todos estos juicios, todas estas ideas se agitaban al rededor de Blanca, formando como horrible anatema que pesaba sobre su frente.

Y Alcides, que él sólo podría consolarla, de tantas desventuras, también él huía de ella, mirándola con adusto ceño, y pensando sólo en Josefina.

Aquella noche, Blanca aprovechando de estar Alcides

solo y recostado en el alfeizar de una ventana, acercose á él con la intención de hablarle.

Si la hubiese visto venir, se hubiera alejado de ella. Pero Blanca, se le presentó delante, de una manera imprevista, y con aquel aire lleno de gracia y coqueteria, con que ella, en sus mejores tiempos, cautivara á sus numerosos adoradores, díjole:

—Alcides: ¿todavía le duran á usted sus resentimientos?

De pronto él no supo que contestación dar; mas, presto, tomando el tono de esquisita galantería que érale habitual:—Señora—dijo—entre una reina y su vasallo no caben resentimientos posibles.

—Reina destronada, que viene hoy á implorar compasión!.....

Y estas palabras las decía profundamente conmovida, casi llorosa.

—Una mujer como usted, señora, jamás debe darse por vencida.

—A no ser que un hombre como usted sea el vencedor.

—Yo, señora, hace mucho tiempo que he abandonado la arena donde usted esgrime sus armas, saliendo siempre vencedora.

—Sí, lo sé, que usted como todos mis amigos me abandona y huye de mi.

—Siempre he huido de la desgracia, cuando puedo alcanzar la felicidad.

—La felicidad sin el amor es irrealizable. ¿No lo cree ustod así, Alcides?

—Antes creía como usted, ahora creo que la felicidad sin la virtud es imposible.

Blanca vió en estas palabras, cruel alusión dirigida á ella y se mordió los lábios, esforzándose para dominar su emoción.

—Pero ¿cuál es la causa de ese cambio en sus ideas?—y Blanca procuró reir alegremente.

Y Alcides refirióle á Blanca una historia, en la que figuraba un joven, no—dijo—era ya un hombre, que peinaba canas, y por eso, era más grave lo que iba á referirle. Un día ese hombre, amó á una mujer, la amó tanto que, ciego, loco de amor, cifró en ella su felicidad y puso á sus piés su fortuna, su vida, y todo cuanto poseía, sintiendo tan sólo,

ser tan mezquina la ofrenda que podía rendir á las plantas de su amada.

Y cuando él esperó, haber alcanzado la dicha de ver realizarse las falaces promesas, con que alentaba su pasión; ella esa pérfida mujer le tomó como instrumento de sus estravagantes coqueterías; y una noche le llevó á su alcoba, para que fuera el objeto de la risa y el escarnio de sus amigos. Por fortuna aquella noche, conoció de cerca á una joven; ella le salvó del suicidio, cuando él desesperado, miraba la muerte como la única salida por donde pudiera huir de la influencia malefica de ella, de esa, mujer sin corazón, que pretendía herirlo con la arma terrible del ridículo, que si no mata el cuerpo, mata irremisiblemente el alma; pero no fué así y queriendo hacerle el mayor mal, le procuró el bien mas apreciado de la vida, el que puede ser fuente de inagotables alegrías, y este fué, el de conocer y tratar íntimamente á una mujer buena y amante, que le había ofrecido su corazón, como refugio contra las coqueterías de ella, revelándole al mismo tiempo su amor puro y desinteresado.

Y Alcides fué hasta preguntarle á Blanca.—Y dígame usted señora, no cree usted que él, sólo dándole su nombre, y labrando la felicidad de esa joven le retornará lo que le debe, lo que es justo tributo por el bien recibido?...

Blanca guardó silencio: pálida y temblorosa, se respaldó en un sillón, como si temiera caer. Después de un momento, con breve y agitado acento preguntó:

—Ama usted á Josefina ¿no es verdad?

Si, la amo y muy pronto será mi esposa.

Aquella noche, Blanca, salió del baile llorosa, humillada, abatida en su altivez, y amando más que nunca á Alcides.

El amor puro, desinteresado, noble, lleno de mútuas abnegaciones y recíprocos sacrificios, deja en la memoria un reguero de gratos y queridos recuerdos, que son como un reguero de estrellas, que alumbran la existencia, aun después que las sombras de los años derraman su triste lobreguez. No así el amor lleno de luchas, de sinsabores, de falsías y perfidias que vierten su amargor sobre todos los recuerdos que evoca la memoria, y cuando la pasión se calma y el ánimo se serena, sobreviene la indiferiencia y muchas veces el odio: odio implacable para aquel ser

ingrato que envenenó, que acibaró, el sentimiento más dulce y más bello que existe en el alma.

Así, Alcides había principiado á odiar á Blanca, después de haberla amado largo tiempo con verdadera pasión.

¿Qué importaba que él comprendiera que al fin Blanca correspondía á su amor? Su corazón, fatigado de luchas, y decepciones, sólo apetecía los afectos tranquilos, apacibles, que curan las heridas del alma, y aseguran la dicha del porvenir; y esos afectos, Josefina, sólo ella, podría ofrecérselos.

Y así, de una á otra reflexión, y de una á otra deducción, llegó hasta ver la mano de la Providencia que lo designaba á él, como el castigador de las culpas de la coqueta y malversadora Blanca Sol.

Y juzgándose elejido para tan altos fines, aceptó el erroneo concepto de los que se imaginan que Dios ha menester de un hombre para castigar á otro hombre, á semejanza de ciertos enamorados, que necesitan de una mujer para seducir á otra.

El castigaría, pues, á Blanca, la castigaría no en venganza ni en desagravio de los desdenes sufridos; sino como medio de corrección, como medio de quitar de la sociedad la piedra de toque del escándalo.

Blanca en la pobreza se vería obligada á cuidar de sus hijos, y consagraría sus horas al trabajo y á las atenciones domésticas.

No era el odio, no, lo que le llevaría á precipitar la ruina de don Serafin.

Y en el último caso, traida por él, ó por otro, la bancarrota de la casa, mucho tiempo hacía que él la veía inevitable.

Y tan inevitable fué, que las joyas que ella quiso llevar al baile pretendiendo ocultar asi la ruina de su fortuna, dieron márjen á los acreedores para presentarse en demanda de esos brillantes con los que esperaban saldar en parte sus cuentas.

Ya hemos visto que antes que los acreedores D. Serafin, pidió los brillantes para poder devolver un depósito de bienes de menores.

XXIX.

Ocho días despues Don Serafin, azorado y balbuciente, acercóse á su esposa, y estrechándola en sus brazos, con extrema desesperación:

—Ya no hay remedio!—exclamaba—estamos arruinados!.....Todas mis entradas estan embargadas..... mañana no contaremos con un real seguro.....¡Oh! mis hijos!.....tú.....en la miseria.....que va á ser de mi!.....Yo no resisto este golpe.....Dios mio!.....

Ella aterrada, mirábale sin poder proferir una sola palabra.

Don Serafin sollozaba, y hablaba al mismo tiempo y, tomando á Blanca por una mano, llevóla á su escritorio para mostrarle sus libros de cuentas.

No había duda: todas sus propiedades estaban hipotecadas, y los intereses no pagados, habían agrandado las deudas, hasta el punto de sobrepasar al valor de la propiedad hipotecada.

Alcides era el acreedor más temible, por lo mismo que representaba la mayor cuantía de sus deudas: él era el que había trabado embargo y pedido judicialmente el remate de las fincas gravadas con hipotecas: él era dueño de la mayor parte de los créditos de don Serafin.

Blanca no podía darse cuenta, cómo era que Alcides de quien referian tantos actos de generoso desprendimiento y caballeroso comportamiento, fuera para ellos tan ruin y cruel acredor.

Entonces recordó las inepcias propaladas por D. Serafin, presentándo á Alcides como infame seductor de su costurera, y Blanca comprendió que Alcides realizaba una venganza, algo cobarde á su juicio; pero al fin, como venganza encontrola justificable.

Ella no podía imajinarse, que Alcides más que castigar á D. Serafin, proponíase correjirla á ella, quitándole la fortuna como medio de convertir á la gran coqueta, y gran señora en buena y honrada madre de familia.

Blanca volvióse á su alcoba; necesitada estar sola.

¡Cuántas reflexiones á cual más dolorosas y aflictivas, acudieron entonces á la mente de la señora de Rubio!

¡Dios mio! Ella pobre como Josefina, más quizá que ella; y con seis hijos!

Seis hijos, que si hoy apenas le ocupaban algunos instantes, robados á sus compromisos sociales, mañana, cuando no tuviera dinero para pagar nodrizas, ayas y sirvientas, había de verse ella obligada á servirlos, á cuidarlos y á amamantarlos..... Ella, que tanto se fastidiaba y tan cruelmente se aburría desempeñando los quehaceres domésticos, para los que sólo deben haber nacido mujeres vulgares y de mísera condición.

¡Seis hijos y en la miseria! ¡Oh! esto era más espantoso que todo lo que ella había visto hasta entonces.

Haber gastado, derrochado, lucido, haberse encumbrado hasta la altura que produce vértigo, para luego caer; y caer, no donde antes estuvo, no en su antigua posición social, cuando tenía acreedores que no la apremiaban y amigos que la servían; sino á las profundidades de un abismo, del abismo de la miseria.

¡Qué diferencia! Ayer todavía era ella la reina de los salones; ayer disponía de influencia, gozaba de consideraciones, contaba con amigos, y poseía toda lo que en sociedad vale tanto como el oro, más aún que el oro.

¡Qué diferencia! Ayer todavía podía coquetear, reirse, burlarse de los tontos *y costeársela* con los inocentes, con los mentecatos, como Luciano, que ¡sandios! imagínanse posible y hasta fácil el conquistar el corazón de una mujer y una mujer como ella.

¿Quién era el causante de todo este brusco y horrible cambio? ¿Quién? Mi marido pensó Blanca; pero luego con esa lógica clara de su raciocinio, desvió de allí su pensamiento, y juzgó con mejor criterio su situación.

No, no era su esposo el causante de su caida y de su próximo eclipce social: en opinión de Blanca era la sociedad, esa sociedad estúpida que rinde homenaje sólo al dinero.

¿En qué había cambiado ella? No era ahora la misma de ayer, la misma de cuando todos creían que los dos millones de soles de su esposo, habíanse duplicado y juzgaban que, resguardada por cuatro millones, nadie se atrevería á herirla?....

¡Miserables! En el último baile, mirábanla con miradas despreciativas; parecía que se holgaban de no llevar ya sobre la conciencia, el peso de cuatro millones, que continuamente los obligaba á la admiración y á la servil adulación.

Ellos, á los que tanto había ella despreciado, se atrevían á despreciarla!

Pensó no volver jamás al seno de esa sociedad; pero allí estaba él; allí estaba Alcides, el hombre que ella amaba, el que era causa de sus penas, de sus contrariedades y hasta de sus lágrimas. Sólo por verlo á él, por hablarle una vez más, aceptaría el sacrificio de asistir á bailes y fiestas que ya la cansaban.

Luciano, vino á visitar á su amiga Blanca Sol.

Desde el primer momento comprendió ella, que Luciano era portador de alguna noticia de bulto, como si se dijera un notición.

—¿Qué hay de nuevo? ¿qué dice el mundo?

—Malas nuevas traigo hoy.

—Hable usted ya adivino lo que es.

—Alcides Lescanti se casa con la costurera de usted.

—Pensará abrir un taller de costura.

—Lo cierto y positivo es que se casa con Josefina.

—No sea usted crédulo, lo que Alcides se propone, es cazarla, no casarse.

—Mucho me temo que usted se equivoque por esta vez.

Y Luciano refirió con pelos y señas todos los datos que él tenía en tan importante asunto.

Blanca conceptuaba como absurdo estupendo, como negación de todas las leyes sociales, el matrimonio de Alcides con Josefina.

Sería posible que él pudiera amarla hasta el punto de darle su nombre. No, imposible!.....Y Josefina, la florista que ganaba tres reales trabajando día y noche, pasaría á ser la señora de Lescanti, dueño de una de las mejores fortunas de Lima.—Si yo pudiera impedir este matrimonio—pensaba la señora Rubio-se salvaría mi fortuna y mi felicidad....Esperamos, aun no está todo perdonado.....

Y después de estas palabras, Blanca se dió á proyectar á manera y forma cómo pudiera impedir el matrimonio

de Alcides con Josefina, resuelta á aceptar todos los medios con tal de llegar á término sus proyectos.

Lo más eficáz, indudablemente, era, ir á la casa de él: ir á buscarle en sus propias habitaciones. Se estremeció al pensar que tuviera que aceptar tan desdorosa resolución ir ella Blanca Sol, á buscar á un hombre, y á un hombre que no la amaba y quizá la despreciaba; ¡oh! esto era horrible: preferible sería morir de miseria, de amor, de desesperación, de todo, menos de vergüenza, sufriendo humillaciones, desprecios, ignominia!....

Después de mil indecisiones, y vacilaciones, de larga y tenaz lucha de su dignidad, de su orgullo, que sentíanse lastimados; después de vestirse, primero con rico traje color de bronce, luego con otro negro más sencillo para no llamar la atención, desechando aquél por muy lujoso, después de ir de venir, deseando que algún acontecimiento, algún inesperado impedimento viniera á frustrarle su salida.....al fin llevóse ambas manos al pecho diciendo:

—Mi corazón y mí destino me llevan allá!...

En los corredores encontró á una pordiosera:

—Una caridad por amor de Dios señorita.

—Toma, y pidele á Dios por mí—y arrojó en la mano de la mendiga un sol de plata, que la dejó alelada mirando largo tiempo la moneda.

Daban las nueve de la mañana, cuando ella salió, envuelta elegantemente en su manta.

Esta salida fuera de las horas de visitas, no inspiró sospechas, Blanca acostumbraba salir al templo todos los días, y esta era la hora de misa en San Pedro.

Cuando llegó á la casa de Alcides, subió los escaleras, y en el salón principal que estaba abierto, encontró á José, un viejo criado, ocupado en limpiar y arreglar los muebles.

Blanca preguntó:

—¿El señor Alcides Lescanti está en casa?

—No señora acaba de salir.

—Y volverá luego.

—Es casi seguro que no volverá hasta la noche.

Blanca con la impaciencia que la caracterizaba, arrugó el ceño y llevose con ademán desesperado una mano á la frente exclamando:

—¡Oh que desgracia!

José fijó en ella su atención. Quizá si estaba en presencia de alguna señora amiga íntima de su amo. Era tan hermosa! tan simpática!.....

—Si la señora gusta esperar, pudiera ser que llegara dentro de media hora.

Blanca aceptó este ofrecimiento. Necesitaba no tanto esperar, cuanto descansar, tomar aliento.

En la esperanza de descubrir algo nuevo en la vida del hombre que era ya dueño de su corazón, y á quién la suerte había colocado en condición de ser también dueño de su fortuna; dirigió la conversación con todo el artificio que ella poseía; pero José con la reserva propia de sus años, no dejó escapar un solo concepto, que pudiera comprometer á su antiguo y amado patrón.

En este momento sonó el timbre, cuyo botón quedaba á la entrada del corredor.

—¿Será alguna visita para el señor?--preguntó deteniendo á José para que no saliera de allí.

—No, debe ser algún importuno que viene donde mi amo y salió á informarse.

Blanca oyó larga disputa sostenida por el visitante con José.

Así que se vió sola, miró con ojos curiosos el dormitorio de Alcides.

Tal vez si allí encontraría algún papel, algún indicio, que le revelara lo que aun esperaba que fuera no más que artificiosa ficción de Alcides.

Tal vez iba á descubrir una prenda, tal vez un retrato, un rizo, quizá de ella, que Alcides guardaba en oculto sitío, y que esperaba hallar.

A todo evento, preferible era la realidad á la horrible duda que le torturaba el alma.

Es tan cruel dudar, cuando tanto se ama!

Blanca penetró con paso apresurado hasta el centro de la alcoba y se detuvo sin atreverse á pasar adelante. Estaba pálida, helada, temblorosa.

Nadie al verla, hubiese reconocido en ella á la altiva y coqueta Blanca Sol.

Llevose ambas manos al corazón: le parecía que de todos los objetos inanimados se desprendía, algo como el fluido magnetico, ó mejor amoroso, que tiempo há, sentía á la vista de Alcides; aunque no fuera sino viéndolo à la

distancia. Allí en aquella habitación, hubiera ella querido pasar el resto de su vida!....

¡El dormitorio del hombre amado! Mirolo ella con esa curiosidad, con ese afán, nunca hasta entónces sentidos. Le avino el deseo de recostarse en los cojines donde él diariamente se rescostaría, de besar aquellos almohadones, donde aún se conservaba el lijero hundimiento, producido por la cabeza de *él*. Sentía un bienestar intenso: parecíale que la cadena de males que hacía tiempo pesaba sobre su vida, con inmensa pesadumbre; hubiérase como por encanto disipado. Un pañuelo vió allí, y tendría su pefume, el perfume que él usaba: Blanca, llevólo á los labios y aspiró con delicia, sintiendo el inenarrable placer que produce vértigos.

Despues de corto momento, miró en torno suyo con mirada investigadora.

Un cuadro bellísimo colocado á la cabecera del lecho, llamó su atención. Acercóse á mirarlo.

Estaba agitada y temblorosa, como si temiera llegar á un descubrimiento para ella muy horrible. Era un cuadro al óleo. El marco fijó su ansiosa mirada. Con gran sorpresa reconoció, uno de esos cuadros, que el refinamiento del arte ha ideado, para ocultar un retrato bajo la apariencia de un cuadro. Comprendió que había algo que ella necesitaba ver.

Blanca conocía todos los secretos y resortes y comprimiendo un pequeño botón, oculto entre las talladuras del marco, este se dividió en dos, y pronto quedó á su vista un retrato de mujer; era el de Josefina.

Esto era más de lo que ella necesitaba para comprender su desgracia al lado de la dicha de Josefina.

El corazón le dió un vuelco, y un vértigo pasó por su cerebro. De la palidez cadavérica pasó al rojo encendido, color de amapola.

Pretendió arrancar el cuadro; pero los cordones que lo sujetaban á la pared resistieron; entonces con un golpe violento, separó el retrato de Josefina, lo dividió con fuerza inaudita en mil pedazos, y arrojándolo al suelo lo pisoteaba, cual si fuera, no el retrato sino el cuerpo mismo de Josefina.—Asi quiero despedazar á esa infame, á esa pérfida mujer que me ha traicionado!...¡Oh! Dios mio, esto es más de lo que yo puedo soportar.

Y ébria, loca de indignación y rabia, cayó extenuada casi desfallecida, en el sillón que estaba colocado á los piés de la cama.

José, que al fin había terminado su larga disputa con el impertinente visitante; volvió á entrar al salón, y al no encontrar á Blanca allí, miró al dormirorio de su amo, y vió á la señora reclinada en el sillón cubierto el rostro con ambas manos.

No debió estar José muy acostnmbrado á estas mudas y elocuentes escenas; pues que, después de mirar largo rato, como si dudara de lo que sus ojos veían, decía:

—Ajá.....ajá! ¿Esas teníamos?—y luego movió la cabeza con intencional malicia, juzgando haber llegado al más estupendo descubrimiento.

—¡Quién había de creerlo! Si parecía una gran señora, y había sido una de tantas. ¡Pobrecita! Y parece muy desconsolada. Cuando se casará mi patrón, para que entre en el buen camino, y no se ande en estos descarreos.

Y Josè dirigióse al interior de la casa á continuar sus ocupaciones, sin abrigar temor alguno de haberse equivocado, respecto á las amorosas intenciones de esta misteriosa visitante.

Después de corta meditación, Blanca, se irguió, y ya algo más tranquila, púsose de pié, resuelta á retirarse esperando no haber sido vista por el criado. Antes de salir, miró hácia un pequeño escritorio de alcoba, y vió una carta principiada en la que sólo estaba escrita la fecha, y el nombre de la persona á quien iba dirigida.

Era carta para un amigo.

Blanca tomó la pluma y con pulso trémulo, escribió estas apasionadas líneas:

Alcides: te amo y tú me odias. Te propones castigar faltas muy pequeñas con castigos inmensos. La ruina de mi fortuna, que tu quieres labrar, sería para mí poca cosa si no viniera acompañada de tu desprecio. He venido aquí á implorar tu perdón, á pedirte mi felicidad. ¿No podré esperar algo, ya que todo mi porvenir depende de tí?.....

Mañana ¿me esperarás? El corazón me dice que sí.

Y este papel en el que derramó tan sólo algunas gotas de la hiel que se desbordaba de su corazón, escribiólo con pulso nervioso y al correr de la pluma.

Quiso volver á leerlo, para corregir ó agregar algo más,

pero luego tiró el papel sobre el escritorio diciendo:—Cuando uno dá una caída, no puede estar pensando que postura le conviene mejor. No hay remedio, es necesario ir adelante!.....

Y salió de casa de Alcides, no sin haber enjugado alguna lágrima rebelde, que más de una vez, asomó á sus hermosos ojos.

XXX.

Asi que se vió en la calle, parecióle sontir qne su dignidad de mujer y su orgullo de gran señora, habían sufrido enorme y espantable decrecimiento.

Caminaba dando traspies, cual si los transeuntes que la miraban, leyeran en su frente, que acababa de salir de casa de un hombre, y del hombre que amaba á otra mujer!.....

Al pasar por delante del templo de la Merced, le vino el deseo de orar: de elevar á Dios la plegaria más ferviente de su vida, la primera quizá que brotaba de su alma.

Su situación la encontraba tan desgraciada, tan horrible. que solo un milagro de la Vírgen, podría salvarla.

Blanca entró al tempio y oró.

¿Qué le pedía á la Vírgén? Que Alcides la amara; que su acreedor fuera mañana su amante, no encontraba otro recurso, ni contra su próxima miseria, ni contra su propio corazón.

Le habló á Dios, y á la Madre de Dios, presentándoles su vida. Ella no era culpable: no se arrepentía de ninguna falta: ¿Acaso jamás le había sido infiel á su esposo? Su conciencia no la acusaba del crímen de adulterio. Verdad que acababa de salir de la casa del hombre que ella se proponía conquistar, no sólo como un medio de recuperar su fortuna; sino más aún, como un medio de satisfacer una necesidad de su alma; pero Dios que veía su corazón la perdonaría.

A qué otro recurso podía ella apelar en tan aflictiva situación: los hombres son tan interesados, tan egoistas, que no había que esperar de Alcides concesión ninguna, sino era á cambio de grandes favores.

¡La miseria! Qué cosa tan espantosa, cuando se ha vivido en la holgura y el bienestar; cuando ya la costumbre

arraigada, obliga á mirar como necesidades indispensables lo que otras miran como lujo excesivo.

Cómo podría ella vivir sin coche ni criados, sin el confortable para ella y sus seis hijos: sus pobres hijos que ya veía en la miseria! Lloró tanto que sintió enrojecidos los ojos y horriblemente descompuesto el rostro, tanto que determinó permanecer allí más tiempo del que había pensado.

Felizmente su esposo estaría en su escritosio, y no se ocuparía de ella.

Oyó que el reloj de la Iglesia daba la hora. ¡Las doce del día! y ella había salido desde las nueve! Se asombró de que fuera tan tarde; no creía haber permanecido tanto tiempo en casa de Alcides.

De seguro que don Serafin la estaría esperando para almorzar.

Iba ya á ponerse de pié, para partir, cuando le vino una feliz idea.

Arrodillóse nuevamente, y con el fervor más sincero dijo:—Vírgen Santísima, si salvas mi fortuna, te prometo vestir el hábito de los Dolores por el resto de mi vida; te prometo, con toda mi alma, renunciar al lujo y á todas las fiestas del mundo, y entregarme al cuidado de mis hijos, cómo la madre más amorosa, como tú lo fuiste con tu Hijo, mi Redentor: escucha Madre mia esta plegaria que desde el fondo de mi alma te dirije esta pecadora. Te premeto además, hacer todos los años el mes de María con tanto ó mayor lujo que el que hasta ahora te he dado. Y si mi destino es que Alcides me salve, que el sea mi..... *amante*.....

Aquí la señora de Rubio se estremeció, hubiera querido recoger la palabra.—No, mi amante no será, si tu me protejes..... Pero sí, te pido, que Alcides no se case con Josefida, con esa pérfida muchacha que yo protegía y que me ha traicionado. Que un rayo de tus manos la partiera, yá que ha sido tan infame. En tus manos Virgen Madre, pongo mi destino; guíame por el camino de mi felicidad, que será el de mi salvacion eterna....

Después de esta plegaria, salió del templo algo más tranquila, con mil propósitos de enmienda y casi segura de que Dios y su Madre, habían de intervenir para impedir

el matrimonio de Alcides, y quizá también para que se salvara su fortuna aunque fuera por medio del adulterio.

Se dirigió á su casa, iba pensando en la figura que haría ella, vestida con hábito de los Dolores: con una correa de hule á la cintura, y el vestido llano, sin adornos ni plegados.

Se sonrió imaginándose su estrafalaria figura, con el hábito y el escudo prendido en el *saco* que había de ser holgado. Casi estuvo á punto de arrepentirse de su temeraria promesa. Qué diría el mundo qué dirían sus adoradores, cuando la vieran vestida de beata, con hábito y correa de hule?....Pero luego recordó que muchas otras como ella habían llevado el mismo traje, sin que nadie manifestara grande admiración. Y en fin, con tal que la Vírgen le hiciera el milagro pedido; ella se resignaría á todo, lo esencial era impedir el matrimonio de Alcides.

Se proponía además, realizar grandes economías en el manejo de su casa, único medio de salvarse de la ruina que la amenazaba.

Los doscientos soles mensuales, que el sostenimiento de su carruaje le demandaba, bien podía economizarlos. Ella no caería jamás en el ridículo de cierta señora, de la cual ella tanto se había burlado, por haberla oído decir que «con tal de sostener el *coche particular*, ella economizaba un plato en la mesa y un traje en el vestido» Y Blanca riendo estrepitosamente, decía, que esa señora economizaba á favor del coche particular, el lavado de la ropa blanca.

No, ella era bastante inteligente, y comprendía, que si el lujo dá brillo y realce á la persona, es sólo cuando se le lleva con buen gusto y sin ridiculeces.

El jardinero que cuidaba de las plantas de los corredores y del salón de fumar, podía suprimirse: ella vigilaría que el mayordomo regara las begonias y las demás plantas delicadas.

Muchos otros gastos como estos pensó que bien podría omitirlos.

Cuando llegó á su casa, llevaba las mejores intenciones de regeneración económica; y todo un plan de reforma para implantarlo desde luego; pero también oculto como un mal pensamiento, llebaba el propósito de ir al día siguiente donde Alcides, segura como estaba de alcanzar concesio-

nes tantas, que ya veía recuperada su fortuna, y realizadas sus amorosas esperanzas.

Bajo la benéfica influencia, de tan halagüeñas ideas, su espíritu un tanto confortado, principió á abrigar la esperaza de ver trocarse los negros nubarrones que con espantosa rapidez, iban oscureciendo el cielo de su porvenir, en nubecillas doradas por el sol de la felicidad.

Pero ¡Dios mio! Qué había sucedido en su ausencia! Don Serafin estaba pálido, tembloroso, y salía á recibirla con aire amenazador, como si la hubiera visto salir de la casa de Alcides.

No le dijo más que estas palabras—

—¡Ven! ¡Infame!

Y asiéndola fuertemente por el brazo, la llevó á su alcoba, casi arrastràndola.

—Qué es esto Rubio: suéltame me haces daño; pero qué sucede? ¡Calmate!....

—¡Mira! Y don Serafin presentó ante los ojos de Blanca, una carta que ella miró, fría y atentamente: era carta de Alcides.

Una ligera palidez cubrió su rostro; procuró dominarse y con voz tranquila dijo:

—Bien, y ¿qué hay? ¿esto es todo?

—Si, esto es todo; lée y muérete de vergüenza—y le habló con inacostumbrado tono, y con resuelto ademán puso ante los ojos de su esposa una carta que decia así:

«Sra.: No venga U. mañana á mi casa; vendría U. demasiado tarde. El retrato que acaba U. de romper y que ha visto U. á la cabecera de mi cama, pertenece á la que esta noche será mi esposa. Saluda á usted respetuosamente.—*Alcides*.»

Lo que no consiguieron las iras de don Serafin consiguióle la carta de Alcides.

Blanca perdió su serenidad y tembló de rabia y desesperación, acercose á su esposo y con la voz opaca por la emoción dijo:

—Y bien ¿quieres explicación de esa carta?

—Sí, quiero saberlo para matarte.

—El que ha perdido estúpidamente su fortuna, no tiene derecho á herirme á mí, que quiero recuperarla,—contestó llena de indignación y rabia la señora de Rubio:

D. Serafin que delante de su esposa siempre fué manso cordero: sintióse con el coraje del león, herido cruelmente por su tiránico domador, y como la fiera que se lanza sobre su presa, así él asiéndole fuertemente por el cuello la arrojó contra uno de los muebles, pretendiendo extrangularla.

—¡Canalla! ¿quieres asesinarme?

—Sí, quiero matarte—decía èl fuera de sí, encendido el rostro de furor.

Era la explosión de sufrimientos largo tiempo comprimidos: era el amor siempre rendido y jamás correspondido; era el esposo amante, que no pidió màs que fidelidad, y al fin encuentra que, ni aun esto, érale concedido. Sí, aquello fué verdadera explosión de resentimientos, de penas, de celos, de todo lo que él había sufrido, y sufrido en vano, para que al fin se le dijera, que él había perdido estúpidamente su fortuna; dejándole la resignación, como unico recurso á tan espantosa situación.

La muerte, sí, sólo la muerte, podría castigar tantas injusticias y crueldades tantas

Lucha tremenda, desesperada, trabóse entre ambos. D. Serafin, con los ojos llameantes, el rostro lívido, y los labios cubiertos de espuma, pretendía estrechar con ambas manos el cuello de su esposa, diciendo:—Tú no mereces vivir.....muere yá que me has traicionado.

Nunca acentos tan indignados y furibundos, salieron de los labios de tan amoroso marido.

Blanca, comprendió que verdaderamente D. Serafin trataba de extrangularla, y dió voces, pidiendo socorro. Faustina llegó presurosa, seguida de toda la servidumbre de la casa, y volvió á salir despavorida, gritando:

—El señor va á matar á la señorita ¡auxilio! ¡auxilio!

Blanca huyó desalada, dejando en poder de los criados á D. Serafin, que con su atiplada voz, hablaba y gritaba desaforadamente.

Este suceso, dió lugar á grande alboroto y movimiento en la casa. Los vecinos "de los bajos" acudieron temerosos de algún acontecimiento, que demandara su auxilio.

Todos los circunstantes impusiéronse de lo acaecido; y esto era inaudito.

El señor Rubio había pretendido extrangular á su esposa, sin duda por el delito de adulterio.

Y D. Serafin que estaba fuera de sí, y á más, era violento é imprudente en todas las situaciones de su vida, no se guardó de vociferar, de gritar y echar á los cuatro vientos su deshonra.

Puso de jueces y testigos á los vecinos y criados; les refirió cómo él había amado á esa mujer, cómo jamás pensó en otra cosa que en complacerla, en verla feliz, y todo ¿para que? para que ella le dijera que había perdido estúpidamente su fortuna, la fortuna de él, si señor, porque ella vino á su poder sin un Cristo, ó más claro, con mucho dinero que ella debía y que él pagó á sus acreedores.

Un señor gordo, que por más señas, le debía tres meses de arrendiamento de la tienda, que ocupaba; trató de consolarle diciéndole:—Asi son todas las mujeres, mientras más se desea agradarlas, más ingratas se muestran. Ud. señor Rubio, es un hombre de muchos méritos, y debe U. ponerse muy por encima de estas pequeñeces de la vida.

D. Serafin se paseaba en la habitación con fuertes y acelerados pasos.

Largo rato permaneció allí, retorciéndose con furia los bigotes y acriciando en la mente siniestros planes de venganza y tremendos castigos para la culpable esposa.

Lenta y gradulmente recuperó la calma y la serenidad de ánimo.

Pasado el primer ímpetu colérico y que siempre era ciego y arrebatado, fácilmente se disipaban sus iras.

Se retiró á sus habitaciones.

Esperaba que Blanca llegaría á darle explicaciones de sus palabras, ó quizá á pedirle perdón de su falta.

Se recostó en el diván de su escritorio y exaló largo y doloroso suspiro.

En este momento sintió languidez en el estómago, recordó no haber aun almorzado.

Y eran las dos de la tarde!....

Llamó tocando al timbre.

—Traigame de almorzar aquí—dijo al mayordomo del servicio; que acudió á la señal dada.

El criado se apresuró á servirlo, no sin asombrarse, que despues de la escena que acababa de pasar, estuviera el señor pensando en almorzar.

D. Serafin, almorzó con no mal apetito, eso sí, suprimió

los huevos fritos por ser alimento demasiado bilioso, y para neutralizar su biliz, tomó una copita de *pose café*.

Cuando se levantó de la mesa, su espíritu había sufrido completa metamórfosis.

¿Donde estaban sus siniestras ideas. su sed de venganza y todo aquel estado del alma, producida por su exaltación nerviosa.

Recordó haber leído, no sabría decir donde, lo que al concepto de los materialistas era el alma: combinaciónes, vibraciones de la materia; secreciones del cerebro, idénticas á cualquiera otra secrecion del cuerpo. Y á pesar del misticismo de sus creencias, que más de una vez le llevaron á presentarse como *porta-guión* en las procesiones religiosas; estuvo á punto de pensar como piensan los materialistas, y negar la existencia del alma.

Lo que sí podía asegurar prácticamente, era que, el estado del alma, depende directamente de las funciones del estómago.

Encendió un habano legítimo. El humo del buen cigarro, contribuye en gran parte á disipar las penas de la vida—pensaba don Serafin.

Quiso volver á leer la carta de Alcides. Recordó que después de haberla leído, Blanca, él volvió á apoderarse de ella, pensando que no debía desprenderse de lo que era el cuerpo del delito.

Sacó la carta del bolsillo del pantalón, estaba plegada, arrugada echa un burujón: la desarrugó con cuidado, la leyó dos veces, antes no tuvo tiempo de leerla más de una vez.

¡Que barbaridad! Pero si es que la carta de Alcides, era la mejor justificación de su esposa!....

¿Qué decía ese documento? Que Alcides debía casarse aquella noche con Josefina!....

Luego era lógico y terminante, que si se casaba con la costurera de su mujer, no había de ser porque prefiriera el amor de la una al de la otra; esto conceptuábalo él, como la más estupenba insensatez.

Si Alcides hubiera tenido la más remota esperanza de conquistar el corazón de su esposa. no había de ir á casarse con la costurera.

D. Serafin secolocó en esta disyuntiva; ó Alcides era un tonto digno de exhibirlo como el mayor que puede exis-

su esposa, y recuperada en ambos, la serenidad de espíritu, deber suyo era, ir donde ella.

Al tomar tal resolución acobardóse horriblemente, y se llenó de terror. Su situación dificilísima, presentósele clara y distintamente.

¿Qué excusas podría darle á su esposa?

¿Qué satisfacción cabía, cuando Blanca se había defendido de él, que ciego, loco, trataba de extrangularla?

¡Ah! y después de todo, Blanca era inocente, lo adivinaba, lo presentída, casi estaba convencido de no equivocarse.

La idea de que ella pudiera pensar en recurrir á alguna medida violenta, tal vez en una separación judicial, alegando haber sido víctima de un conato de homicidio....¡Oh! esta horrible idea le ofuscaba la razón.

Perder á su esposa, después de haber perdido su fortuna!.....¿Qué podía haber en la Tierra ni en el Infierno, comparable á esta desgracia?....

Pronto, pronto una reconciliación, y si era necesario, le pediría de rodillas perdón por haber dudado un momento, sí, nada más que un momento de su fidelidad.

Desechó todos sus temores y se dirigió resueltamente á las habitaciones de ella.

Encontró á Faustina.

—La señora está en su dormitorio?

—No señor salió temprano.

—¡Cómo! ¿á qué hora ha salido?

—Antes de almorzar salió.

—¿No dijo á la hora que volvería?

—No, pero dejó una carta escrita.

—¡Una carta! Ahora mismo, dámela.

D Serafin azorado, trémulo tomó de manos de Faustina esa carta de su esposa.

Abrió, leyó, mortal palidez se extendió en su rostro, y un lijero temblor del lábio inferior, denotaba, cuánta angustia había en su alma.

—Mi sombrero, dame mi sombrero.....se ha fugado con él.... Yo debo matarlos....¡Ah! ya es tarde!.....ya es tarde!!....

Y don Serafin, después de dar algunos pasos desconcertado y tembloroso, cayó como herido por un rayo.

tir en el mundo, ó Blanca era inocente y digna de admiración, justo que el matrimonio de su más ferviente adorador implicaba el más terminante rechazo dado á las pretensiones de él.

Hasta le ocurrieron dudas sobre si efectivamente, aquel día que él sorprendió á Alacides arrodillado á los pies de su esposa, estaría verdaderamente pidiéndole la mano de Josefina.

Volvió á leer de nuevo la carta, meditando cada una de las palabras, y queriendo descubrir, no solo el sentido que Alcides había querido darles, sino tambien la intención con que habian sido escritas.

Verdad que también de esa carta se desprendía, la horrible verdad de haber ido Blanca, á buscar á Alcides á sus propias habitaciones, y que, al darse con el retrato de Josefina, habialo destrozado en mil pedazos, lo que bien pudiera ser por celos.....

Pero en conclusión, lo claro y lógico que él deducia de todo aquello era, no haber sido jamás, Alcides, el amante de Blanca.

Luego hubo injusticia en sus palabras y mayor injusticia en sus acciones.

¡El intentando extrangular á su esposa!!!....

¡Dios mio! A qué extremos pueden conducir los celos y la indignación.....

Y lo más grave del caso, era que, Blanca, mujer vanidosa, altiva y engreida, sería muy capáz de cualquier locura con tal de vengarse y castigarlo.

Pensó dejar pasar algunas horas, hasta la noche, para ir á buscarla, y á pretexto de pedir explicación de las crueles palabras de ella, llegar á una sincera y eterna reconciliación.

¡Ah! hoy más que nunca lo necesitaba; hoy que la suerte despiadada le arrastraba hasta el borde de un abismo, del abismo de la miseria!

Se dirigió á su escritorio; quiso darle otro curso á sus ideas, ocupándose en arreglar algunas cuentas y recibos algo desordenados.

A duras penas llegó á fijar su atención en otro asunto que no fuera aquel, que embargaba su inteligencia.

A las siéte de la noche pensó, que calmado el ánimo de

Y la carta que tal trastorno le causara, era simplemente resultado de las extravagancias y astucias de Blanca.

Quiso castigarlo, vengarse de su osadía, diciéndole:

—Nuestro matrimonio está para siempre disuelto. Voy á unirme al único hombre que amo. Adios para siempre.

¡Bárbara! mejor elección hiciera hundiéndole afilado puñal en el corazón!

Y en vez de irse á casa de Alcides, como supuso él, Blanca, no había hecho más que irse á casa de su madre, á donde estaba segura iría su esposo á pedirle mil perdones, y retornarla al desierto hogar.

Ir á buscar á Alcides, ni aun como tentación se le ocurrió tal idea, para qué, sino para morir de desesperación y dolor, podía ir ella á donde el novio de Josefina!

Castigarlo á él, muy justo, puesto que se había atrevido á llevar sus manos á la garganta de su esposa con intenciones de extrangularla.

Pero es el caso que Blanca, no contaba que tan estupendo efecto pudiera producirle á don Serafin, ese eterno *adiós* dado sin más fin que traerle un buen susto.

¡Ah! dos horas más tarde él, presa de fiebre violentísima, deliraba con todos los síntomas de la locura.

Su razón herida de muerte con la pérdida de su fortuna, no halló apoyo al encontrar perdido también el amor de su esposa.

Ocho días después, los médicos declararon que don Serafin, era víctima de incurable enajenación mental, y pasó á ocupar una celda entre los locos furiosos de la casa de insanos.

En su violentísima desesperación, pedia á gritos el castigo de su culpable esposa, y pretendía forcejando furiosamente ir á extrangularla.

XXXI.

Algunos dias habían ya trascurrido despues de aquel en ıe, el señor Rubio, por orden de una junta de facultati- ıs, había pasado á ocupar una celda en la Casa de Insa- ıs; Blanca iba por las solitarias y polvorientas callejuelas

que conducen al Cercado; sola meditabunda llorosa, cuando vió venir un lujoso coche, tirado por un par de briosos alazanes.

Espesas nubes de polvo, levantadas por el coche, envolvieron en sus remolinos, á la en otro tiempo, altiva señora de Rubio. Nó por esto ella dejó de ver á dos personas que iban en el coche:—¡Es ella! Ella en coche lujoso y yo á pié, por estos callejones, asfixiándome con el polvo de su coche!.....¡Yo en la miseria!.....ella en el más fastuoso lujo. ¡Dios mio! qué crimen he cometido que así me castigais!....y el llanto ahogó su voz.

A su vez Josefina decía á Alcides:

—Pobre Blanca! Irá á ver á don Senafin, que según dicen ha venido á ocupar una celda entre los locos furiosos.

—¡Desgraciada mujer! Hoy vive humillada, deshonrada cuando en realidad ella no ha cometido sino faltas muy leves.

—¡Como! ¿insistes en negarme que tú has sido uno de los amantes de la señora de Rubio?

—Sí insisto, y te lo juro á fé de caballero.

—Sin embargo, era la voz pública.

—Te diré más, abrigo el intimo convencimiento, que ni uno solo de los que han sido designados como amantes de ella, ha alcanzado ni aun, á besar la orla de su vestido.

—Pero cómo es posible que sucedan tales absurdos y tan estupendas injusticias.

Entonces Alcides explicó á Josefina, cómo las excentrisidades, la despreocupación y el *qué se me dá á mí*, con que Blanca desafiara *al qué dirán*, esa mano invisible de la opinión pública, que tantas veces hiere ciega y estúpidamente; eran las causas de la deshonra de la señora de Rubio.

A la opinión de Alcides, Blanca no había cometido otra falta que jugar con eso que se llama *la reputación*, palabra elástica y acomodaticia, que unas veces es frágil y quebradiza, cual si fuera de *pobre* cristal, y otras es fuerte y resistente cual si fuera de *rico* y maciso oro

Para los que conocían como Alcides, íntimamente la vida de Blanca, las desgracias y la deshonra que la acompañaban; no era sino el resultado fatal de aquella excepcionalísima *manera de ser* que ella tuvo en sociedad.

Alcides lacondenaba como coqueta, disipada, malver-

sadora; pero jamás la juzgó adúltera, ni mucho menos como liviana y fácil mujer.

La caída de Blanca Sol fué sonada y estrepitosa como la caída de un astro, del astro más brillante y esplendoroso qne lucía el aristocrático cielo de la sociedad limeña.

Y las que la odiaban, porque siempre se vieron inferiores á ella; las que, como la señora N. á la cual Blanca llegó á arrojar de su casa por indigna de rolarse con las señoras de su sociedad; ellas en venganza de las ofensas, y humillaciones sufridas; propalaban calumnias é inventaban historietas, holgándose grandemente con la ruina, y el total eclipse de la que por tan largo tiempo fué reina de los salones y tipo perfecto del buen gusto y la elegancia.

Larga y enérgicamente luchó Blanca contra la miseria, que abriendo sus horribles fauces, acercábasele amenazando devorarla á ella con sus seis hijos.

Pero.....no hubo remedio. Los agiotistas se llevaron los muebles y los acreedores se apropiaron de las fincas.

Ante la fuerza de los acontecimientos, se vió obligada á dejar su lujosa y elegante morada, para ir con sus hijos á ocupar modestas habitaciones, que sólo le costaban quince soles: eran de las llamadas *piezas de reja*.

Su menaje de casa, quedó reducido á algunos modestos muebles y otros menesteres indispeneables para su vida de indijente á la que tan bruscamente había llegado.

Instalada en su nuevo y modesto domicilio, cuidó especialmente de procurarles á sus hijos, cuantas comodidades y desahogos pudieran prestarles en la triste condición á la cual quedaba reducida.

Aunque estaba aturdida, desconcertada, sin darse cuenta de aquella sucesión espantosa de acontecimientos; prestaba atención á los quehaceres de su hogar.

Diariamente erale forzoso, para llenar urgentes necesidades, llevar algun objeto, á la casa de préstamo, llenando ella misma estas diligencias, que le ocasionaban grandes contrariedades.

Cuando en la calle encontraba alguna persona conocida, volvia la cabeza del lado opuesto y fingía no haberla visto.

Lentamente como recupera la razón un aletargado, así principió ella á volver de su estupor, de su atonía, reflexionando friamente sobre su situación. Entonces una reso-

lución enérgica se acentúo en su espíritu, y horrorizada esclamaba ¡oh! y no hay remedio!

Pensaba que tenía seis hijos á los que ella debía alimentar, vestir educar .....¡Ah! y para llenar estos deberes necesitaba dinero, mucho dinero.

Del estupor del aturdimiento, pasó al dolor extremado, á la desesperación, y su vida llena de penurias, se le presentaba con sus contínuos apuros, con su creciente desdicha en la que iría mal pasando su irremediable situación.

A qué recurso apelaría, á qué arbitrio se acogería, cuando hubiera vendido todo lo que poseía vendible! Cómo era posible que ella, sintiéndose sin fuerzas para ganar su propia subsistencia, pudiera subvenir á las necesidades ineludibles, apremiantes de sus hijos!....

Entonces se cubría el rostro con ambas manos y lloraba, lloraba amargamente.

Dias hacía que tomaba algunas copitas de *pisco*, el aguardiente le reincorporaba el ánimo, y disipaba las horribles ideas que se amontonaban en su cerebro.

La primera copa la tomó, el día aquel que vió á Josefina y á Alcides, en lujoso coche, mientras ella iba á pié al Cercado.

Dos espectáculos horribles! Josefina al lado de Alcides del esposo amado del mismo hombre que ella amaba!.... y luego, otro espetáculo más horrible. Don Serafin, encerrado en una celda, loco furioso, pidiendo, demandando á gritos una arma, un puñal, un revólver para ir á matarla á ella.

Cada vez que este recuerdo se le presentaba, corria y tomaba la botella, llenaba una copa y con la risa nerviosa y el acento de indecible amargura decía.

—A la prosperidad de mi porvenir--y se vaciaba de un solo trago toda la copa.

Al principio acompañaba estas desmedidas libaciones, con estremecimientos y gestos, producidos por la impresión del alcohol; pero luego, fué disminuyendo la impresión recibida, y había llegado á saborearlo, tomándolo á cortos sorbos para gustar mejor de él.

Sus acostumbradas palabras, al tomar por la prósperidad de su porvenir, repetíanse con harta frecuencia, á medida que más sombrias eran las lontananzas de su mísera vida.

Su pobreza fué día á día tomando más alarmante aspecto, y después de haber vendido sus ricos y lujosos vestidos, lo último que de sus pasadas grandezas le quedara; fué preciso principiar á vender la ropa blanca. Y en sus apremiantes apuros, vendía á vil precio objetos valiosos.

Así, la prenda que había costado cuatrocientos soles se desprendía de ella por cuarenta, y á este tenor fueron todas sus ventas.

Cuarenta soles, sobre los que era preciso echar cuentas para que al canzaran siquiera para ocho días.

Tanto para la lavandera, tanto para zapatos, tanto para la casa; y después de cuatro ó seis *tantos*, le sucedía que perdía la cuenta, y se le calentaba la cabeza.

Ella estaba acostumbrada á las cifras redondas, cuantro, cinco mil soles, pagados por una alhaja por unajuar de muebles; pero aquello de dividir una cantidad para repartirla en porciones pequeñas, haciendo al fin el milagro de que alcanzara para todas sus necesidades ¡oh! eso era horrible, casi irrealizable.

Al fin un día le faltaron los vestidos. Los había vendido todos! .....

Ese día tomó más de una copa, acompañándolas con esa indescriptible risa, con la risa del angel caido.—Por la prosperidad de mi porvenir—decía—y temblaba cual si en su mente se le presentara un cuadro horrible, que le espantaba.

En todo el tiempo trascurrido, desde que ocupaba esas piezas de reja; se había negado á recibir visitas. Sólo una visita hubiera ella recibido, y esa no la esperaba: era la de Alcides.

De su antigua servidumbre sólo le quedaba una criada esta era Faustina, que fielmente la acompañaba, horrorizada también ella, al ver, cuán rápidamente es posible pasar, del lujo, del fausto, á lo que ya más que pobreza, era miseria.

Faustina, entendía en el manejo de la casa, y Blanca cuidaba de los niños El último contaba solo un año y nueve meses. La edad de las gracias, y de los más dulces encantos.

Por qué fatal sucesión de acontecimientos, había podido vivir sin comprender, sin adivinar, que á su lado, colgada de sus faltas, había tenido á la verdadera á la imper-

durable felicidad de la mujer!...Por qué no había seguido los consejos de su esposo, cuando le decía, que debía consagrarles algo más de atención á sus hijos y un poco menos á la sociedad!.....

Y después de estas tristes reflexiones, estrechaba contra su corazón y acariciaba con mayor fervor á su hijito, el menor, al que más frecuentemente estaba con ella.

Otras veces miraba enternecida á sus hijas; eran dos; las mayores. Ellas si que eran dignas de compasión! ¡Mujeres! Pobrecitas!.....y las contemplaba arrasados los ojos en lágrimas.

Algunas veces pensando en el porvenir de sus hijas, se sentía con fuerza, con gran valor, para arrostrar las penalidades de la miseria, y volver á la senda del deber, del bien, para poder llegar á llamarse mujer virtuosa. Pero luego, aquella risa llena de hiel y despecho, asomaba á sus labios, y concluía por prorrumpir en una risotada diciendo:—Me había olvidado que la virtud no es un potaje que puedo poner á la mesa, para que coman mis hijos!.....

—Y pensaba que recobrar su antigua posición social le sería ya tan imposible como pretender tomar el cielo con sus manos. Sabía con cuanta publicidad se comentaban mil historietas referentes á ella, todas á cual mas denigrantes para su honor y su buen nombre de señora. Sabía que la escena aquella con el ajiotista inglés, horriblemente desfigurada y aumentada, corria de boca en boca. Fué decian á robarle las alhajas, ofreciéndole pagarle con su amor. Y á este tenor mil otros lances, que en las oficinas ministeriales y en los establecimientos donde se reunen los jóvenes alegres y desocupados, servían de tema á los que, regocigábanse quizá demasiado, al ver cuán irremediable era la caida y la total ruina de la que, hasta entonces, creian que había insultado á la moral y desafiado á la *opinion* pública.

XXXII.

Al fin llegó un día en que Blanca Sol, se vió sola desamparada, humillada, hundida en la miseria, y sin más recursos que sus propias fuerzas, ó mejor, su propia belleza, y

entonces profunda reacción operóse en su alma. Y con mirada fria, calculadora, dirigió su vista hacia el pasado y también hacia el porvenir.

¿Qué culpa tenía ella, si desde la infancia, desde el colegio enseñáronla á amar el dinero y á considerar el brillo del oro como el brillo más preciado de su posición social?.....

¿Qué culpa tenía de haberse casado con el hombre ridículo; pero codíciado por sus amigas, y llamado á salvar la angustiosa situación de su familia?

¿Qué culpa tenía si, siendo una joven casi pobre, la habían educado creándole necesidades, que la vanidad aguijoneada de contínuo por el estímulo, consideraba como necesidades ineludibles, á las que era forzoso sacrificar, afectos y sentimientos generosos?

¿Qué culpa tenía, si en vez de enseñarla, la moral religiosa que corrige el carácter y modera las pasiones, sólo la enseñaron la oración inconsciente, el rezo automático y las prácticas externas de vanidosas, é impias manifestaciones?

¿Qué culpa tenía ella de haber aprendido en la escuela de la vida á mirar con menosprecio las virtudes domésticas, y con admiración y codicia las ostentaciones de la vanidad?

¡La sociedad! Qué consideraciones merecía una sociedad, que ayer no más, cuando ella se presentaba como una gran cortesana, rodeada de sus admiradores los que eran conceptuados por amantes de ella, la adulaba, la mimaba, la admiraba, dejándole comprender, cuánta indulgencia tiene ella, para las faltas que se cometen acompañadas del ruido que producen, los escudos de oro?

Y después de dirijirse á sí misma estas crueles preguntas: la señora de Rubio, miró sus manos delicadas que jamás se sirviiron de la aguja ni el dedal, miró su cuerpo siempre gentil y donairoso; miró sus labios rojos, aunque finos y delicados, rebosantes de voluptuosidad, y sus ojos grandes llenos de vida y de pasión, y volvió á sonreir con la risa del angel caido, que desafía todas las iras divinas y todas las fuerzas humanas.

En adelante ya sabría lo que debía hacer.

Necesitaba otro género de vida, puesto que era ya otra la atmósfera social en que debía vivir.

Si antes no tuvo más que muchos adoradores á quienes había despreciado, hoy tendría muchos amantes á quienes despreciaría aún más.

La vejez que paga bien la caricia vendida, y la juventud que rodea entusiasmada á la mujer hermosa, que quiere, no huir del vicio, sino precipitarse en sus brazos; y busca aliados que la sigan y la impulsen adelante; esos y no otros, serían en el porvenir, sus recursos y sus elementos de vida.

Y ¿quién sabe, si muriendo don Serafín, como era muy posible, ella llegaría á casarse con algunos de esos viejos ricos; llegados á la caducidad, que han menester de la juventud, para llenar la tonicidad de su organismo?

No tenía ella en sociedad más de un ejemplo de algunas de las que habían subido por este camino á la más alta posición social?

Si la sociedad la repudiaba, porque ya no podía arrastrar coche, ni dar grandes saraos y semanales recepciones, ella se vengaría, despreciando á esa sociedad, y escarneciendo á la virtud y á la moral.

Quiso hacer un exámen de conciencia, y rememoró toda su vida, sometió á juicio los acontecimientos y las personas, que hubieran de alguna manera contribuido á lanzarla en su desgraciada caida.

Y cual si de tan justiciero proceso mental al que su conciencia la sometiera, resultaran otros culpables, y ella sola inocente; de sus indignados labios, brotó esta cruel esclamación:

—¡Miserables! si yo poseyera hoy mis cuatro millones de soles, nadie se atreviera á pedirme otra virtud, que la de mi riqueza!.....

Una lágrima humedeció sus hermosas pupilas, lágrima que ella se apresuró á enjugar con rabiosa indignación, como si á mengua tuviera llorar, como si el llanto fuera, en esa circunstancia, signo de debilidad y no signo de arrepentimiento. Su ceño se arrugó y su expresión sombría, manifestaba que por su alma pasaban pensamientos amargos y proyectos horribles.

Llorar ¿para qué y por qué? Era acaso ella culpable?

No sentia el dolor del arrepentimiento sólo sí, el coraje, la indignación de la víctima, que se considera castigada con bárbara crueldad ó inmensa injusticia.

Sentíase irresponsable de las faltas cometidas y fatalmente lanzada en la única senda, que le fué dable seguir.

Recordaba á todas aquellas amigas suyas, que como ella habían brillado en la misma sociedad, y conservaban siempre las consideraciones y homenajes que antes les tributaron. Y esas habían cometido faltas muy graves y muy verdaderas, y no como las suyas, supuestas y leves: leves, si, puesto que ella jamás le fué infiel á don Serafin.

¿Por qué sucedía ésto?

La señora de Rubio, no trepidaba en definir esa anomalía con esta amarga frase:

—Yo he perdido mi fortuna y ellas la conservan todavía!!.....

Luego pensó, que á seguir en la vertiginosa caída, hacia donde la arrastraba la ruina irreparable de su fortuna, llegaría bien pronto hasta no encontrar más recurso que la mendicidad.

¡Vivir de limosna! ¡Qué horror! ¡Oh! nunca, jamás descendería hasta ese extremo! Preferible era ir por otra senda á.....En este punto el pensamiento de Blanca, se detuvo sin atreverse á pronunciar ni aun mentalmente la palabra, que definía su porvenir, tal cual ella quería aceptarlo, y prorrumpió en una de esas carcajas estridentes, henchidas de indignación é impotente coraje.

Y volvió á su mente la comparación de otro día. Ella pobre como Josefina, más que Josefina, la mísera costurera, que un día ella sacó de un entresuelo de la calle del Sauce.....

Y en la altivez de su carácter, juzgábase mas degradada, muy más envilecida, recogiendo humildemente las limosnas que sus amigas quisieran darle, que buscando la riqueza por la senda en que ella se proponía buscarla.

¡Pués qué! ¿acaso había llegado á la edad en que la mujer, deja de ser un poder, una fuerza, una voluntad, que se impone como ella estaba acostumbrada á imponerse? No, aun estaba joven, aun estaba hermosa, y no llegaría jamás á humillarse ante aquellas á quien ella tanto humillara y otro tanto deslumbrara.....

Largas horas pasaba urdiendo y combinando planes, para el porvenir, para ese porvenir, por cuya prosperidad tantas copas apurara, no de hiel, sino de *pisco*, comprado de la pulpería, á veinte centavos la botella; y uno de sus

proyectos era, reunir en una sola noche á todos sus antiguos amigos, á sus más apasionados adoradores, para decirles:—Aquí está Blanca Sol, la gran señora que tanto admirábais y codiciábais; aquí está, flagelada por todas las infamias del gran mundo y contaminada de todas las llagas sociales. No he salvado de mi naufragio más que mi belleza; yo os la doy; nó, es que necesito dinero y la vendo; la vendo al mejor postor.....

Y aquí sus ojos centellaban llenos de cruel despecho é indignación.

Y ellos, los que la elevaron cuando la juzgaban muy rica, para después hundirla porque la veían pobre; ellos, pagarían con su propio dinero sus veleidades é injusticias. Y ese dinero, que tal vez provendría de las economías, largo tiempo reunidas por algún enamorado, próximo á ser un buen esposo, un padre de familia, pasaría á sus arcas, á las arcas de ella, para que pudiara satisfacer sus hábitos de lujo, contraidos desde la infancia, y que por largo tiempo fueron la aureola radiosa de su codiciada posición social.

Y con esa especie de peroración, que llegaría á ser como gran campanazo que tendría horrible resonancia en todos los salones de Lima; y pasando de boca en boca repetida por todas las de su clase, las de su alcurnia; llegaría á los oídos de Alcides, y tal vez él, hastiado de la insipida belleza de Josefina, vendría á buscarla á ella. ¡Oh! entonces quedaría vengada, quitándole el marido á Josefina y arrojando un poco de fango, sobre esa sociedad que la repudiaba!.....

Otro día pensó, que antes de lanzarse en la nueva vida, que como resultado de su caida le era forzoso aceptar, debía probar, si aun era posible reconquistar el corazón de él, de Alcides, al que, apesar de todos los acontecimientos, amaba entonces más que nunca.

Los hombres son tan volubles, tan inclinados al mal, que bien pudiera suceder, que á pesar de su amor á Josefina, quisiera sazonar su vida, aceptando una querida.

Y de querida de Alcides, se imaginaba estar menos prostituida que lo estuvo de esposa de D. Serafin.

El amor, sólo el amor, podía á su concepto, purificar, ennoblecer su vida.

Escribió una carta dirijida á Alcides, carta apasionadí-

sima, romántica, llena de sentimiento, de súplicas, de ruegos; le pedía que viniera á verla, una vez, una sola vez. Le reprochaba su volubilidad, recordándole su amor al que ella por su mal dió crédito, y concluía diciéndole: que Blanca Sol, aquella mujer que un día él juzgara como coqueta sin corazón, era la misma que hoy le llamaba, para caer en sus brazos, rendida, ébria, loca de amor.

Alcides recibió la amorosa misiva, leyóla con la sonrisa de la compasión, y la indolencia del desinterés, y después de romperla en mil pedazos, echó en olvido las súplicas de Blanca.

Ella no desesperó con esta nueva decepción, y luego se dió á combinar otro nuevo proyecto, aun más atrevido: dirigirse personalmente á él, buscar ocasión para hablarle.

Si antes, cuando todavía se creía una gran señora, tuvo valor para ir á buscarlo, cuánto más no debía de ir hoy, que ya no era la misma de ayer.

Blanca sabía que Alcides salía todas las noches, unas veces solo, otras con Josefina, para ir de visita á casa de algún amigo.

Pues bien, allá, á la puerta de su casa iría ella á esperarle cuando saliera.

Siguiendo este proyecto, á las nueve de la noche se dirigió á la calle de Boza.

Alcides salió aquella noche con Josefina.

¿Cómo fué que pudo dominarse hasta el punto de no arrojarse sobre su antigua costurera, y morderla, destrozarla, comérsela viva!....¡Oh! ella misma no podía explicárselo.

Su corazón, aquel corazón que el mundo juzgaba insensible al amor; parecióle que iba á romperle el pecho tan violentos fueron sus latidos. Alcides hablaba con Josefina, y aunque Blanca no llegó á percibir las palabras, oyó aquellas modulaciones de su voz. ¡Ay! eran las mismas con que él tantas veces le había hablado de amor!....

¡Cuantos acontecimientos desde la última vez, que ella le tuvo arrodillado á sus piés, aquel día que fué sorprendida por su esposo! Cuántos acontecimientos y cuán desgraciados todos para ella!....

Miró fijamente á Alcides; podía verlo sin ser vista. Le pareció que había engrosado algo; pero conservando siempre su elegancia y gallardía.

A la noche siguiente volvió; pero algo mas tarde; pensaba esperarlo, no á su salida de la casa, sino á su regreso á las once.

Era el mes de Julio, y densa y menuda lluvia, caía sin interrupción.

Blanca, llegó á la puerta de la calle y se reclinó, recostando el cuerpo contra el muro de la casa: estaba yerta de frío y mojada por la lluvia.

Apesar de la expresión angustiada de su semblante; diríase tan hermosa como en sus felices y mejores dias.

Cuando entre los transeuntes, veía alguna persona de aspecto de «gente decente,» echaba á caminar, y luego volvía á su apostadero.

Esperó media hora; eran las once y media, él no debía tardar.

Alcides llegó una hora más tarde que de ordinario; no importaba, ella le hubiera esperado toda la noche. Blanca iba preparada á hablar mucho, á manifestarle cuán felices podían ser, si él consentía en seguirla, iba á abrirle su corazón, á pedirle su felicidad, á entregarle su porvenir. También se preparaba á exponerle toda una série de ideas, algo subversivas contra el matrimonio; contra esa obligación impuesta al amor á la que sólo almas vulgares pueden someterse. ¡Ah! ella desplegaría toda su astucia, toda su inteligencia para seducirlo y....¿quién sabe?... Aun era posible salvar su porvenir y labrar su felicidad!

Por desgracia la elocuencia, ni el bien decir, jamás han sido manifestaciones propias del amor ardiente y apasionado, y apesar de sus largos y estudiados proyectos, no llegó Blanca á decirle á Alcides, ni poco ni mucho de lo que ella ansiaba, ó hubiera podido hablar, si el amor no hubiera paralizado su lengua.

Y léjos de conquistar el amor de Alcides, solo llegó al más cruel rechazo.

Es que Alcides, no estaba muy seguro de sí mismo, y al sentirse débil para resistir á las seducciones de la mujer que tan tiránicamente lo dominara; quiso levantar entre los dos un muro, y ese muro, no pudiendo ser su enérgica voluntad, sería su cólera, su indignación, su temor de caer nuevamente á los piés de ella, y ver perdida su felicidad, malogrado su matrimonio; de aquí el que él le hablara con la matadora elocuencia de la indignación, del

desprecio, llevando su temeridad hasta decirle que, puesto que se andaba en pos de hombres con quienes prostituirse, buscara á otros, no á los que como él, tenían una esposa amada, que les ofrecía cumplida felicidad.

¡Ah! y es posible que tales palabras puedan oirse, vertidas por el hombre á quien se ama, como ella amaba á Alcides, y oírlas sin morir de dolor y desesperación!....

Blanca se alejó de aquel sitio con el semblante indignado y el aire resuelto, del que vé tocar á su término, y resolverse definitivamente, una situación de largo tiempo insostenible.

Iba jurándose á si misma, no pensar jamás, ni pronunciar una vez sola en el resto de su vida, el nombre de Alcides; de ese infame, que había esperado verla abatida por las desgracias para insultarla y despreciarla.

Sentía que las lágrimas desbordadas del corazon, iban á llegar á los ojos; pero ella las dominaba, y en vez de llorar reía.

Pues, no faltaba más, que ella, Blanca Sol, llorara y ¿por qué? porque á un hombre, á un miserable, le había dado en gana insultarla. ¡Llorar por él! cómo si no hubiera en el mundo otros hombres!.....

Aquella noche tomó, no una, sino muchas copas repitiendo:—A la prosperidad de mi porvenir!

Y cuando se fué á su lecho, la casa daba vueltas: le parecía que todo danzaba á su alrededor, y sin poder desvestirse, cayó como desplomada sobre su lecho.

Al día siguiente Faustina, al ver que la «señorita no se había acostado» y adivinando lo sucedido, contentóse con este triste comentario:—La desgracia es capaz de esto y mucho más.

Nuevos sinsabores aumentaron aquel día las penas de Blanca; Faustina, muy conpunjida y llorosa le participó que, con gran pena, ella tambien dejaría la casa por serle del todo imposible seguir viviendo sin tener con qué comprar zapatos y pagar el lavado de la ropa limpia.

—Te vas porque no he podido pagarte tus sueldos!....

—No, señorita; pero ya U. ve que....

—Tienes mucha razón; pero quédate hoy y mañana tendremos ya dinero.

—¿Es verdad lo que está U. diciendo?

—Sí, sí, quédate.

—¿Van á devolverle su fortuna?

—No me preguntes más, mañana tendremos mucho dinero:

—¡Ah! Gracias á Dios!.....

Entonces Faustina le refirió muchas cosas, que por no afligirla, le había ocultado antes.

No era por falta de pago de sus salarios por lo que ella quería irse, no, es que el pulpero de la esquina, la amenazaba con llevarla á la Intendencia de Policía; caso que ella no llegara á pagarle cincuenta soles, que le debía; y esta enorme deuda, provenía de las mil necesidades que diariamente se originaban en la casa; era el pan, eran las velas, que muchas veces eran de sebo; eran las menestras para la comida, y todo aquello que había necesitado y pedido al fiado.

Cuando en la noche los niños lloraban, diciendo que tenían hambre, no se había atrevido á pedirle dinero á la señorita ¡ay! ella sabía que muchas veces no tenía ni un centavo, y entonces pedía el pan á la pulpería.

Y á este tenor fueron las revelaciones de Faustina.

—Mañana pagaremos todas nuestras deudas—contestóle Blanca.

Y al día siguiente, pidió á un fondista peruano, le preparara una cena criolla, queriendo así dar su primer protesta, contra todo lo que llevara el sello de su nobleza, de su aristocrácia, Los licores quiso que fueran buenos y abundantes; las cuentas de la cena como del servicio de mesa, que fué preciso alquilar, serían pagados dos días más tarde.

Y así la señora Rubio, con la expresión de profunda desesperación, con el pulso trémulo y mordiéndose los lábios, más como quien va á realizar crueles venganzas, que como quien va á llegar á un fin deseado; escribió varias cartas: la primera era para un viudo rico, un ex-ministro que le había rendido homenajes, furiosamente enamorado: otros muchos como este fueron tambien llamados: los invitaba á su casa para una cena de íntima confianza.

Blanca no dudaba un momento que sus invitados llegarían alegres y esperanzados. ¡Pues que! Acaso los llamaba pidiéndoles auxilio; demandándoles amparo, y suplicando le tendieran la mano para lavantarse de su cai-

da!.....Ella estaba bien segura que por el tenor de sus cartas, dejaba adivinar bien claro, que ella no decía:—Ven, ayudame á salvarme!—sino al contrario:—Ven, acompañame á perderme.....

Y con su acostumbrada sonrisa decía:—Nos perdereremos todos!.....

También hubieron mujeres invitadas: las vecinas del segundo piso: jóvenes y bonitas, que según informes recividos, eran «mujeres de vida alegre.»

—¿Se habrá vuelto loca Blanca Sol?—se preguntaban unas á las otras mirando y remirando una esquelita de la señora de Rubio, en la cual las invitaba á tomar «una tasita de té» en compañía de amigos íntimos.

No, ella no había perdido el juicio: pero sí se preparaba á hacerle perder el juicio y la fortuna á muchos hombres.

Blanca no se equivocó, todos sus invitados acudieron presurosos. Y ella los esperó vestida sencillamente con bata de casa, como si quisiera manifestarles que esa invitación no era mas que el principio de otras muchas que diariamente daría ella en su casa.

En la expresión de su semblante y en todo su porte, había algo insólito, algo extraordinario; era el descaro, la insolencia de la mujer que quiere expresar con sus acciones lo que no puede decir con el lenguaje hablado.

Ya llegará el momento que lo diga todo pensaba ella: y sus palabras fueron tomando el tinte subido que retrataba su pensamiento y sus designios.

Y durante la cena ella dirijiase esta pregunta. ¿Qué pierdo esta noche? Y se contestaba á sí misma: ¡Nada; puesto que el honor y mi reputación los he perdido ya! Pero si no pierdo nada puedo ganar mucho, mucho.....

Mañana habrá dinero para pagar mis deudas!.....

Y después de la cena hubo grande algazara, loca alegría, cristales rotos. palabras equívocas y Blanca llegó hasta.....¡Silencio!.....

No se debe describir el *mal* sino en tanto que sirva de ejemplo para el *bien*.

FIN

OBRAS DE LA MISMA AUTORA

NOVELAS

"Sacrificio y Recompensa," premiada con medalla de oro en el Concurso Internacional del Ateneo de Lima, (segunda edición) "Eleodora"

"Amores de Hortencia"

"Influencia de las bellas letras en el progreso moral y material de los pueblos.". Trabajo premiado con Medalla de Oro por la Municipalidad de Lima.

"Independencia de Cuba," premiado en el Certámen Literario con el primer premio.

LIBROS DE INSTRUCCION

De venta en la Imprenta del Universo, calle de la Veracruz 71, Lima.

Cartones de abecedarios en colores.
Caton cristiano.
Método Orgánico ó de los sonidos.
Libros 1.°, 2.°, 3,°, 4.° y 5.° de Ortologia Práctica.
Lecciones elementales de Ortología.
Silabario Enciclopédico.
Tablitas de cuentas.
Catecismo de la Doctrina cristiana.
Libros Primero, Segundo y Tercero de Mandevil.
Libros de lectura 1.°, 2.° y 3.° de Mantilla.
Libro Primero de la Infancia, por Delapalme.
Libro Primero de la Adolescencia, por id.
Explicaciones Intuitivas de la Historia Santa, por Galindo.
Historia Santa en cuadros, por id.
Historia Santa, por Salazar.
Religion, por Santistevan.
Elementos de Religion, por Valdivia.
Catecismo Dogmático, por Lorente.
Vida de Nuestro Señor Jesucristo, por Salazar.
Catecismo histórico dogmático, por Navarrete.
Compendio de Gramáica Castellana, por Salazar.
Gramática Castellana, por id.
Catecismo de Gramàtica Castellana, por Arosemena.
Rudimentos de Gramática castellana, por Sanmartí.
Epítome de la Gramática Castellana, por id.
Gramática y Ortografía de la Academia Española, edicion de 1885.
Gramática Filosófica de la Lengua Castellana, por Arosemena.
Diccionario Ortográfico, por id.
Compendio de Gramática Castellana, por J. M. del Rio.
Gramática Elemental de la Lengua Castellana, por Raimundo de Miguel.
Ortología Elemental de la Lengua Castellana, por Arosemena.
Ortografía Fundamental de la Lengua Castellena. por id.
Aritmética y Sistema Métrico, por Juan E. Diaz (1.ª y 2.ª parte).
Aritmética de 2.° y 3.° grado, por Vasquez.
Curso de Aritmética Práctica. por Noel.
Compendio de Aritmética Práctica, por García Godos.
Curso de Aritmética Práctica, por id.
Curso completo de Geografía, de Benites.
Curso de Geografía, por Maticorena.
Novísima Geografía elemental, por Veitelle.
Geografía ilustrada, por Asa Smith.
Nuevo Atlas de Geografía Universal, por Bourret.
Compendio del Manual de Urbanidad y buenas maneras, por Carreño.
Manual de Urbanidad, por id.
Moral y Urbanidad de la Infaucia, por Osma.
Moral, Virtud y Urbanidad, Trujillo,
Moral y Urbanidad por Urcullu.
Filosofía de la Infancia, por Antonio Varela.
Compendio de Historia Antigua. por Salazar.
Compendio de la Historia de la Edad Media, por id.
Compendio de la Historia Romana, por id.
Compendio de la Hist. Griega. por id.
Compendio de Mitología. por id.
Mosáico Literario Epistolar, por Bastinos y Puig.
El Nuevo Mosáico por Toro y Gomez.
Mosaico Peruano.
Colecciones completas de estampas de la Historia Sagrada y de Nuestro Señor Jesucristo.
Cuadernos de dibujo, por J. Cousin.
Cuadernos de cálculo (las 4 reglas).

Cuadernos de Escritura. — MÉTODO GARNIER, que consta de 8 cuadernos, y MÉTODO ADLER, que comprende 12 cuadernos: todos en pape superior.

Cuadernos en blanco, rayados.

12 3

11

sotil... 5

ver: p 7,